

HOMBRES QUE CONSUMEN CUERPOS DE MUJERES

Mercancía sexual, víctimas de trata y explotación en La Pampa, Madre de Dios

Lizeth Vergaray Arévalo



Con el apoyo de:



Schweizerische Eidgenossenschaft
Confédération suisse
Confederazione Svizzera
Confederaziun svizra

Agencia Suiza para el Desarrollo
y la Cooperación COSUDE



terre des hommes
suisse

Lizeth Vergaray Arévalo

HOMBRES QUE CONSUMEN CUERPOS DE MUJERES

Mercancía sexual, víctimas de trata y explotación en

La Pampa, Madre de Dios



Schweizerische Eidgenossenschaft
Confédération suisse
Confederazione Svizzera
Confederaziun svizra

Federal Department of Foreign Affairs FDFA



terre des hommes
SUISSE

Primera edición, septiembre 2021

Vergaray Arévalo, Lizeth

Estudio sobre los hombres que consumen cuerpos de mujeres como mercancía sexual incluidas víctimas de trata y explotación sexual en la zona de La Pampa en Madre de Dios.

Con el apoyo de la Agencia Suiza para el Desarrollo y la Cooperación (COSUDE), Departamento Federal de Asuntos Exteriores (DFAE).

Libro electrónico disponible en

<https://bit.ly/HombresQUeConsumenCuerposDeMujeres>

© 2021, Lizeth Vergaray Arévalo

© 2021, Derechos de autor reservados

© 2021, Lizeth Vergaray Arévalo

Editado por:

© 2021, Terre des Hommes Suisse

Calle Daniel A. Carrión N° 866 1° piso Magdalena del Mar.

Lima - Perú

<https://terredeshommessuisse.org.pe>

Distribución mundial

Primera edición digital, septiembre 2021

Libro electrónico disponible en www.terredeshommessuisse.org.pe

Edición: Carmen Barrantes, Verónica Ferrari

Corrección: Verónica Ferrari

Diseño y diagramación: Christian Espinoza

Ilustración de portada: Richard MC/Pixabay

ISBN

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 978-612-48448-1-2

A mi hija Kristy y a mis padres Alejandro y
Lizet, quienes siempre han sido soporte,
fortaleza e inspiración.

ÍNDICE

Prólogo	01
Introducción	02
Capítulo I: Aproximaciones a las masculinidades de La Pampa	
Capítulo II: La Pampa. Espacio masculinizado y androcéntrico	03
Capítulo III: Mandatos de masculinidad: identidades y condiciones en los hombres mineros de La Pampa	04
Capítulo IV: El ejercicio de la sexualidad: hipersexualidad y heterosexualidad	05
Capítulo V: Políticas públicas y masculinidades	06
Conclusiones	07
Bibliografía	08

PRÓLOGO

Las subjetividades de los hombres son elementos importantes para poder comprender la producción de los sistemas de género en cada sociedad. Sus prácticas, sus narrativas, sus deseos y sus angustias se configuran propiamente en síntomas sociales insertos en un conjunto de pliegues yuxtapuestos que nos muestran cómo las relaciones sociales construyen la diferencia sexual. Y en dicha diferencia, tal como ha mostrado la sociología feminista, esas experiencias masculinas se constituyen en oposición a las experiencias de las mujeres insertas en relaciones patriarcales. Planteado así el escenario, un acercamiento a la realidad social nos exige rastrear aquellas huellas dejadas por quienes gozan del capital masculino, siempre de manera específica y limitada, es decir, circunscrita.

Esta investigación, publicada hoy con el título “HOMBRES QUE CONSUMEN CUERPOS DE MUJERES. Mercancía sexual, víctimas de trata y explotación en La Pampa, Madre de Dios”, es un excelente ejemplo de esta exigencia académica y política por comprender y transformar la vivencia de los hombres en contextos de violencia. Este libro es una muestra de cómo múltiples cruces analíticos y etnográficos son capaces de mostrarnos las dinámicas y procesos por los cuales un cuerpo se transforma en hombre a partir de un conjunto de prácticas, narrativas, afectos y miedos sostenidas en las relaciones patriarcales dentro de La Pampa, un asentamiento minero ubicado en la región Madre de

Dios en la selva peruana. De esta manera, este trabajo representa un gran esfuerzo teórico y empírico para dar cuenta de las masculinidades como un fenómeno social a partir de un estudio de caso: hombres dedicados a la minería ilegal que “consumen” cuerpos de mujeres, muchas de ellas implicadas en redes de trata y explotación sexual, en La Pampa.

¿Quiénes son estos hombres? Según la presente investigación son mineros, migrantes, usualmente de origen quechua o amazónico, que trabajan extrayendo oro en condiciones de extrema vulnerabilidad, en su mayoría casados o convivientes. Su vida transita en zonas geográficas consideradas de pobreza y extrema pobreza y ellos están sujetos a un conjunto de mandatos que produce una variedad de elementos, cuya dinámica sostiene el capital masculino. Dentro de todo este grupo de características, un elemento fundamental consiste en el hecho que estos hombres frecuentan lugares donde establecen relaciones sumamente complejas, ya que conjugan por un lado un vínculo de dominación y por otro angustias y miedos, con mujeres jóvenes inmersas en redes de explotación sexual.

Esa complejidad constituye a las masculinidades como síntoma del Perú contemporáneo, cuya interpretación nos enseña que múltiples elementos siempre convergen a la vez en hegemonía y subordinación. Así pues, este libro describe dicha situación mediante una descripción densa basada en entrevistas y múltiples contrastes que le permiten a Lizeth Vergaray analizar las subjetividades de estos hombres a través de las siguientes interrogantes: “¿Qué sucede con ellos?,

¿qué pasa por ellos?, ¿cómo ejercen su masculinidad?, ¿cómo la construyen?, ¿qué aspectos refuerzan sus pensamientos, conductas y comportamientos para que necesiten ejercer poder y control sobre las mujeres y mantenerlas en situación de subordinación o dominación?, ¿cómo están situados los hombres en este espacio?, ¿qué acciones suceden a su alrededor?”.

En diversas formas, es una lectura sin tregua, en el sentido que, mientras mantiene en el análisis el papel de ellos como clientes en las redes de bares y prostibares, a su vez nos muestra los ámbitos de sus deseos, anhelos y miedos, intentando ampliar una perspectiva interseccional. En este debate así planteado dentro del presente trabajo, cualquier persona podría interrogarse si estamos frente a hombres en crisis o nuevas masculinidades. Mi lectura de lo escrito, a lo largo de estas páginas, me hace pensar que ayuda a sostener la debilidad del argumento de entender las masculinidades como nuevas y, más bien, nos ayuda a pensar las continuas crisis que estructuran su mandato. Si leemos los datos y análisis desde una perspectiva genealógica, podemos rastrear los ámbitos como el trabajo, la familia, la sexualidad, entre otros, que en la práctica resultan de largos procesos y así poder entender cómo estos hombres padecen la masculinidad con sus beneficios y reveses. En sentido propio, aquello que es leído como una novedad dentro de las masculinidades, deberían ser leídas como consecuencia de su continua crisis. Y considero que este libro nos ayuda a pensar dicha ruta analítica.

Para ello, este análisis plantea, al menos, dos recursos imprescindibles que alimentan el debate dentro del

campo estudiado. Un primer aspecto es la importancia que le concede a entender el espacio como un territorio masculinizado y androcéntrico, estructurado en tres zonas: la mina, los bares y prostibares, y la cancha de fútbol, las cuales organizan el espacio y también la propia producción de las subjetividades. En la búsqueda de los hombres de La Pampa, una nueva Zobeida, este trabajo interroga continuamente sobre cómo dichas representaciones geopolíticas patriarcales reafirman la dicotomía entre ellos y las mujeres. En una zona con aproximadamente 450 prostibares y casi cerca de 4500 mujeres en condición de explotación no es un detalle vano.

Un segundo aspecto fundamental es el debate en torno a comprender la relación entre la hegemonía y la subordinación, y cómo conviven en los propios cuerpos y subjetividades de los entrevistados, el cual estructura el texto permitiéndonos comprender los testimonios y los datos recopilados. Claramente es un debate inconcluso, pero que nos permite contar con nuevos elementos para poder seguir dándole vueltas a esta situación. En medio de ello, el papel de la interseccionalidad es vital, ya que exige dejar de situarnos exclusivamente en el sujeto sexual, yo diría también moderno colonial, e incorporar ámbitos como el trabajo, la raza, la clase, entre otros. Así pues, las identidades y las sexualidades son entendidas como procesos materiales cuyo límite es la producción de la propia narrativa y práctica, y en donde su conjunto constituye el discurso.

En balance, tienen frente a ustedes un texto que promueve un debate sobre las masculinidades y visibiliza

las complejidades de las interacciones que suponen la producción del capital masculino, en muchos sentidos, más allá del sujeto sexual. Profundiza una visión material para interpretar los procesos de identificación incorporando el papel del discurso y el cuerpo. Y, en particular, nos enfrenta a un conjunto de vivencias de aquellos hombres que recorren La Pampa, que transcurren entre las múltiples formas de explotación.

Martin Jaime

Lima, 14 de marzo de 2021

INTRODUCCIÓN

En todos estos años dedicada a la planificación de respuestas contra la violencia de género, sobre todo a la que proviene de la trata de personas, que lacera cruelmente la vida de miles de mujeres en el Perú, he ido ahondando en una variable específica de esta problemática, que tiene que ver con los hombres y que ha sido poco estudiada hasta la actualidad: las masculinidades.

Este no es un tema menor, la literatura sobre los temas de género muestra una concentración casi exclusiva, y con justa razón, en investigar la situación de las mujeres frente a la violencia o explotación que sufren por parte de los hombres, y una limitada exploración en conocer cómo se socializan las prácticas violentas de estos, pero analizar las masculinidades permite identificar qué aspectos son claves en la vida de los hombres, cómo han aprendido a socializar y qué prácticas de esa socialización producen y reproducen en el ejercicio de su masculinidad, para así permitir abrir puertas hacia posibles cambios.

Las masculinidades se encuentran directamente vinculadas con la inequidad entre los géneros y con los diferentes tipos de violencias que sufren las mujeres, sostenidos a lo largo de la historia por discursos patriarcales que han privilegiado el capital masculino: un conjunto de conocimientos, prácticas y actitudes que asumen los hombres por medio de diversos dispositivos

de poder que atraviesan sus cuerpos y moldean sus formas de sentir, pensar y actuar.

Este capital masculino se constituye por medio de mandatos hegemónicos que deben cumplir de acuerdo con las normas y expectativas sociales y culturales instituidas históricamente y convertidas en valores morales masculinos que se les incorpora en la crianza. Estos mandatos son el rechazo del mundo femenino y la homosexualidad, y, en contraposición, alardear de ser heterosexuales sin fisuras y demostrar virilidad constante, lo que los empuja a asumir el riesgo, la violencia y la rudeza como parte de sus experiencias de vida, lidiar con la homofobia y el homoerotismo, y asumir roles de protección de aquello que han aprendido a rechazar: a las mujeres y a sus familias.

Masculinidades confrontadas. Hombres que consumen cuerpos de mujeres¹ busca contribuir a los estudios sobre las masculinidades al indagar sobre los conocimientos, aprendizajes, formas de socialización y prácticas relacionadas con el ejercicio de su sexualidad, al analizar a un grupo de trabajadores mineros y exmineros que consumen cuerpos de mujeres como mercancía sexual, donde se incluye a víctimas de trata y explotación sexual, en La Pampa, zona de minería ilegal

¹ Tema de mi tesis : Masculinidades en la zona de La Pampa en Madre de Dios: Estudio sobre hombres que consumen cuerpos de mujeres como mercancía sexual incluidas víctimas de trata y explotación sexual de la maestría en estudios de género en la Pontificia Universidad Católica del Perú sustentada el 10 de julio del 2020 (y más detalles).

de oro de Madre de Dios, en la Amazonía peruana, por lo que este estudio presenta características únicas y particulares, ya que parte de la percepción de los hombres entrevistados, lo que permite analizar sus subjetividades e imaginarios sobre sus experiencias de masculinidades en este lugar.

El análisis de las masculinidades en el marco de la trata y explotación sexual de mujeres jóvenes y adolescentes es un aporte a los estudios de género, pues hace posible conocer de qué manera se construyen las masculinidades en nuestra sociedad y, en forma particular, las dinámicas que se producen y reproducen en La Pampa, en los diversos espacios donde los hombres son posicionados y vinculados, principalmente, al ejercicio activo de su sexualidad en los bares y prostibares ubicados en esta zona.

Este estudio también aporta a la construcción de una nueva categoría a la que hemos denominado “masculinidad hegemónica subordinada”, es decir, tanto la masculinidad hegemónica como la subordinada conviven simultáneamente en un solo sujeto. Así, consideramos que existen no solo aspectos hegemónicos en los hombres que consumen cuerpos de mujeres, sino que existe un disciplinamiento de su cuerpo, sujeto a la hegemonía, para que pueda cumplir con los mandatos del capital masculino, lo que los subordina.

El contenido de esta investigación está estructurado en cuatro capítulos. En el primer capítulo se presenta la justificación, el problema de investigación, los objetivos propuestos, las preguntas de investigación y sus

hipótesis, así como el marco teórico y la metodología.² En el segundo capítulo se analiza el lugar donde se desarrolla la investigación, La Pampa, como un espacio masculinizado y androcéntrico que basa sus actividades, a su vez, en tres zonas específicas: la mina, los bares y prostibares, y la cancha de fútbol. En el tercer capítulo se analizan las identidades masculinas y las condiciones de vida de los mineros en La Pampa, a través del estudio del perfil de los hombres que compran sexo (inclusive a mujeres jóvenes o adolescentes que se encuentran en situación de trata con fines de explotación sexual), la noción de ser hombre desde la subjetividad de ellos mismos, y las condiciones que favorecen la compra de cuerpos de mujeres jóvenes y adolescentes.

En el cuarto capítulo se analiza la construcción de la masculinidad y el ejercicio de la sexualidad activa de los clientes hombres mineros de La Pampa, las primeras experiencias sexuales de los entrevistados, la hipersexualidad como aspecto central en la constitución de su identidad, así como sus percepciones sobre las mujeres que se encuentran en los prostibares y bares.

Quiero agradecer a Terre des Hommes Suisse, organización que tiene como fin la protección de los derechos de las niñas, niños y adolescentes, por el apoyo brindado, el ánimo, el empuje, la confianza y la inversión para la elaboración de la presente investigación. Agradezco, también, a mi colega y amiga

² En esta versión amigable se ha priorizado la presentación de los resultados.

Carmen Barrantes, por su asesoría técnica, así como su apoyo incondicional para lograr culminar el presente trabajo; y a mi asesor de tesis, Martín Jaime Ballero, por su exigencia, compromiso y ánimo, y por compartir su experiencia y conocimientos relevantes y valiosos para la elaboración y el análisis de la presente investigación.

CAPÍTULO I:

Aproximaciones a las masculinidades de La Pampa

La Pampa, una zona de virilidad

La Pampa está ubicada en el km 108 de la carretera interoceánica en la región de Madre de Dios. Es una zona de minería ilegal en donde coexisten diversas problemáticas, además de la contaminación ambiental, como la trata en forma de explotación laboral de hombres y la explotación laboral y sexual de mujeres jóvenes y adolescentes.

Al respecto, según el Observatorio de la Criminalidad del Ministerio Público, en 2014 se reportaron 501 casos de trata de personas con 782 víctimas, 80% (623) corresponde a víctimas mujeres, de las cuales 72.2% corresponde al rango etario de 13 a 24 años (CHS Alternativo, 2015: 26).

Asimismo, el Informe Defensorial N° 158 evidencia que, de 50 expedientes judiciales revisados, 100 de las víctimas eran menores de edad y 92% de ellas eran mujeres (Defensoría, 2013: 14). De esta manera, es evidente que las víctimas de explotación sexual y trata con fines de explotación sexual son principalmente mujeres y entre ellas jóvenes y menores de edad. Estas cifras incluyen a las adolescentes y mujeres jóvenes que son víctimas de explotación y trata en la zona de La Pampa en Madre de Dios. Asimismo, los principales clientes son hombres mineros ilegales migrantes de Cusco y Puno, aunque también suelen proceder de otras regiones del país.

Hay pocos estudios relacionados a las masculinidades y hay poca evidencia sobre estudios en torno a las masculinidades en zonas mineras. Existen estudios y diagnósticos sobre las consecuencias de la violencia en las mujeres, el machismo, sobre el ejercicio de poder hacia ellas, el dominio de su cuerpo y su sexualidad, pero sobre los hombres las investigaciones son escasas. ¿Qué sucede con ellos?, ¿qué pasa por ellos?, ¿cómo ejercen su masculinidad?, ¿cómo la construyen?, ¿qué aspectos refuerzan sus pensamientos, conductas y comportamientos para que necesiten ejercer poder y control sobre las mujeres y mantenerlas en situación de subordinación o dominación?

Durante mi experiencia profesional he estado involucrada en proyectos de desarrollo que buscan prevenir la violencia y, de manera particular, la violencia de género. Los últimos cuatro años, uno de los programas que gestiono en Perú está relacionado a trata con fines de explotación sexual y laboral en Madre de Dios, que tiene como sobrevivientes a adolescentes de comunidades altoandinas de Cusco, y desde la organización donde trabajo hemos desarrollado un diagnóstico para conocer la situación de las adolescentes sobrevivientes. A partir del conocimiento de la problemática, nuevamente me pregunté ¿quiénes son?, ¿qué sucede con los hombres?, ¿cómo ingresan a estas prácticas?, ¿cuáles son sus motivaciones?

Mi interés se refuerza al revisar estudios sobre trata con fines de explotación sexual y encontrar que casi todas las investigaciones y análisis del problema se enfocan en las mujeres, y se habla poco de los hombres y de la

comprensión del fenómeno desde la propia masculinidad. En el Perú existen pocas evidencias de trabajo académico sistemático en el tema de explotación sexual basado en la perspectiva de las masculinidades. A nivel nacional solo se identifica una investigación de 2004 realizada por Verushka Villavicencio para Save the Children Suecia: El cliente pasa desapercibido. El cliente, principal explotador sexual infantil, un informe periodístico que trata de “entender la naturaleza del adulto que contrata los servicios sexuales de un NNA” en seis ciudades de la costa, sierra y selva del Perú.³

Por ello, creemos que es esencial analizar la construcción sociocultural de la masculinidad, porque permite conocer –desde sus prácticas y representaciones– qué aspectos legitiman la producción y reproducción de lo que significa ser un hombre para aquellos que sostienen relaciones sexuales remuneradas en La Pampa. Estas prácticas, actitudes y representaciones se manifiestan a través del capital masculino, que es producto de un conjunto de relaciones sociales de género. En estas, el cuerpo masculino es formado por códigos y normas impuestas por la sociedad y todas las instituciones que la comprenden: familia, escuela, comunidad, Estado, medios de comunicación, entre otras. Estos ámbitos moldean las formas de sentir, pensar y actuar de los hombres. Además, el capital masculino está caracterizado, fundamentalmente, por el androcentrismo.

³ Aunque en este estudio no se aborda la realidad de La Pampa, sino de Puerto Maldonado, en donde la dinámica de explotación sexual no es la misma, porque no está asociada necesariamente a la trata de personas.

Vásquez (2014) menciona cinco procesos que el hombre debe cumplir para obtener el capital masculino, de acuerdo con mandatos asociados a expectativas sociales y culturales que se instauran como dispositivos de género y sexualidad para monitorear la correcta actuación de los varones. Estos son:

1) Rechazo del mundo femenino y la conducta femenina, rechazo al mundo considerado privado (p.ej.: la cocina), al lenguaje verbal (p.ej.: “estar encantado”), a los gestos (p.ej.: manera de sentarse) o conductas asignadas a las mujeres. El fútbol se considera el primer presagio sobre la “masculinidad”, por lo tanto, debe demostrar un alto desempeño en este deporte.

2) Rechazo de la homosexualidad receptiva, lo que lo lleva a lidiar con la homofobia y el homoerotismo. La homosexualidad es vista como un daño y error, como algo que no es normal, por eso deben rechazar la homosexualidad receptiva, aunque muchos consideran que tener sexo con hombres no los hace “anormales” siempre que se cumplan ciertas reglas, como ser el activo en la relación sexual.

3) Alardear sobre el desempeño (hetero)sexual. La heterosexualidad se logra a través de la actuación/ ejercicio de la sexualidad. Así, es necesario aparentar saber y/o tener experiencia sexual y alardear de ello, principalmente, con otros hombres.

4) Riesgo y violencia, mientras mayor sea el riesgo que se asuma, así como la violencia que se experimente,

mayor será el capital masculino obtenido. Se considera la rudeza como una característica fundamental, así como la disposición por la aventura peligrosa, ausencia de duda, tener coraje y no sentir miedo, junto con la falta de sentimientos considerados débiles: tristeza, ternura, afecto, sentimentalismo, entre otros.

5) Inmunidad a altas cantidades de alcohol e incorporación de valores morales masculinos. Los hombres deben demostrar fortaleza física y emocional como parte del proceso de asumir su rol de protectores de la familia y de las mujeres.

Para esta investigación hemos centrado nuestro interés en dos de estos mandatos: el primero referido al acto de alardear sobre el desempeño heterosexual, y el segundo vinculado al riesgo y a la violencia. Es importante señalar que los resultados se refieren a la masculinidad de los hombres mineros ilegales de la zona de La Pampa, en particular sobre su aproximación a la trata con fines de explotación sexual de mujeres adolescentes y jóvenes, sin buscar generalizarlos.

Este estudio permite evidenciar la relación entre las formas de pensar, sentir y actuar de los hombres mineros ilegales en la zona de La Pampa, con particular énfasis en el ejercicio de su sexualidad mediante la “compra” de relaciones sexuales con mujeres adolescentes y jóvenes en los prostibares. También se analiza la trata y explotación sexual desde la perspectiva de género y, particularmente, desde las masculinidades.

Esta contribución a los estudios de género visibiliza de

qué manera se construye un tipo de masculinidad en nuestra sociedad que no cuestiona la explotación sexual ni a la trata de mujeres con fines de explotación sexual, siendo esta de consumo casi exclusivo de los varones. Asimismo, buscamos responder a las preguntas sobre qué elementos sociales, culturales y económicos refuerzan o sostienen la demanda de clientes varones y qué aspectos particulares diferencian este consumo en esta zona de La Pampa del que se da en otras zonas del Perú.

El análisis de la construcción de la masculinidad de los hombres que mantienen relaciones sexuales remuneradas con mujeres adolescentes y jóvenes permitirá la comprensión del fenómeno en una zona específica de Madre de Dios. También aportará al conocimiento académico sobre el ejercicio de la hegemonía masculina y brindará luces sobre aspectos de subordinación en los hombres que consumen cuerpos de mujeres. Además, determinará si existe una fragmentación entre la hegemonía y la subordinación en los hombres de La Pampa; es decir, si existe o no una masculinidad hegemónica que ejerce su dominio o poder sobre las mujeres y que, a su vez, convive con una masculinidad subordinada, subalternizada, con un sujeto dependiente de la estructura hegemónica social.

Esta nueva mirada vincula a la hegemonía con la subordinación de los hombres de manera integrada enriqueciendo los conceptos teóricos que actualmente se manejan en el capital masculino, los cuales no reconocen que elementos de subordinación masculina convivan con los hegemónicos. El aporte es

fundamental porque se necesita explicar este fenómeno desde la población masculina. Así también, se requiere conocer el discurso masculino, sus percepciones y representaciones respecto al ejercicio de su sexualidad; particularmente es relevante conocer cómo se expresa su discurso en un contexto en el que predomina la explotación y trata de mujeres adolescentes y jóvenes.

Sexualidad y masculinidad

La sexualidad humana es un fenómeno complejo que recorre de forma transversal la vida de todo ser humano, que conforma a la persona y marca su identidad. Las vivencias de la sexualidad se relacionan sobre todo con el placer, con la manifestación de determinados sentimientos, con la comunicación íntima y la satisfacción de los deseos sexuales que abarcan tanto las fantasías como los pensamientos. En relación con este tema, “de acuerdo con Álvarez-Gayou (2000), la sexualidad hace referencia a la interacción entre seres humanos que son y piensan. Asimismo, es un concepto que hace referencia a lo biológico, a lo psicológico y a lo social” (Vargas, 2013:26).

Diferentes autoras feministas han brindado aportes sobre el concepto de sexualidad, como señala Vargas, “la sexualidad es definida por las normas y el sistema de género (Lagarde, 1997; Lamas, 1998) y otras feministas (Butler, 1992; De Lauretis, 2007; Wittig, 2005) entienden la sexualidad como una construcción social más que da lugar al desarrollo del binomio del género” (2013:26).

La sexualidad se refiere a todo aquello que tiene que ver con las prácticas sexuales, es decir, a cómo aprendemos

sobre el cuerpo, sus funciones, cómo se nos socializa para usarlo, las prácticas de seducción, en dónde, con quién o con quiénes las usamos, el significado que le damos a estas prácticas, los significados que les dan otras personas, y las instituciones que se han construido y desarrollado en torno a las prácticas sexuales.

La sexualidad es construida a través de las interacciones que cada persona tiene con sus diferentes entornos y con las personas dentro de ellos. De igual modo, la sexualidad está regida por normas y sistemas, incluido el género, donde existen relaciones de poder que sitúan a los hombres en superioridad sobre las mujeres.

Vargas señala que los hombres construyen una idea de la sexualidad centrada en su placer genital, pensando únicamente en su cuerpo y dejando de lado otras dimensiones fundamentales para su desarrollo humano como la emocional. De tal manera, el cuerpo de las mujeres se vuelve un objeto para gratificarles (2013:8).

A los hombres, en general, se les enseña que la forma de tener sexo es siempre penetrativa y con fines eyaculatorios (Fernández y Vargas, 2012; Lozano y Vargas, 2012), esa idea de lo masculino implica estar siempre listo para la actividad sexual, puesto que este es un mandato del modelo de masculinidad y sexualidad hegemónico que tiene un peso relevante en el imaginario de los hombres.

De esta forma, el consumo de cuerpos de mujeres, y en particular de mujeres jóvenes y adolescentes, incluidas la que se encuentran en situación de trata y explotación,

se relaciona estrechamente con códigos y mandatos de género, y con la cosificación del cuerpo de las mujeres.

Es a través de la masculinidad hegemónica y del ejercicio activo de la sexualidad donde se instauran diversos dispositivos de género, precisamente, para monitorear la correcta actuación de los varones. Asimismo, los modelos de masculinidad socialmente validada se inscriben en imperativos de sexualidad activa, lo cual implica un aprendizaje de los libretos y códigos de la sexualidad para que el varón sea valorado (Quintana y Vásquez del Águila, 1997).

Sin embargo, las masculinidades no son lineales, existen tensiones que afrontan para ejercerla acorde a los mandatos del capital masculino. De acuerdo con Fuller (2017: 8), la masculinidad es un proceso de permanente negociación y conflicto tanto para delimitar los límites con lo abyecto y lo contaminante –que es considerado todo lo femenino– como para construir espacios de competencia y solidaridad entre varones.

Esta cofradía de varones se constituye por medio de una serie de pruebas y rituales, como el consumo de alcohol y la demostración viril, principalmente en el ámbito del ejercicio activo de su sexualidad, mediante las cuales los varones procuran la aceptación de sus pares. No obstante, esto plantea una serie de dilemas para los varones concretos, ya que, en la medida en que lo masculino se identifica con lo universal, el saber y el poder, ningún hombre concreto puede encarnarlo. De este modo, a pesar de que la masculinidad es una posición de prestigio, se trata de una identidad que

se vive a menudo desde la carencia y la imposibilidad de cumplir con sus imperativos (Marqués, 1997), lo que permita que lo masculino emerja como lo uno, lo universal (Fuller, 2017: 2).

Fuller indica que un aspecto clave en la vida de los hombres, establecido social y culturalmente, es la sexualidad activa y la fuerza física. Ambas cualidades son vistas como instancias que definen el lado natural de la hombría: la virilidad, y con ello se constituiría el núcleo de la masculinidad, porque se define como instalada en el cuerpo, derivada de la biología.

A pesar de que la virilidad se define como natural, ya que todo varón nace con órganos sexuales masculinos y posee fuerza, estos deben convertirse en sexualidad activa y fortaleza (vigor y valentía); por lo tanto, Fuller indica que este proceso se define como un desarrollo de características o cualidades innatas, pero que en la práctica es cuidadosamente vigilado y dirigido desde la socialización primaria en el hogar y entre los pares. La ideología hegemónica sobre la masculinidad está fundada en el minucioso cultivo de estas cualidades en el niño y el joven. En sentido contrario, su opuesto, es decir, la sexualidad pasiva y la blandura o suavidad son identificadas como femeninas y serían la frontera discursiva que define lo que no es masculino y los límites dentro de los cuales deben sentir, pensar y actuar los varones. De este modo, la masculinidad se mueve dentro de dos paradojas: la ilusión de su fijeza (origen biológico) y el temor de perderla (2017: 8-9).

Para los varones peruanos, mientras la virilidad se

representa como natural y como el núcleo básico de la masculinidad, la hombría se representa como un producto cultural (Fuller, 1997a y 1998). Es un estatus que todo hombre debe alcanzar para ganar el título de hombre de bien, respetable, honorable (2017: 9).

Ramos (2006) desarrolla un enfoque sociocultural sobre cómo se construye el ser mujer y el ser hombre. Este estudio nos ayuda a comprender las características asignadas al género, a la masculinidad y cómo esta se relaciona con la violencia hacia las mujeres. En sus hallazgos, confirma que esta construcción social otorga mayor poder a los hombres y plantea una posición subordinada a las mujeres, siendo esta la base de la violencia de género. Para los hombres investigados por Ramos, existen aspectos cruciales que alimentan su autoestima y el reconocimiento social de su masculinidad, donde no solo está en juego mantener autoridad y privilegios, sino que, además, representa, desde su perspectiva, la lucha por la supervivencia de su identidad masculina (2006: 162).

El ejercicio de la violencia física y/o sexual de los hombres contra las mujeres, en la mayoría de los casos, es un recurso desesperado para mantener el estatus de autoridad sobre ellas (2006: 160). Al respecto, es importante mencionar que Ramos también realiza un análisis desde la masculinidad hegemónica; específicamente, dentro de la explicación de la violencia ejercida de hombres hacia mujeres. De esta forma, da cuenta de que, por razones sociales y culturales, existen relaciones asimétricas de poder favorables a los varones (2006: 15).

La minimización frecuente que hacen los hombres que ejercen violencia de las consecuencias de su violencia contra sus parejas podría estar en relación con la poca sensibilidad desarrollada como parte de la construcción de la masculinidad hegemónica. Las relaciones de dominación y subordinación que tienen como base las desigualdades de género, si bien se expresan en la interacción de individuos concretos (Ramos, 2006: 16), no empiezan ni terminan en ellos, sino que forman parte de una cultura hegemónica.

Ramos considera que el grupo de varones investigados experimentaron y aprendieron que la violencia es una forma de resolver conflictos, ya sea con objetivos deleznable y arbitrarios (2006: 56). Por lo tanto, las agresiones contra otros era el medio para ejercer dominación sobre las personas. Teniendo en cuenta esta investigación, el ejercicio activo de la sexualidad de los hombres es una característica de la masculinidad hegemónica que busca su propio placer a costa del cuerpo de las mujeres, inclusive hasta el punto de ejercer violencia sobre ellas o de mantener relaciones sexuales con mujeres que se encuentran en situación de trata y explotación.

El deseo sexual de los hombres es un aspecto clave en la masculinidad. Al respecto, Lozano y Vargas (2012) mencionan que este deseo se construye socialmente y se edifica sobre las relaciones de poder y en la demostración constante de la hombría; por ejemplo, la compra de servicios sexuales es la cúspide de la demostración de poder de los hombres sobre las mujeres.

Demanda y oferta en La Pampa

Como se observará en esta investigación, existe una alta demanda de clientes –consumidores dentro de la cadena de explotación sexual o trata de mujeres adolescentes y jóvenes–, de los aproximadamente 450 prostibares con casi cerca de 4500 mujeres en condición de explotación (CHS Alternativo, 2012). Asimismo, en la periferia de La Pampa se estima que existen alrededor de 50 prostibares donde “trabajan” entre 8 a 10 mujeres por cada prostibar.

En este escenario, el ejercicio de la sexualidad activa ocupa un lugar primordial en la vida de los hombres. Este ejercicio es considerado un núcleo básico en su masculinidad hegemónica dentro del capital masculino y es más importante que otros componentes en la subjetividad masculina, en sus vivencias y en sus prácticas concretas de cómo deber ser un hombre, por ello consideramos que la masculinidad hegemónica empuja a que la sexualidad masculina sea obligatoria, competitiva y hasta violenta.

No existe un cálculo riguroso sobre la cantidad de personas que se han desplazado hacia Madre de Dios y, específicamente, a La Pampa por la extracción minera de oro ilegal e informal. No obstante, se estima que existirían 60,000 personas, la mayoría indocumentadas, que viven en campamentos mineros (2012: 14), principalmente dedicadas a la minería informal, y que la demanda de servicios sexuales de mujeres jóvenes y adolescentes se explica en un contexto en que la población de los campamentos mineros es, principalmente, masculina.

Es en este contexto que se presentan dos tipos de explotación sexual:

1. La explotación sexual propiamente dicha, que es la explotación del cuerpo de las mujeres, incluidas menores de edad, quienes son sometidas sin su consentimiento a actividades sexuales en donde un tercero recibe un beneficio económico.

2. La trata con fines de explotación hacia mujeres jóvenes y adolescentes, que implica la captación, el traslado, el transporte, la acogida o la recepción de una persona utilizando la violencia, amenazas, engaño, raptó, el abuso de poder o abuso de la situación de vulnerabilidad u otros elementos de coacción con el fin de someterla a explotación y lucrar con esta actividad.

Ambos tipos de explotación se encuentran directamente relacionadas con la explotación laboral y la distinción entre trata y explotación sexual puede resultar difícil de distinguir. Los hombres mineros ilegales son afectados de manera directa por la explotación laboral, y es a través del consumo del cuerpo de mujeres que se vinculan a la explotación sexual y a la trata de mujeres. Los clientes consumidores de cuerpos de mujeres jóvenes y adolescentes son, generalmente, mineros migrantes ilegales que buscan una oportunidad laboral, lo que significa mano de obra no calificada y de bajo costo para los dueños de los campamentos mineros.

No es casual la intensa migración hacia Madre de Dios, porque responde a las actividades extractivas

de minería o a actividades relacionadas a esta. Al respecto, la población actual proviene de Cusco (10%), Lima (2.48%) y Puno (1.91%) principalmente (Barrantes, 2015: 21). La “ola” migratoria tiene que ver en gran medida con la presencia del oro, puesto que en los últimos diez años Madre de Dios se constituyó como la región con el mayor número de población migrante de todo el Perú (Mujica, 2014: 22). Los hombres que migran en la búsqueda de oportunidades laborales trabajan de manera informal o ilegal extrayendo el oro en los campamentos mineros de La Pampa.

Un aspecto central relacionado con la migración es la construcción de la carretera interoceánica, la cual incentivó que un grupo de personas, entre ellos hombres, se trasladen fácilmente a Madre de Dios y a la zona de La Pampa, particularmente, por ser el lugar donde existe concentración de los campamentos mineros que extraen oro de manera ilegal e informal.

Masculinidad hegemónica subordinada

En esta investigación haremos referencia al concepto de masculinidad hegemónica subordinada, construido a partir de nuestros hallazgos. Esta masculinidad comprende la interacción entre sí de ambas masculinidades, la hegemónica y la subordinada, en un mismo individuo. Los hombres pueden vivenciar las masculinidades hegemónicas y las subordinadas en diferentes aspectos de su vida al mismo tiempo, por lo que experimentan otro tipo de masculinidades y no solo vivencian la hegemónica, que se percibe siempre como opresora y violenta.

Para explicar esta masculinidad hegemónica subordinada nos apoyaremos en autores que explican el significado y características de la masculinidad en general, de la masculinidad hegemónica y de la masculinidad subordinada, para luego desarrollar la convivencia y articulación que se da entre ambas. Según Connell:

“...la masculinidad es, al mismo tiempo, la posición en las relaciones de género, las prácticas por medio de las cuales hombres y mujeres se comprometen con esa posición de género, y los efectos de esas prácticas en la experiencia corporal, en la personalidad y la cultura” (1997: 33).

Es a partir del análisis de la posición y prácticas en las relaciones de género que hemos podido identificar que concurren simultáneamente prácticas de masculinidad hegemónica y subordinada. Así, respecto a la masculinidad hegemónica, Connell menciona que no es un tipo de personalidad fija, siempre igual en todas partes, ya que, por el contrario, se trata de una masculinidad que ocupa la posición hegemónica en un modelo dado de relaciones de género, legitimada por el patriarcado y que garantiza la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres. Es en el orden de género y el patriarcado donde ubica a los hombres como los sujetos dominantes y a las mujeres como las subordinadas. Amorós (1985) refuerza esta idea al señalar que existe una jerarquía entre varones y mujeres, en la cual las mujeres aparecen como dominadas y los hombres deben afirmar su

masculinidad como sistema de prestigio.

De acuerdo con Connell, el patriarcado⁴ otorga a los hombres, como ganancia, el honor, el prestigio y el derecho a ordenar, al generar una estructura de desigualdad que necesita de la violencia para mantenerse, como afirmación de la masculinidad entre los hombres y como parte de un sistema de género que sienta sus bases en la dominación de los hombres hacia lo femenino.

La historia de la civilización patriarcal se caracteriza, en materia de sexualidad, por una serie de concepciones que legitiman y justifican la dominación sobre el cuerpo y la sexualidad de las mujeres (Vargas, 2011: 12). El patriarcado, como sistema de organización de las relaciones sociales, coloca al hombre en posición de ser poseedor del cuerpo de las mujeres y a las mujeres en posición de ser poseídas y de control de sus cuerpos, en este caso del cuerpo de las mujeres que se encuentran en situación de explotación y trata.

Vargas añade que existen dos pilares ideológicos fundamentales sobre los que se sustenta el patriarcado: uno se encuentra referido a la sobrevaloración de lo masculino (que justifica el androcentrismo y el poder de los hombres sobre la naturaleza y el orden social) y el otro referido a la desvalorización de lo femenino (que legitima

⁴ El patriarcado es una forma de organización social que predispone los tipos de masculinidad y femineidad que serán socializados y actuados, mediante roles sexuales, por hombres y mujeres. Así, en cuanto sistema de organización social, económica y política, sitúa a los géneros en lugares sociales distintos y diferenciales. Este sistema sociocultural se concretiza en instituciones ideológicas y en relaciones de poder, todo lo cual tiene efectos directos sobre la vivencia de la sexualidad.

el poder de dominio sobre las mujeres). Esta división coloca a hombres y mujeres en lugares sociales distintos con atribuciones, derechos y deberes desiguales.

Frente a la masculinidad hegemónica, Kimmel (1997) sostiene que es la imagen de la masculinidad de aquellos hombres que controlan el poder. La definición hegemónica de la virilidad es un hombre en el poder, un hombre con poder y un hombre de poder. Se equipara la masculinidad con ser fuerte, exitoso, capaz, confiable y con ostentar control. Los hombres deben demostrar su virilidad como obtención no solo de aprobación, sino de poder. El mandato de la sociedad les atribuye un poder hegemónico, y de no cumplirlo se encontrarían fuera de la categoría social y culturalmente construida y aceptada para pertenecer al grupo. Por lo tanto, se pondría en duda su masculinidad, lo que afectaría su estatus, posición y poder.

Complementando el concepto de la virilidad vinculado a la hegemonía, Montesinos (2002) menciona que la virilidad es el mayor sentido de cualquier conducta en los hombres y se expresa mediante la indiferencia ante el peligro, el menosprecio de las virtudes femeninas y la afirmación de la autoridad a cualquier nivel. En el campo de la sexualidad, los varones manifiestan su virilidad a partir de una capacidad sexual activa.

Los hombres tienen que demostrar su virilidad como un componente necesario que reafirma su hombría. Kimmel considera que los hombres están bajo el cuidadoso y persistente escrutinio de otros hombres (1997: 7). Ellos se clasifican, se conceden la aceptación en el reino de la virilidad. De este modo, se demuestra hombría para

la aprobación de otros, puesto que son ellos quienes evalúan su desempeño. A esta prueba-aceptación se le denomina homosociabilidad, referida a la aprobación y validación masculina entre los pares. La masculinidad es una aprobación "homosocial". Además, un elemento importante dentro de la virilidad son los ritos o pruebas que deben atravesar los varones para demostrar ser viriles. Tal como lo indica Bard (2016: 5), el varón heterosexual debe someterse a pruebas constantes que demuestren su masculinidad como sinónimo de virilidad y hombría, ya que la competencia sexual forma parte de la virilidad dentro de una serie de premisas que se deben cumplir.

En estas pruebas de virilidad, se encuentran una suerte de mitos masculinos que legitiman el uso del cuerpo de las mujeres, principalmente mujeres jóvenes y adolescentes. Ellas son percibidas como mercancía, lo que explica la posibilidad de que los hombres mantengan relaciones sexuales remuneradas inclusive con mujeres en situación de explotación y trata con fines de explotación sexual. Así, el ejercicio de la sexualidad es un componente clave en la vida de los hombres, puesto que, alrededor de la sexualidad, existen diversos mitos y creencias que atraviesan los cuerpos masculinos. Estos mitos⁵ y creencias son reforzados por estereotipos sexuales que reafirman el ejercicio activo de la sexualidad desde el ámbito de la masculinidad hegemónica.

⁵ Los mitos son una opinión... sobre algo, expresada con la convicción... porque parece que tienen sentido o, simplemente, porque deseamos que sean verdad; se convierten con facilidad en una creencia de toda una comunidad o una generación, que comienzan a divulgarse como algo comprobado y real" (Cordón-Colchón, 2008:7).

Respecto a la masculinidad subordinada, Connell considera que se encuentra directamente vinculada con la hegemonía, ya que esta se relaciona a su vez con la dominación cultural en la sociedad como un todo. Así, en ese marco, se dan relaciones de sometimiento de un grupo a otro, principalmente, considerado femenino o homosexual.

Schongut (2012) explica que existen grupos de hombres subordinados y marginados, por lo tanto, en la diversidad de masculinidades no todas son hegemónicas. Los hombres no son un bloque homogéneo y coherente, ya que, por el contrario, existen dominación y subordinación entre ellos, las que se expresan en las jerarquías de la explotación laboral o en las jerarquías de poder. Existen otras condiciones de subordinación y marginación en la que se pueden encontrar los hombres por su nivel de pobreza, educación, exclusión y falta de oportunidades laborales. Además, los hombres se encuentran subordinados, porque deben cumplir con los mandatos del capital masculino, por ejemplo, el rol de proveedor, el ejercicio activo de la sexualidad, ser un hombre exitoso y ser económicamente estable.

Respecto a la demostración de la virilidad por parte de los varones, no necesariamente es un atributo positivo, sino que puede tornarse una experiencia dolorosa: “Es fuente de experiencias individuales de sufrimiento y alienación” (Kauffman, 1995: 2). El sufrimiento que experimentan los hombres se desprende de mandatos como “ser machos”, siendo sinónimo de negar las emociones, la sensibilidad y la oportunidad de cuidar de otros y de sí mismos. Ante la percepción de que

deben reprimir esos sentimientos, los varones suelen sentir temor (Bard, 2016 :106).

Este aspecto de la demostración de la virilidad es parte de una masculinidad subordinada, puesto que impone una conducta específica para adquirir el estatus de hombre. Coincidimos con Kauffman cuando señala que el sistema de privilegios masculino está viciado, ya que, a la vez, causa dolor en los hombres. La mayor parte de ese malestar es producido por la distancia entre la realidad del hombre y lo que se le exige como modelo de masculinidad. Modelo que no todos pueden alcanzar, pero al que se hace todo lo posible por alcanzarlo, porque es un aspecto muy valorado por la sociedad.

De esta manera, al hablar de masculinidad hegemónica subordinada nos referimos a que los hombres deben cumplir con los mandatos del capital masculino, subordinando y disciplinando sus cuerpos, lo que incluye las conductas antes mencionadas como el ejercicio activo de su sexualidad, cumplir el rol de proveedor de la familia, asumir situaciones y probar su fuerza y valentía asumiendo, por ejemplo, trabajos en contextos adversos y violentos aun cuando estos impliquen poner en riesgo su vida y su salud. Asimismo, se les exige probar su resistencia consumiendo alta cantidad de bebidas alcohólicas o realizar actividades que impliquen demostrar sagacidad, fuerza y valentía. Así, existen mandatos ineludibles que organizan las prácticas y la vida de los hombres. Uno de ellos está relacionado con el trabajo y el empleo que recae directamente en el cuerpo de los varones. Este alude al mandato heteronormativo del rol del proveedor. En

la construcción de la masculinidad, el trabajo es una fuente de identidad fundamental. De hecho, parte de la masculinidad dominante implica interiorizar que para ser hombre hay que trabajar, ya que, en caso contrario, se ha fracasado en la vida, principalmente, como proveedor de la familia para garantizar su subsistencia económica. Por eso, para estos mandatos los cuerpos de los hombres se encuentran disciplinados y sujetos a la estructura hegemónica social y cultural impuesta por la sociedad.

En el caso de los hombres que mantienen relaciones remuneradas con mujeres jóvenes y adolescentes en La Pampa, ellos ejercen una masculinidad hegemónica a través de la compra del cuerpo de las mujeres, pero, a la vez, practican una masculinidad subordinada al aceptar la obligación de ejercer esa sexualidad activa como un mandato imprescindible en sus vidas. Asimismo, estos varones se encuentran inmersos en relaciones laborales jerárquicas y precarias, en trabajos informales e ilegales, tienen un bajo nivel educativo y una situación de explotación permanente en los campamentos mineros ilegales de extracción de oro, y sus condiciones de insalubridad y peligrosidad ponen en riesgo su vida en forma constante subordinándose. Sin embargo, a la vez presentan una masculinidad hegemónica al cumplir, a cualquier precio, con el rol de proveedor y de hombre trabajador.

Los hombres mineros investigados son los clientes que mantienen relaciones sexuales remuneradas con mujeres que se encuentran en los bares y prostibares de La Pampa, incluidas mujeres jóvenes y adolescentes

que son víctimas de trata y explotación sexual. Mujeres que también son sometidas para prostituirse.

En este sentido, es adecuado plantear las definiciones de prostitución, de explotación sexual y trata que asumimos en la investigación por considerarlas acorde a la realidad que se presenta en esta zona, donde estas modalidades coexisten en este ámbito y son parte del cotidiano de los hombres.

Jeffreys menciona diferentes categorías del negocio de la prostitución: los prostíbulos, la prostitución callejera y acompañantes, los clubs de strippers, la pornografía, la prostitución militar y sitios turísticos de prostitución, la trata y la explotación de mujeres y niñas (2011: 191). Al respecto, la prostitución es un espacio que legitima el consumo del cuerpo de las mujeres como un pasatiempo para los hombres y la industria del sexo, en general, se encuentra establecida para fortalecer las formas de comportamientos de privilegio del sexo masculino (2011:181-212).

Respecto a la trata de personas y la explotación sexual, la definición del Plan Nacional de Acción Contra la Trata de Personas en el Perú 2011-2016 indica que “la explotación sexual es la modalidad de mayor incidencia del delito de la trata que incluye la esclavitud sexual, u otras formas de explotación sexual como las desarrolladas en el ámbito del turismo y la pornografía entre otras” (p. 16). Asimismo, el reglamento de la Ley de Trata de Personas define la explotación sexual como una “actividad ilícita y delictiva consistente en someter y obligar a niños, niñas o adolescentes a situaciones

eróticas y actos análogos, en beneficio propio o de terceros”. En el caso de Madre de Dios, se configura la modalidad denominada “explotación de la prostitución ajena”, que es también la forma más conocida de trata. La víctima es inducida, obligada o forzada a ejercer el comercio del sexo contra su voluntad y en beneficio del tratante.

Además, de acuerdo con el Protocolo de Palermo o Protocolo para prevenir, reprimir y sancionar la trata de personas, especialmente de mujeres y niños, la trata implica diversos actos:

“Apartado a) ... la captación, el transporte, el traslado, la acogida o la recepción de personas, recurriendo a la amenaza o al uso de la fuerza u otras formas de coacción, al rapto, al fraude, al engaño al abuso del poder o de una situación de vulnerabilidad o a la concesión o recepción de pagos para obtener el consentimiento de una persona que tenga autoridad sobre la otra con fines de explotación, esta explotación incluirá como mínimo la explotación de la prostitución ajena u otras formas de explotación sexual, los trabajos o servicios forzados, la esclavitud o las prácticas análogas de esclavitud, la servidumbre o la extracción de órganos. Apartado b) El consentimiento dado por la víctima de la trata de personas a toda forma de explotación intencional descrita en el apartado a) del presente artículo no se tendrá en cuenta cuando se haya recurrido a cualquiera de los medios enunciados en dicho apartado. Apartado c) La captación, el transporte, el traslado, la acogida o la recepción de un niño

con fines de explotación se considerará "trata de personas" incluso cuando no se recurra a ninguno de los medios enunciados en el apartado a) del presente artículo. Por "niño" se entenderá toda persona menor de 18 años" (ONU, 2000:2).

Metodología de la investigación

El trabajo de campo se realizó entre junio y octubre del año 2017. Un entrevistador capacitado que vivía en la zona conversó a profundidad con 15 varones que trabajan extrayendo oro en La Pampa, zona que presenta características particulares de ilegalidad, informalidad y riesgo constante por la violencia criminal que existe. Este es un territorio en el que, en especial los hombres, desconfían de quienes hacen preguntas o investigaciones por temor a ser implicados en problemas con la justicia. Los hombres que se dedicaban a otras actividades (dueños de campamentos mineros, jefes de grupos de hombres mineros, negociantes, entre otros) no aceptaron participar en las entrevistas.

Los criterios de inclusión para la entrevista fueron: a) mineros o exmineros ilegales mayores de 18 años, b) migrantes, c) que al momento de la entrevista residan o trabajen en la zona de La Pampa en Madre de Dios, d) que acudan a los prostibares de la zona, y e) que mantengan o hayan mantenido relaciones sexuales remuneradas con mujeres jóvenes o adolescentes que se encuentran inmersas en el comercio sexual en los prostibares de La Pampa.

CAPÍTULO II:

La Pampa, espacio masculinizado y androcéntrico

La Pampa es un espacio estructurado para que el hombre ejerza su sexualidad activa al instalarse una gran cantidad de bares y prostibares. Este lugar es un espacio geográfico y simbólico a la vez: geográfico, ya que se encuentra situado en un lugar específico; simbólico, puesto que representa cómo se producen y reproducen las masculinidades.

La investigación se desarrolla en la zona de La Pampa en Madre de Dios, lugar de minería ilegal, lo que nos lleva a plantear las siguientes preguntas: ¿cómo están situados los hombres en este espacio?, ¿qué acciones suceden a su alrededor?, ¿qué actividades se realizan en torno a satisfacer la demanda de los hombres-clientes-consumidores? y ¿cómo está diseñado o establecido este lugar para que se haya convertido en una zona de explotación, comercio y venta de cuerpos de mujeres?

1. La zona de La Pampa

La Pampa forma parte de la zona de amortiguamiento de la Reserva Nacional de Tambopata, a dos horas y media, aproximadamente a 120 km/h, de la ciudad de Puerto Maldonado, provincia de Tambopata, región de Madre de Dios. La Pampa se inicia desde el km 98 hasta el km 117 de la carretera interoceánica. Es al pie de estos kilómetros que se desarrollan una serie de servicios para atender a los mineros. Al existir una presencia y gran concentración de hombres, se han creado servicios

para su subsistencia como hoteles, restaurantes, tiendas, lavanderías, entre otros, y lugares de “diversión y distracción” como los bares, los prostibares y canchas de fútbol.

La Pampa tiene dos sectores diferenciados⁷: La Pampa periférica o centro de comercio y La Pampa productiva o centro productivo. La primera está a lo largo de la carretera y tiene tres cuadras de profundidad. La segunda se encuentra a varios kilómetros de distancia de la carretera. Se ingresa con una moto lineal previo pago de peaje. Cuando se habla de La Pampa se maneja el término indistintamente, como si fuera una sola, pero no es así. Es importante hacer la distinción entre una y otra, ya que son dos espacios geográficos en los que las masculinidades representan de manera diferenciada la hegemonía y la subordinación. En ese sentido, es necesario explicar cada uno de estos espacios.

La Pampa periférica es un poblado que se caracteriza por la concentración de actividades de comercio de gran escala, con la presencia de venta ambulatoria que ha ocupado –con carpas o puestos de madera muy rudimentarios– parte de la carretera interoceánica, generando embotellamiento de tráfico en algunas horas del día.

⁷ Distinción realizada por Carmen Barrantes, investigadora de Terre des Hommes Suisse.



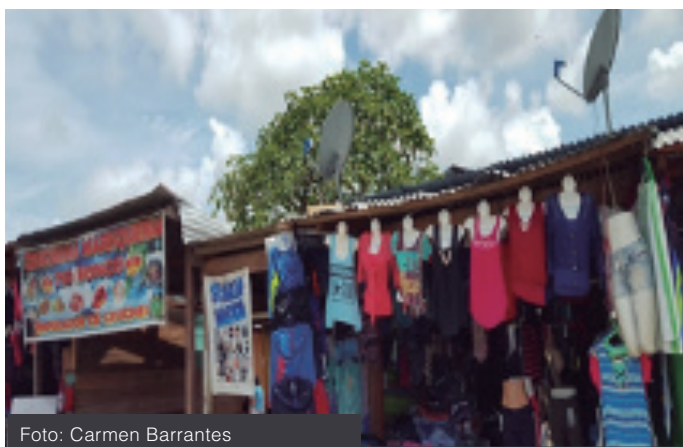
Foto: Carmen Barrantes



Foto: Carmen Barrantes

■ **Negocios que han invadido parte de la carretera interoceánica.**

Si observamos las siguientes fotos, podemos identificar los artículos que se pueden encontrar en venta, desde los de primera necesidad como alimentos, frazadas, ropa y combustible hasta maquinaria y repuestos para la minería, pasando por artículos de recreación.



■ **Negocios que han invadido parte de la carretera interoceánica.**

El kilómetro 108 de La Pampa periférica funciona como un área de abastecimiento para los campamentos mineros ilegales que se encuentran varios kilómetros hacia el interior. Asimismo, la proliferación del comercio ha traído consigo la acumulación de desperdicios, que se pueden visualizar antes de ingresar a La Pampa.

En la foto a continuación se puede observar que, al lado de la carretera, por casi 1 km, se encuentran desechos y bolsas de basura tanto al ingreso como a la salida de La Pampa periférica. Además, el lugar es considerado por la población y las autoridades como una zona liberada del control del Estado, ya que predomina la informalidad, la ilegalidad y la criminalidad producto de la extracción y comercio ilegal del oro, incluida la trata y explotación de personas.



Foto: Lizeth Vergaray

■ **Vista del ingreso a La Pampa periférica, al borde la carretera interoceánica**

En La Pampa periférica se encuentran, también, otro tipo de negocios con una mayor y mejor “infraestructura” que, en el espacio productivo, sin ser necesariamente de cemento, son de madera y tienen mayores comodidades. En la siguiente foto se visualiza el prostibar “Tumbao”, uno de los más frecuentados al pie de la carretera interoceánica. En el primer nivel se puede ver una cortina abierta a dos aguas que cumple las funciones de “puerta” de ingreso al prostibar. En la parte delantera exhiben una bandera, símbolo de patriotismo, lo cual resulta antagónico. Al ser este un prostibar, un lugar en el que se explota sexualmente cuerpos de mujeres, resulta irónico que los dueños quieran mostrar que trabajan por la patria. Se puede

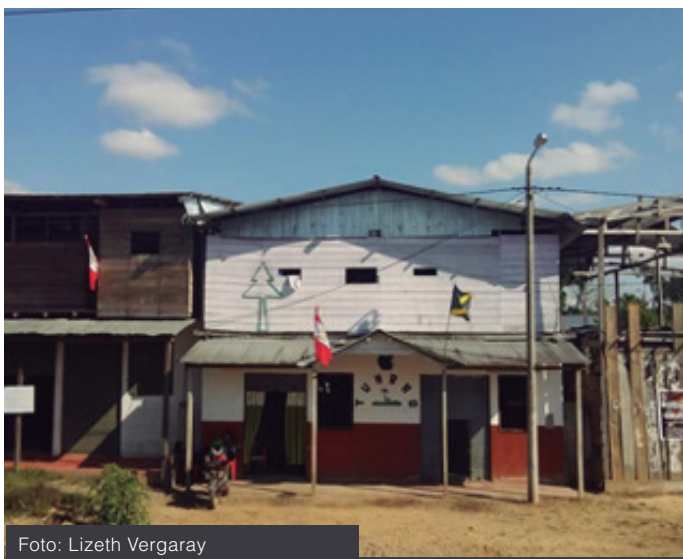


Foto: Lizeth Vergaray

■ Prostibar al pie de la carretera interoceánica - La Pampa periférica

suponer que en su imaginario lo hacen porque brindan servicios sexuales a los hombres mineros ilegales, quienes se “rajan” por trabajar para sacar adelante a su familia y, por lo tanto, a su patria. En este sentido, nuestra interpretación apela al valor simbólico que tiene la masculinidad en La Pampa y nos reafirma que este lugar es un espacio androcéntrico donde los símbolos patrios son más valorados que el cuerpo de las mujeres explotadas sexualmente.

Los bares y prostibares ubicados al frente de la carretera en La Pampa periférica han sido construidos con madera y plástico. Es importante mencionar que un prostibar es un lugar donde se ofrecen servicios sexuales de mujeres, generalmente jóvenes, y, a la vez, es un espacio donde los asistentes, generalmente, hombres consumen bebidas alcohólicas. Al respecto, en los bares y prostibares hay ambientes donde se vende licor, diferenciándose uno de otro, ya que estos últimos tienen, además, una serie de ambientes donde se ofrecen los servicios sexuales. Así, ambos cumplen una función importante en los procesos de construcción del capital masculino: el ejercicio activo de la sexualidad y el consumo de altas cantidades de alcohol, puesto que son campos de medición y demostración de hombría.

Los bares y prostibares se encuentran junto a otros establecimientos de comercio (hoteles, restaurantes, farmacias, venta de artículos de primera necesidad, etc.). Sin embargo, a una cuadra aproximadamente de haber ingresado, se encuentra un área despejada en forma ovalada, como se observan en las siguientes fotos. Este óvalo constituye el área de concentración de prostibares.



Foto: Lizeth Vergaray

- Mujeres jóvenes en la puerta de un prostibar



Foto: Lizeth Vergaray

- Prostibar “Bunker” ubicado en La Pampa periférica en el área de concentración de bares



■ Prostibar “El Gran Faraón”

En las calles aledañas también se pueden encontrar más bares y prostibares ocupando las principales cuerdas de la zona de La Pampa periférica, como se observa en la siguiente foto. Estos bares y prostibares funcionan durante todo el día. El número de horas de atención de este tipo de negocios sobrepasa en muchos casos las doce horas diarias. Además, en estos negocios se observa a mujeres jóvenes dentro de los mismos o alrededor de ellos.



■ Prostibares en La Pampa periférica, en el área de concentración de estos locales

Un dato adicional para tener un panorama un poco más amplio de La Pampa es que la mayoría de la población se desplaza en moto, tanto lineales como en las conocidas mototaxis. Con estas se transporta pasajeros a lugares aledaños a La Pampa y/o a los campamentos mineros ilegales que están en la zona que denominamos La Pampa centro productivo, encontrándose el primer campamento a unos 30 minutos del ingreso. Así, a La Pampa centro productivo, denominada así porque allí se concentran los campamentos mineros ilegales, solo se ingresa usando la moto lineal. El campamento minero más cercano a La Pampa periférica se encuentra a 3 km aproximadamente. En la siguiente foto se puede observar un campamento en La Pampa centro productivo, que cuenta con maquinaria muy rústica.



Foto: Carmen Barrantes

■ La Pampa centro productivo

Asimismo, en la foto a continuación se evidencia que es en este lugar donde se aprecian las principales consecuencias de la minería ilegal, que depreda el

medioambiente y que ha convertido a La Pampa en una zona deforestada, descuidada y devastada, y en donde las condiciones de salud y seguridad en el trabajo son muy deficientes, ya que los trabajadores se encuentran expuestos a riesgos o peligros como quemaduras por exposición al sol, mordeduras o picaduras de animales, exposición al mercurio o químicos, cortes y, en menor medida, explosiones o derrumbes. Además, las enfermedades y accidentes no suelen recibir ninguna atención médica. De esta manera, las condiciones de vida en el campamento minero son considerablemente precarias, puesto que el servicio higiénico es pozo ciego, negro o séptico, río o acequia, monte o bosque y el agua que consumen es principalmente de río, acequia o manantial.⁸



Foto: Carmen Barrantes

■ La Pampa centro productivo: bar de un campamento abandonado

⁸ Sanz, Teodoro, 2015, p. 27.

2. Espacios de masculinidad en La Pampa

La Pampa es un poblado que presenta una estructura al servicio de lo masculino desde una lógica androcéntrica. Esto se puede evidenciar en sus lugares de “diversión y entretenimiento” pensados y estructurados para un mundo de hombres: los bares, los prostibares y las canchas de fútbol. La masculinidad se desarrolla a través de dispositivos de poder y mandatos impuestos por la sociedad de cómo debe ser un hombre. Al respecto, La Pampa periférica evidencia espacios netamente masculinos. Además, esta zona es el motor que dinamiza la economía de la población. Si bien trabajan hombres y mujeres, el pueblo es un espacio de representación principalmente androcéntrico.

De Lauretis (1983) explica esta construcción dirigida específicamente a un sexo al analizar la posición del sujeto en las últimas teorías del cine a partir de la semiótica y del psicoanálisis. En la parte de la ficción, de la ciudad Zobeida, donde la mujer es, a la vez, el objeto de deseo, del sueño y la razón de la construcción de la ciudad para los hombres, y usa como parábola este texto para mostrarnos los problemas de la diferencia sexual y la subjetividad sobre la posición que ocupan hombres y mujeres en la sociedad, donde se niegan a las mujeres el estatuto de sujeto y se le sitúa en el lugar del objeto de la representación. Así, el hombre se encuentra situado como sujeto masculino, es decir, el hombre es el único término de referencia. La autora parte de la ficción, de la creación de una ciudad, para explicar su comprensión de la representación androcéntrica del espacio geográfico.

Esta misma lógica de representación se produce y reproduce en La Pampa periférica, donde las mujeres son situadas en una posición de objeto. Por eso, la estructura del espacio y las actividades que realizan se dan alrededor de las necesidades económicas, sociales y culturales de los hombres. No obstante, en menor escala también existen espacios de distracción para las mujeres, pensados a partir de su rol femenino tradicional: tiendas o puestos de venta de ropa femenina, peluquerías. En el ámbito del trabajo, la posición que ocupan las mujeres en La Pampa se da en las siguientes actividades: venta de refrigerios, cocineras, atención de negocios, atención en los bares y en los prostibares. Estas acciones se encuentran directamente vinculadas a servir o satisfacer las “necesidades” o demandas de los hombres, por lo que se sitúa a la mujer como objeto y no como sujeto.

Este panorama visualiza que la mayoría de espacios en La Pampa atienden a los procesos del capital masculino, que comprenden el rechazo del mundo femenino y a la conducta femenina: rechazo al mundo considerado privado (por ejemplo, la cocina), tener un alto desempeño en el fútbol, alardear sobre el desempeño (hetero)sexual a través de la actuación/ejercicio de la sexualidad, demostrar valentía, rudeza, consumo de altas cantidades de alcohol, demostrar fortaleza física y emocional (Vásquez, 2013). Todo gira alrededor del constructo e imaginario de una masculinidad para demostrar su virilidad ante los demás; principalmente hacia otros hombres (Kimmel, 1997).

En particular, hay que resaltar que alrededor de las

actividades extractivistas se estructuran espacios de masculinización. En este caso, la minería de oro atrae mano de obra masculina, puesto que son hombres los que migran para desempeñarse en estas actividades:

“En la actividad minera, las ocupaciones más comunes son las de macheteros, carreteros, buzos, maraqueros, traqueros, carancheros, operadores de camiones...” (Sanz, 2015: 14).

Con esto queremos mostrar que el extractivismo, en general, rearticula las relaciones de género y refuerza los estereotipos de masculinidad, principalmente de la masculinidad hegemónica. Este espacio ha sido estructurado para los hombres, desde el espacio físico de trabajo hasta los espacios de entretenimiento.

Al ser La Pampa un espacio creado a partir de la actividad minera, los lugares de entretenimiento y diversión como bares y prostibares, así como la cancha de fútbol, responden a las necesidades del hombre minero que es quien mueve económicamente el lugar. Además, La Pampa, al ser considerada una zona liberada, donde predomina la ausencia del Estado, tiene una alta impunidad de los delitos que se cometen, sobre todo en materia de trata y explotación de mujeres. Esta es una situación ampliamente conocida por las instituciones del Estado y por la población en su conjunto. Sin embargo, no hay una intervención que permita combatir esta situación de violencia hacia las mujeres.

En ese sentido, consideramos importante mencionar la investigación sobre feminicidios en Ciudad Juárez de

Segato, quien refiere que en este lugar –en nuestro caso hacemos un símil con La Pampa en Madre de Dios– existe una alta impunidad mediante una estrategia clásica del poder soberano para reproducirse como tal y divulgar e incluso espectacularizar el hecho de que se encuentra más allá de la ley, lo que se demuestra con la capacidad de secuestrar, torturar y matar y, en nuestro caso, de explotar sexualmente a mujeres, incluidas adolescentes, reiterada e impunemente (2006: 28).

Segato hace hincapié en el poder del soberano –para nuestro caso ese poder lo obtendrían los y las tratantes, los dueños y dueñas de los bares y prostibares, los dueños de los campamentos mineros y los grupos criminalizados–, que debe demostrar su control de la localidad enviando mensajes a los otros hombres de la comarca, a las propias instituciones del Estado y a la comunidad en su conjunto. Les dice que su control sobre el territorio es total, que su red de alianzas es cohesiva y confiable y que sus recursos son ilimitados (2006: 33). Además, esta autora, al hablar del feminicidio –sobre el cual podríamos considerar que podría hacerse un paralelo con la trata y explotación sexual de mujeres, ya que ambos delitos recaen en el cuerpo femenino– considera que el lenguaje del feminicidio utiliza el significativo “cuerpo femenino” (lo que para nosotras sería el lenguaje de la trata y explotación sexual) para indicar la posición de lo que puede ser sacrificado en aras de un bien mayor, de un bien colectivo, en palabras de Segato: “como es la constitución de una fratría mafiosa” (2006: 33).

Por lo anteriormente expuesto, se puede afirmar que

La Pampa es un espacio androcéntrico, masculinizado, donde rige la impunidad recayendo en el cuerpo de las mujeres el poder de dominación y de control de sus cuerpos y, por ende, de la violencia. En ese sentido, podemos visualizar claramente tres espacios hegemónicos en La Pampa:

a) La minería: espacio de trabajo masculino

La minería es un espacio de trabajo masculinizado, ya que son los hombres quienes se encuentran trabajando como mano de obra directa dentro o alrededor de esta actividad. Por ello es necesario analizar la relación entre la minería y la masculinidad, y precisar que el trabajo minero en La Pampa gira alrededor de dos tipos de minería: la ilegal y la informal.

Para fines de esta investigación vamos a distinguir entre la minería formal, la minería ilegal y la minería informal. La minería formal es aquella que cumple con los requisitos del Estado y no se realiza en áreas protegidas, mientras que la minería informal y la ilegal no cumplen los requisitos del Estado y, particularmente, esta última se desarrolla en áreas prohibidas.

El Decreto Legislativo (DL) 11054 sobre la minería ilegal menciona la siguiente definición:

“...usando equipo y maquinaria que no corresponde a las características de la actividad minera, desarrolla sin cumplir las exigencias de las normas de carácter administrativo, técnico, social y medioambiental que rigen dichas actividades, o que se realiza en las zonas en las que esté prohibido el ejercicio de la

actividad minera” (Sanz, 2015: 11-12).

Al respecto, estas zonas prohibidas son las riberas de ríos, lagunas, cabeceras de cuenca y zonas de amortiguamiento de áreas naturales protegidas. La minería informal, de acuerdo con el mismo DL, es aquella que:

“es ejercida en zonas no prohibidas para la actividad minera y por personas que hayan iniciado un proceso de formalización” (Sanz, 2015: 11-12).

Así, en Madre de Dios, en la zona de La Pampa, se produce la minería ilegal por desarrollarse en un área prohibida, como es la zona de amortiguamiento de la Reserva de Tambopata. Las principales consecuencias de la minería en La Pampa en Madre de Dios son la contaminación ambiental, la deforestación y la contaminación de ríos y suelos por el mercurio utilizado para separar el oro de la tierra.

Los campamentos mineros ilegales son fijados a través de carpas de plástico armadas rudimentariamente, formándose grandes ciudadelas (CHS Alternativo, 2012; Mujica, 2014; Flora Tristán, 2005). Las condiciones de estos campamentos mineros ilegales son muy precarias, ya que sus construcciones son improvisadas, sostenidas con palos y cubiertas de madera y material de plástico, y no cuentan con servicios de desagüe, ni luz, ni agua potable para la preparación de alimentos ni para el lavado de los artículos de cocina, por lo que se usa agua del agua del río que se encuentra contaminada por el mercurio. De esta manera, estos lugares se

convierten, muy rápidamente, en focos infecciosos por las condiciones insalubres en las que se encuentran (CHS Alternativo, 2012).

Son los hombres mineros ilegales quienes se encuentran expuestos a estas condiciones de vulnerabilidad y explotación. El espacio de La Pampa centro productivo, ocupado fundamentalmente por hombres, es el escenario central de la masculinidad hegemónica subordinada, puesto que es allí donde ellos subordinan su cuerpo tanto para cumplir los roles de proveedor como para mostrar simultáneamente a sus compañeros su fuerza y valor. Así, de acuerdo con Barrantes y Escalante (2015), las características de los hombres que se encuentran en La Pampa son similares entre sí.

Nils Krauer, un colaborador de la investigación, accedió al campamento minero Huepetue y entrevistó a 17 mineros ilegales de este lugar, a través de un muestreo aleatorio, para conocer las características de los potenciales clientes de los prostibares. Es importante mencionar que los trabajadores mineros, al igual que las mujeres, rotan. Por eso es válido tomar como referencia este conjunto de entrevistas. Entre las principales características se encuentra que 41.17% de los mineros ilegales procede de Cusco; y en segundo lugar, de Madre de Dios y Puno. Asimismo, un 71% de ellos tienen hijos, 47% están casados o conviven, y la mayoría de ellos cuenta solo con primaria como nivel educativo alcanzado. Además, provienen de un contexto de pobreza o pobreza extrema.

“El trabajo en la minería me hizo venir, la minería

genera más plata que cualquier sitio... haces tu campamento ahí para que vivas, no puedes ir lejos, trabajas desde las 6 de la mañana, salíamos al día siguiente a las 12 del día, a veces, más de 24 horas, casi 30 horas de trabajo, 1 día entras, al otro día sales, al siguiente día vuelves, son 2 personas por turno, 3 veces a la semana trabajamos..." (minero 3, 30 años).

Estos elementos permiten señalar que los mineros ilegales de Madre de Dios representan una masculinidad hegemónica subordinada, para adquirir el capital masculino deben cumplir con su rol de proveedor, aceptando trabajos en condiciones laborales muy precarias, como es el caso de los trabajadores de La Pampa, pero también de otros campamentos o áreas en las que se usa técnicas ilegales de extracción. Los trabajadores mineros no cuentan con seguridad social, contrato de trabajo ni beneficios sociales.

"Lo que más choca no solo a mí, sino a todos, es el agua, la falta de agua, en La Pampa no hay pe agua potable, todo es lo que trabajan, ese pozo que queda, nunca se toma limpia pe, es con cloro, si quieres hacer un pozo igual tienes que hacer asentar, no hay agua limpia pe, no hay agua potable..." (minero 6, 30 años).

Los mineros, por su condición de ilegalidad, deben solventar los gastos de enfermedad o de accidentes, no cuentan con equipos de protección personal (cascos, mascarillas, guantes, botas, ponchos para la lluvia) ni con equipos que los protejan en la búsqueda de oro.

Sus cuerpos se quedan en contacto directo con aguas que tienen mercurio.

“He visto accidentes en la propia traca que trabajan, se han hecho apretar con la carga, o sea, ellos estaban en hueco grande, era elevado, casi como 8, 9 metros de altura, el que estaba así, el jalacho, él se había caído abajito en la carga y el motor vino y lo mató... Ahí no hay seguridad, tu corres tu riesgo, tu vida, más que todo corres ahí, cualquier accidente tu corres de tu bolsillo, algunos que son conscientes te apoyan con una parte, te dicen no es mi problema, por tu descuido ha pasado eso” (minero 1, 25 años).

Parte de esta situación se ve reflejada en las siguientes fotografías:



- **Condiciones laborales en las que se trabaja doce horas. Este trabajador debe trabajar seis de ellas sumergido**



Foto: Carmen Barrantes

■ **Sumergido para mantener la manguera por la que se extrae el oro conectada a la tierra**

Además, se encuentran expuestos al sol por largas horas durante la jornada laboral, que son extenuantes, puesto que duran 24 horas seguidas, con un día de descanso para retornar nuevamente a las 24 horas continuas de trabajo.

“Mucho desvelo, no descansas bien, nos daban la comida, pero ya no amanecías con esas ganas... para poder resistir comer caramelo, café y otros para que se puedan amanecer picchaban su coca, su gaseosa, tomaban su 360 (bebida energizante) y su cigarro le daban para que se puedan amanecer” (minero 1, 25 años).

Al ser migrantes con condiciones de pobreza y extrema pobreza, buscan oportunidades laborales para generar ingresos, pero, en primer lugar, buscan satisfacer una

necesidad básica que es la alimentación. Los dueños de la minería conocen esta necesidad y, en este sentido, de acuerdo con los testimonios de los propios mineros, la buena alimentación es uno de los aspectos claves que los engancha en el trabajo minero y que evidencia la subordinación en la que se encuentran los hombres mineros ilegales, en donde sus cuerpos han sido socializados y subordinados para cumplir con sus roles hegemónicos impuestos por la sociedad.

“Hay harta comida, desayuno, almuerzo y cena, comida ni hablar, refresco, gaseosa, lo que quieras te dan” (minero 3, 30 años).

“En La Pampa encuentras trabajo donde sea... el alimento te da los días que te toca trabajar, el día que sales también te dan desayuno” (minero 2, 28 años).

Esta situación es reafirmada por la OIT (2015), al señalar que las condiciones en las que trabajan los mineros ilegales en Madre de Dios son realmente deplorable. Sus derechos laborales les son negados produciéndose una masculinidad hegemónica subordinada, donde prima el poder de uno sobre otro; en este caso, es el poder de los dueños de las concesiones mineras, quienes se aprovechan de la necesidad de sobrevivencia de los trabajadores y les imponen jornadas laborales de más de doce horas y condiciones de trabajo precarias. Los hombres aprenden a obedecer a un “jefe” y son disciplinados para producir y reproducir los elementos del capital masculino en el contexto minero. Por eso, el campamento minero es un espacio donde demuestran

su masculinidad y donde se construyen como hombres fuertes, independientes, valientes, arriesgados, sin miedo ni temores.

“Las condiciones de salud y seguridad en el trabajo son muy deficientes considerando el tipo de actividad realizada: el 83% de los trabajadores considera que estaba expuesto a riesgos o peligros como quemaduras por exposición al sol, mordeduras o picaduras de animales, exposición al mercurio o químicos, cortes y, en menor medida, explosiones o derrumbes; el 62% manifestó que no les dieron ningún equipo de protección personal para trabajar; y el 57% de los trabajadores que se enfermaron o tuvieron algún accidente durante el trabajo manifestó que no recibió ninguna atención médica” (Sanz, 2015: 11-12).

“Un traquero es como un operador, tienes un motor, tu operas el motor para sacar el material de ahí... el trabajo es chévere porque estás con tus amigos, no hay quien te diga haz esto o haz el otro, o no tienes reglas, si no te gustas el trabajo, te sales simplemente, dejas el trabajo, te sales y te vas a otro lado...” (minero 3, 28 años).

Los trabajadores no llegan a identificar la explotación, más bien la naturalizan; por ejemplo, frente a los accidentes que ocurren con periodicidad, los atribuyen a la negligencia del propio minero. De esta manera, la masculinidad hegemónica subordinada, que comprende la aceptación de las condiciones de trabajo precarias y de explotación, alcanza en este espacio su máxima expresión.

“Accidente, accidente no he visto, muertes he visto cuando las cargas les aplasta, es por negligencia del trabajador, una persona que recién tal vez ha llegado, trabaja chévere con el material, no se deja aplastar...” (minero 3, 28 años).

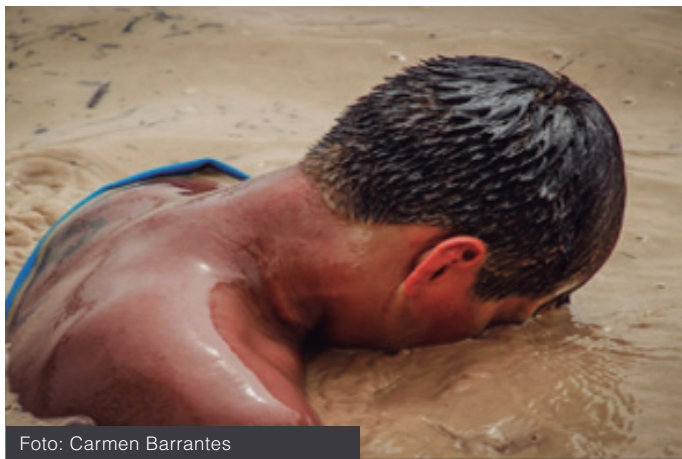


Foto: Carmen Barrantes

■ **Sin ningún equipo de protección, expuesto a aguas contaminadas.**

En este sentido, en el mundo masculino del contexto de la minería de La Pampa, se evidencia la convivencia entre la masculinidad hegemónica y la masculinidad subordinada. Estas dos masculinidades cohabitan en un mismo sujeto, en un mismo espacio. Esta integración en la que confluye una masculinidad hegemónica subordinada se expresa a través de querer demostrar que son hombres fuertes, valientes, rudos, sin temores. Deben sostener económicamente a su familia, ya sea en situación de informalidad e inclusive de ilegalidad, puesto que es un comportamiento casi heroico, propio

del capital masculino. Para ello, el cuerpo de los hombres ha sido disciplinado para enfrentar las condiciones altamente desfavorables de la tarea que desempeñan.

“La salud de la población se ve afectada especialmente por la absorción en el organismo de mercurio y otros metales pesados como el plomo y el arsénico, que los mineros ilegales usan en su actividad. El mercurio contamina también las fuentes de agua (ríos, lagos y lagunas), contaminando a los peces que son la base de la alimentación en las poblaciones amazónicas. El ser humano absorbe el 95% del mercurio contenido en los pescados contaminados que come” (Ministerio del Ambiente, 2013: 3).

b) Los prostibares y bares: el consumidor masculino frente al comercio del sexo

A través de los mandatos del capital masculino vinculados al ejercicio activo de la sexualidad y al consumo de alcohol, los prostibares y los bares se convierten en espacios donde se producen y reproducen las representaciones masculinas hegemónicas subordinadas. Al respecto, podemos decir que el ejercicio activo de la sexualidad se produce a través de un modelo de actuación esperada de parte de los hombres. Este modelo exige que los hombres alardeen sobre su desempeño sexual, colocando como aspecto primordial sus deseos sexuales y su búsqueda de placer sexual a través de dispositivos sociales de masculinidad y sexualidad que les han sido impuestos y donde el cuerpo del hombre debe subordinarse a las prácticas de esa hegemonía.

En La Pampa, la hegemonía subordinada masculina se produce a través de la industria del sexo, sin que los hombres lleguen a diferenciar si las mujeres con las que se relacionan están en situación de explotación o trata o si son menores o no. Por eso, es importante resaltar que son instituciones como la familia o la escuela, y actores como los padres y las madres, profesores o amigas y amigos, quienes incentivan las representaciones de masculinidad. Estas instituciones se convierten en instancias socializadoras de la sexualidad de los hombres. Así, ellos han sido disciplinados y han aprendido a comportarse de cierta manera, a relacionarse consigo mismos de cierto modo y a relacionarse con las mujeres con determinados parámetros. Por eso, aprendieron que ello es así y que hay pocas formas de esquivar tales disposiciones (Salas, 2004:93).

De igual manera, los hombres aprenden en la calle, de los amigos, de las prostitutas, de la pornografía, de los adultos –familiares o no– cómo se hace un hombre, y dentro de ello, qué papel juega su sexualidad, sabemos que esta es más determinante en su vida que otros componentes del ser hombre (Salas, 2004:93). De esta forma, La Pampa, está estructurada para satisfacer a los hombres frente a la subordinación femenina, incluyendo la sexualidad vista como un comercio de compra y venta de mujeres, lo que se hace evidente por la gran cantidad de prostibares que existen en la zona.

El privilegio masculino obedece a un sistema de organización social, económico y político que los coloca en una posición particular: una posición de dominio hacia las mujeres, pero al materializarse, también se produce

por la subordinación respecto a lo hegemónico, ya que los hombres deben asumir y cumplir sus funciones de acuerdo con lo establecido en la organización del sistema estructural patriarcal.

Bajo este escenario, La Pampa es un espacio androcéntrico por excelencia, puesto que coloca a los hombres y mujeres en lugares sociales distintos y con atribuciones, derechos y deberes desiguales. Esta situación se evidencia con claridad en el fenómeno de la explotación sexual y la trata con fines de explotación sexual, ya que la desproporción en cuanto a género en explotadores y en víctimas es evidente: la mayoría de los primeros son clientes hombres y las últimas pertenecen al género femenino (Salas, 2004: 54).

La existencia de una gran cantidad de prostibares en La Pampa hace evidente que este es un espacio en el que se configuran las representaciones de la masculinidad hegemónica subordinada, debido a que los hombres que quieren alcanzar un modelo de masculinidad en el que alardeen del ejercicio activo de su sexualidad son los clientes de los prostibares. Solo así demuestran su virilidad sexual activa como mandato del capital masculino que deben de cumplir.

Con la finalidad de explicar cómo los hombres acceden al comercio sexual en La Pampa, es importante mencionar que en esta zona existen tres tipos de comercio sexual: la prostitución, la explotación sexual y la trata con fines de explotación sexual. Estas modalidades son difíciles de distinguir, puesto que los matices que las diferencian no necesariamente son visibles para terceros, mientras se

produce la explotación. Además, las tres modalidades se dan en el mismo espacio geográfico, local y horario, y las condiciones de consumo de alcohol y compra de cuerpos son las mismas.

“Acá hay chicas, se les llama damas de compañía, ellas ganan por cerveza, por los tragos que les invitas, hay otro que es un chongo, donde están las prostitutas, donde vas por 50 lucas, te acuestas con las chicas” (minero 1, 25 años).

“Sí, sí, sí, acá buscan menores de edad, eso es novedad para la gente, ya están cansados de las mismas chicas, hay chicas que ya trabajan años, me conviene menores de edad, si hay menores de edad ese bar siempre va a estar lleno, como hay chicas menores edad, ahí se amontona la gente, hay chibolas, vamos... para mayores de edad no van porque dicen esa la conozco, esa es sangrona, solo les saca plata, les hace fichar, fichar (minero 3, 30 años).

En La Pampa, la explotación sexual y la trata son parte de las graves consecuencias de la informalidad y de la ilegalidad por la minería. Son los hombres quienes forman parte de la cadena de explotación como clientes-consumidores de los cuerpos de mujeres, principalmente, jóvenes y adolescentes. Al respecto Jeffrey (2011) menciona que el “uso del cuerpo de las mujeres” se encuentra a disposición del beneficio de los hombres, ya que forma parte de los derechos sexuales masculinos y se concibe como un valor supremo:

“La industria de la vagina comienza con el sobreentendido de que la prostitución es una práctica cultural nociva. Es una práctica que se desarrolla fundamentalmente a través del cuerpo de las mujeres para el beneficio de los hombres” (p. 21).

“...está basada en la determinación liberal de respeto al libre albedrío de los individuos, en el mercado como valor supremo y en el respeto por el poder y la inevitabilidad de los derechos sexuales de los hombres” (p. 244).

El consumo de alcohol es otro mandato del capital masculino. Por eso no es casual la presencia de bares y prostibares en la zona. Los hombres naturalizan el alto consumo de alcohol, ya que es un atributo valorado por otros hombres. Ellos deben demostrar que son rudos, que son fuertes, que son inmunes al consumo de altas cantidades de alcohol, sin tomar en cuenta lo perjudicial que es para salud o para su economía. Es importante evidenciar que el capital masculino se obtiene probando aguante y rudeza, lo que incluye el consumo desmedido de alcohol. Como en los otros casos, la masculinidad hegemónica necesita de la masculinidad hegemónica subordinada, puesto que los varones del estudio se encuentran subordinados al sistema estructurado en La Pampa y están sujetos a las diversas condiciones de la masculinidad hegemónica para demostrar su hombría. A partir de lo expuesto, es importante explicar la dinámica de los prostibares y los bares en La Pampa:

Los prostibares son lugares donde los hombres acuden, generalmente, en grupo, beben juntos, bailan con las chicas que trabajan en el prostibar. No todos los hombres mantienen relaciones sexuales con ellas. Sin embargo, es un lugar que suelen frecuentar en grupo. Si un hombre desea mantener relaciones sexuales con una de las chicas, la joven lo lleva a beber en otro espacio, que puede encontrarse dentro del prostibar o contiguo a él. Recordemos que la joven trata que el cliente compre la mayor cantidad de licor posible, ya que ella gana una comisión por cada botella de cerveza u otra bebida alcohólica vendida.

El trato para mantener relaciones sexuales se hace de diversas maneras: directamente con la joven, y ella se encarga de llevarlo al espacio donde se producirá la relación sexual. En algunas ocasiones la relación puede sostenerse durante varios días, lo que genera pagos sucesivos para que el cliente pueda estar con la joven. Los prostibares, generalmente, funcionan a partir de las dos o tres de la tarde, pero los hay, también, aquellos que están abiertos todo el día. De ser así, la música suena a volumen muy alto desde muy temprano, pudiendo escucharse hasta la calle, de la misma manera que sucede con las discotecas.

Los bares atienden las 24 horas del día. Aproximadamente, un bar puede tener de tres a ochenta chicas trabajando. Las mujeres son contratadas para hacer de damas de compañía, cuya labor consiste en

beber alcohol con los clientes, a esto se le denomina “fichar”. Si alguna se resiste a beber alcohol puede ser sometida a multas monetarias por más de S/. 200. Asimismo, deben trabajar como mínimo 12 horas (CHS Alternativo, 2012: 26). Las jóvenes se encuentran expuestas a tocamientos por parte de los clientes.

El bar es un espacio donde se reúnen los hombres por grupos. Si bien se permite que los hombres toquen a las mujeres que atienden en el bar, ellos no podrán tener relaciones sexuales remuneradas con ellas dentro del local. Por eso, en los últimos años, se abrieron una serie de hoteles en las inmediaciones de los bares. Esta situación de especialización de los espacios diferenciando los lugares de venta de alcohol de los espacios para tener relaciones sexuales remuneradas es una respuesta a las intervenciones policiales en los bares buscando, particularmente, a víctimas de trata de personas.

“A veces sales renegando del trabajo, para estar tranquilo vas al bar a tomar un par de chelitas, luego una cajita, de ahí te gusta una flaquita, ahí vas, mayormente van porque les gusta las flacas también, voy a relajarme, no renegar, a veces por flaca también voy” (minero 1, 25 años).

Para acercarnos más a conocer sobre los bares y prostibares, principalmente sobre su infraestructura, se presenta la siguiente infografía:

Infografía 1. Bares y prostibares



PROSTIBARES

ESPACIO DE MASCULINIDAD HEGEMÓNICA



Primer contacto

En el prostibar se produce el encuentro entre los hombres y mujeres.

El código

Se establece la relación seducción/conquista, medida por el consumo de licor.

Se observa los cuartos o ambientes donde se mantienen las relaciones sexuales remuneradas. Este ambiente se encuentra contiguo al primer ambiente donde se produce el primer contacto entre el hombre y la mujer que presta servicios sexuales.



Negocio Itinerante

por el material con los que son contruidos, son altamente móviles y son contruidos en otros espacios geográficos.

Masculinidad hegemónica

se encuentran estructurados para satisfacer a los hombres, refuerzan los mecanismos del capital masculino, a través de rituales tales como relaciones de conquista y seducción, consumo de licor y culmina con el acto sexual remunerado, cumpliendo de manera ejemplar con los criterios de un espacio hegemónico masculinizado.



Ruta interna del delito

no se mantienen estáticos en un lugar, por lo tanto, las mujeres jóvenes y las adolescentes son trasladadas a otras instalaciones o espacios geográficos, en la medida que el prostibar va circulando por diferentes zonas de La Pampa.

FOTOS: CARMEN CHINA BARRANTES

El consumo de alcohol es una prueba que los hombres deben realizar para demostrar su resistencia física y su virilidad. Para ello, los bares y los prostibares se convierten en espacios donde se producen y reproducen las representaciones masculinas hegemónicas subordinadas. Entre otras prácticas, se da la ingesta de alcohol de manera desmedida. Este y otros mandatos deben ser cumplidos para que los hombres cuenten con la aprobación de sus pares. De esta forma se produce lo hegemónico en hombres que son subordinados a partir de su procedencia, a su origen étnico-racial y a las condiciones de trabajo.

En palabras de Kimmel (1997), la homosociabilidad juega un papel importante en la vida de los hombres. Ellos se encuentran bajo el escrutinio de sus pares en forma constante. Por lo tanto, están evaluándose y retándose. De no cumplir con los mandatos del capital masculino, podrían ser humillados o excluidos del grupo. Así, los hombres se subordinan a la hegemonía para que su hombría no sea cuestionada.

“...Ir a tomar a un bar, si un amigo me dice vamos a tomar a un bar yo le acepto, no le digo que no, porque hay personas que te dicen sacolargo, yo voy, les acompaño (minero 3, 30 años).

Para comprender la dinámica de los hombres y su relación con los bares, el acercamiento a la realidad a través de entrevistas nos muestra que acuden en grupo. Para el imaginario de los hombres, la experiencia les sirve para relajarse, pero no existe el libre albedrío. En realidad, la participación es obligatoria, puesto que van porque

“tienen que ir”, por la presión del grupo, presentándose, así, nuevamente la hegemonía subordinada. Como se aprecia en las declaraciones de un entrevistado, si los trabajadores no consumían licor corrían el riesgo de perder el trabajo pudiendo ser despedidos por el dueño del campamento minero.

“si te sientes estresado tirarte un par de chelas... Te encuentras con los amigos en los deportes, sino también en los bares” (minero 2, 28 años).

“Uhm, bueno salir. Saliendo nos íbamos a comer, siempre era como una ley que decía que teníamos que tomar una caja obligatoria. Era porque, para repartirnos, o sea, vendemos el oro para los cuatro, nos repartíamos y lo que sobra era para la cerveza y si no lo hacíamos éramos despedidos del trabajo” (exminero 8, 38 años).

En estos espacios, los hombres entrevistados socializan entre ellos, hablan del trabajo y de las chicas que conquistan en los bares y en los prostibares. A pesar de que en ambos lugares se presenta la opción de comprar la compañía y las relaciones sexuales con mujeres, los hombres, al hablar de sus experiencias, lo hacen como si fueran relaciones de conquista.

Al respecto, la conquista es, también, un espacio para la fanfarronada. Los varones cuentan proezas sexuales que son más imaginarias que reales. Sean estas verdaderas o falsas, en adelante gran parte de la conversación entre amigos girará en torno a sus logros (Fuller, 2002).

“Hablamos de la vida, anécdotas, cosas que le suceden, le ha sucedido, le ha pasado, chicas o algo, anécdotas más que todo... según donde le ha pasado no solamente en la minería, otros que han venido de afuera, de Cusco, otros que sea de Puerto, que sea anécdotas que le ha sucedido acá en Puerto. También puede ser hay otros que ya han trabajado bastante tiempo en zona minera y tiene bastante anécdota que le ha sucedido en esos lugares” (exminero 5, 24 años).

“Salía a ver chicas, como se dice, a fichar chicas, o sea, a fichar chicas, a tomar, a veces compañía te pagabas para que te acompañe para una noche... fichar con las chicas que te piden un agua, una cerveza negra, y, o sea, o copas, cada copita está 50 lucas, esa copita son vinos especiales, tragos, el agua mineral 20 soles, cerveza negra 30 soles... Conversaba a ver si la flaca sí le caía o yo le caía, conversabas para que tú te acuestes con ella” (minero 1, 25 años).

Sobre las representaciones masculinas, Jeffreys (2011) menciona que los clubes de striptease son espacios que colindan con la prostitución y la explotación sexual, dentro de la industria del sexo, ya que proveen un ambiente donde los hombres, de manera individual o grupal, pueden participar en actividades tradicionalmente masculinas. De esta forma, los clubs de striptease reviven los espacios de género para los hombres (Fuller, 2002).

Este espacio generizado implica, obviamente, que los

hombres tengan que cumplir con los mandatos del capital masculino, estimulándose a que se comporten como insensibles, antirrománticos, que consideran a la mujer como objeto, a su servicio.

“Se paga por sexo porque es más barato que estar invirtiendo en una flaca, hasta enamorar a una flaca... es más fácil pagar 50 soles que gastar más de 50 soles” (minero 2, 28 años).

La industria del sexo para hombres contribuye a fortalecer la relación entre ellos. Por lo tanto, se convierte en un componente importante de la dominación masculina (Fuller, 2002). Para este caso, mencionaremos nuevamente a Kimmel (1997), quien argumenta que los hombres se controlan entre ellos, se aceptan, se recriminan o se humillan si es que no cumplen con los mandatos de la masculinidad hegemónica. Por lo tanto, consideramos que en la medida en que los hombres deben demostrar en forma constante su virilidad con sus pares, esta situación da pie a que se produzca la hegemonía subordinada. Así, los hombres no se cuestionan el costo de cumplir con los mandatos del capital masculino, su interés se centra en cumplirlos.

Al analizar algunos testimonios se observa que, si uno de ellos no quiere asistir a un bar o prostibar es sancionado o recriminado por los demás, a través de discursos que “humillan” su hombría, discursos de exclusión del grupo o incluso de pérdida del vínculo amical.

“Hay otros que no respetan cuando no quieres ir, te dicen oye sacolargo, pisado, te humillan, contigo ya no

voy a trabajar, no me voy a juntar” (minero 1, 25 años).

Los elementos expuestos permiten afirmar que las principales características de la sexualidad masculina se encuentran atravesadas por los mandatos del capital masculino, que los incentiva a cumplirlos incluso cuando se encuentran en situación de subordinación. Se presenta la paradójica situación de tener que cumplir con determinadas conductas para mostrar su hegemonía dentro de un espectro de subordinación en sus vidas.

Al ser los prostibares y bares los espacios donde se realiza la comercialización de relaciones sexuales con mujeres y al ser los hombres de La Pampa los principales clientes, el ejercicio de su sexualidad activa implica que puedan vincularse con mujeres jóvenes que se encuentran en condiciones de trata de personas y explotación laboral y sexual. Así, ellas son consideradas como un producto que se vende, siendo tratadas como tal, puesto que han sido despojadas de su dignidad humana y de sus derechos elementales. Además, ellas son captadas y explotadas para brindar los servicios de comercio sexual en los bares y prostibares. Ello se confirma con las estadísticas del Ministerio Público, ya que de 1580 denuncias por el delito de trata de personas entre 2010 y 2013, un 85% son por trata de mujeres. Asimismo, Madre de Dios ocupa el segundo lugar, después de Lima, con 11.1% de denuncias. De acuerdo con CHS Alternativo, entre enero y mayo de 2017 se han reportado 102 casos de trata en Madre de Dios.

Para conocer sobre el proceso de captación de las víctimas de trata se presenta la siguiente infografía:

Infografía 1. Bares y prostibares



CAPTACIÓN DE LAS VÍCTIMAS DE TRATA

El **93.9%** de las víctimas fueron captadas por ofertas de empleo (Defensoría del Pueblo 2017). Las víctimas de Madre de Dios y específicamente de la zona de La Pampa -donde la explotación sexual y la trata están relacionadas- han sido captadas aprovechando su necesidad imperativa de incorporarse al mercado laboral. En su zona de origen son escasas o nulas sus posibilidades de empleo que responda a sus expectativas salariales.

Proceso de captación de adolescentes mujeres



Avisos de oferta de empleo en locales públicos

Se les capta mediante avisos económicos en lugares públicos, ubicados en locales donde tradicionalmente se busca trabajo en la zona (CHS Alternativo 2012)



Aviso en fachada de restaurante de La Pampa, carretera interoceánica Km108.



Argumentos utilizados:

un triple engaño

Cuando la adolescente está interesada en el trabajo, ya en una relación cara a cara se le engaña con tres argumentos:

A. Falso sueldo:

Se ofrece un sueldo atractivo de acuerdo a sus expectativas o necesidades (Barrantes y Escalante, 2015), inclusive les ofrecen comisiones por ventas de hasta el 50% de su valor (CHS Alternativo, 2016).

B. Falso puesto de trabajo:

Se les ofrece trabajar como vendedoras en tiendas, meseras o cocineras y ayudantes en restaurantes o como cajeras de bares (Barrantes, 2015, CHS Alternativo, 2016).

C. Falso lugar de trabajo:

Muchas veces la víctima no sabe realmente a dónde la transportan (Barrantes, 2015).



Otra modalidades de captación

Padrinazgo/Madrinazgo

Padres pobres o pobres extremo encargan el cuidado de una hija a una persona ajena a la familia. Esta es explotada directamente por la persona en trabajo doméstico o es entregada a otra persona para su explotación sexual. La captación puede darse por la explotadora o por una persona de la misma comunidad de la víctima.

Captación

A través de la oferta de empleo a los padres. Los padres negocian por sus hijos ofertas atractivas de empleo que esconden el propósito de explotación.

Seducción

Los tratantes establecen una relación sentimental con las víctimas para explotadas sexualmente.

Secuestro

La víctima es llevada a la fuerza lejos de su familia y comunidad.

Es de notar que, si bien el hombre cliente no tiene clara conciencia de lo que sucede con las víctimas, en realidad, no se cuestiona esto porque forma parte de una sociedad que legitima el uso del cuerpo de las mujeres para satisfacer sus demandas sexuales. El cliente que hace uso de estos servicios tiene una finalidad, reafirmar su masculinidad a través de mandatos hegemónicos que dominan el cuerpo de una mujer cumpliendo así con su deber de mostrar su vigencia sexual y de satisfacer su deseo sexual masculino.

c) La cancha de fútbol, un espacio masculino

La cancha de fútbol es el único espacio deportivo que existe en La Pampa periférica. El fútbol es una representación masculina. La cancha es un espacio físico donde se producen y reproducen pruebas y ritos masculinos como una de las primeras pruebas de la masculinidad y, por ende, tiene un peso importante en la construcción de la identidad masculina. En actualidad no podemos decir que existe una masculinidad hegemónica pura en el hombre de La Pampa, ya que convive con una masculinidad hegemónica subordinada (Martín, 2011: 92).

Su cuerpo y su ser se encuentran disciplinados y subordinados a cumplir con los mandatos del capital masculino. En el caso del fútbol, este desempeña un papel importante como dispositivo de poder de la masculinidad heterocentrada, además de una visión del cuerpo concebida como máquina de rendimiento (Vidiella, 2010: 101). Estos dispositivos de poder se manifiestan a través de un conjunto de rituales que realiza un sujeto posicionado que demanda el

cumplimiento de una norma o normas establecidas. En palabras de Badinter (1993), el dominante es dominado por su dominación. Así, en los hombres de La Pampa, su vida transcurre entre la hegemonía y la subordinación y viceversa, ambas juntas e inseparables.

En el caso de la cancha de fútbol, podemos afirmar que este espacio representa esa masculinidad hegemónica subordinada, puesto que, de por sí, el fútbol mantiene fuertes vínculos con los principios y estereotipos de una masculinidad tradicional que sostiene al capital masculino. No obstante, a la vez este cuerpo masculino ha sido disciplinado y socializado para que este deporte sea clave en su vida ya que, principalmente, el fútbol tiene un enorme potencial socializador relacionado con la construcción de identidades personales, es un mecanismo socializador de primer orden, puesto que empieza a practicarse desde la infancia, por lo que tiene un peso decisivo en la configuración de las identidades de género (Martín, 2011: 74).

Los rituales de la masculinidad en el fútbol se concretizan en las relaciones entre pares, generándose un sentimiento de identidad grupal donde se refuerzan los mecanismos del capital masculino. Entre los rituales de la masculinidad hegemónica subordinada que se producen en el fútbol están el culto al cuerpo, la lucha, las estrategias, el trabajo individual y el colectivo, el liderazgo, la rivalidad, la autoridad, la fuerza, la resistencia física, el valor, la superioridad, la virilidad y la sexualidad heterosexual. Estas dinámicas forman parte del proceso de socialización y conformación de la obtención del capital masculino y, por ende, de la

identidad masculina (Martín, 2011: 86). Estos rituales se desarrollan para afirmar la hegemonía de los hombres y cumplen la función de subordinación al incorporarse los mandatos en el cuerpo de los hombres como una forma obligatoria de representación.

Los entrevistados mencionan a la cancha de fútbol como un espacio importante para el entretenimiento, luego de los bares y prostibares:

“...la pelota, luego del trabajo eso y luego sus chelitas, es lo mejor...” (minero 2, 28 años).

“...el bar, el prostibar, todos van, la cancha de fútbol también vas si te gusta jugar pelota, armas tu equipo y juegas” (exminero 4, 30 años).

Cuando se trata de fútbol, no estamos hablando tan solo de un deporte, ya que en la representación del juego operan una serie de referentes simbólicos y pasionales donde se pone en juego el estatus, el orgullo, la jerarquía, el poder; es decir, los referentes simbólicos de la hombría y del capital masculino (Leal, 2006: 156). Por lo tanto, no es casual que en La Pampa exista una cancha de fútbol, al ser un espacio geográfico y simbólico androcéntrico que busca producir y reproducir la hegemonía subordinada masculina colocando espacios al servicio de los hombres que viven y/o trabajan en la zona, el cual es un espacio que los subordina y que a la vez mantiene la hegemonía mediante la práctica de un deporte netamente masculino.

El mandato de la práctica del fútbol centra sus

exigencias en el cuerpo, puesto que el hombre debe mostrar su fortaleza y resistencia en el deporte y en la actividad física. En el fútbol se presentan diferentes subjetividades “masculinas” que fortalecen las representaciones del cuerpo (Vidiella, 2010: 94), donde se premian los cuerpos resistentes, fuertes, triunfadores, atléticos, heterosexuales y se asocian a características del capital masculino tales como la valentía, el honor, la fortaleza, el vigor, la razón, el liderazgo, el control del dolor físico, la ocultación de los sentimientos y la vida emocional, la competencia, el enfrenamiento, la bravuconería, etc. (Vidiella, 2010: 96), así como ser altamente competitivo, porque de lo contrario su masculinidad se vería disminuida o en algunos casos anulada. De esta forma, el deporte es una de las instituciones culturales que tiene más influencia en la configuración de la identidad masculina:

“La masculinidad se produce a partir de una materialidad, una determinada manera de vivir, sentir y poner en funcionamiento el cuerpo, sancionado dentro de unas instituciones culturales (como el deporte o el mundo del trabajo)” (Connell, 2003: 46).

Los hombres se encuentran bajo el dispositivo de poder que obliga a que el fútbol sea parte de la definición identitaria en el grupo de varones. Tanto es así, que genera sospecha aquel hombre que no le guste el fútbol, ya que se pone en cuestionamiento su hombría. Con esto queremos establecer que se considera tan natural que todos los hombres jueguen fútbol que si alguno de ellos no le gusta o juega mal será condenado a la exclusión del grupo o humillado públicamente entre

el grupo de pares y pierde el prestigio en la cosmovisión de los varones:

“debes jugar bien, apostábamos cinco cajas... ese era el compromiso, si no juegas te toca mirar sentado o ir a otro lado” (exminero 8, 38 años).

El conocimiento y manejo del balón es visto como una forma de prestigio en el colectivo de los varones, puesto que es parte de hacerse macho. El fútbol es el deporte donde se juegan las pruebas de la masculinidad, ya que propone códigos sexistas. Asimismo, es un espacio más donde los hombres deben demostrar su hombría (Leal, 2006: 155). Por lo tanto, es un elemento clave dentro de la obtención del capital masculino.

“... es que todos los amigos se dedican a eso, y después de jugar ahí las cervecitas... se molestan o resienten si no juegas o si juegas mal... debes saber manejar la pelota y patear como los hombres... duro y fuerte” (exminero 10, 36 años).

Al respecto, Griffin (1993-1994), en su investigación sobre la homofobia en el deporte, señala cómo esta se basa en cinco funciones que mantienen la perpetuación de los roles de género tradicionales y las desigualdades de poder entre hombres y mujeres (pero también entre hombres): 1) define y fija las concepciones tradicionales de masculinidad; 2) proporciona un contexto para la intimidad y el vínculo de hombría aceptable y seguro; 3) establece un estatus entre otros hombres; 4) perpetúa el privilegio masculino y las percepciones de inferioridad femenina; y 5) refuerza la heterosexualidad (Vidiella, 2011: 105).

“... es raro que los hombres no jueguen su pelota, a algunos no les gusta o no lo hacen y eso es un poco raro... porque a todos nos gusta, así es” (minero 7, 31 años).

En el caso de la masculinidad se presenta una performatividad subjetivizada a través de repeticiones de rituales heterosexuales que han sido normativizadas por la sociedad -a los cuales Foucault denomina disciplinamientos y Bourdieu habitus- que se retroalimentan en forma constante a través de procesos de socialización y de interiorización de normas que atraviesan los cuerpos de los hombres.

El disciplinamiento del cuerpo se presenta en el deporte, en general, y en el fútbol, en particular, ya que se siguen reglas y normas del juego asociadas a aprendizajes de estereotipos heteronormativos. Un elemento central es el aprendizaje del estoicismo ante el dolor, puesto que se trata de aprender a soportar el dolor, tanto físico como intelectual, sin expresar los sentimientos ante ese hecho (Martín, 2011: 90). Observamos nuevamente que este disciplinamiento del cuerpo reafirma los mecanismos de obtención del capital masculino, lo que demuestra la hegemonía subordinada que atraviesa el hombre al sujetarse a las reglas y normas de este deporte para cumplir con los mandatos hegemónicos del capital masculino.

CAPÍTULO III:

Identidades masculinas y condiciones de los hombres mineros y exmineros de La Pampa

Perfil de los hombres en La Pampa

¿Quiénes son los hombres de La Pampa?, ¿de dónde provienen?, ¿cuáles son sus características básicas?, ¿qué subjetividades subyacen?, ¿cómo se construye el ejercicio de la sexualidad dentro de la masculinidad para que consuman cuerpos de mujeres jóvenes y adolescentes que incluso se encuentran en situación de trata y explotación, y esta sea una práctica generalizada y normalizada en la zona de La Pampa en Madre de Dios?, ¿cómo se construyen sus identidades masculinas?, ¿cómo se presenta en sus vidas la hegemonía subordinada?

De acuerdo con las entrevistas podemos dar algunos alcances del perfil de los hombres mineros en esta zona de Madre de Dios, puesto que, generalmente, son migrantes, de origen quechua o amazónico, llegan a la minería ilegal por la oferta laboral existente, provienen de zonas consideradas geográficamente de pobreza y pobreza extrema, en su mayoría son casados o convivientes, teniendo que cumplir un mandato sociocultural que los posiciona en un rol de proveedor de la familia. Sus condiciones de trabajo son muy precarias y ligadas a la explotación y viven en situaciones de vulneración en forma constante, ya que ponen en riesgo sus vidas al trabajar en las minas. Asimismo, explicaremos, desde la subjetividad de los

propios hombres, la noción que tienen de ser hombre.

Los hombres que se encuentran en las actividades extractivas y que compran sexo con menores de edad son personas que también sufren condiciones de explotación. Existen diversos tipos de obreros que trabajan en los campamentos mineros, quienes realizan las siguientes acciones: 1) macheteros: cortan el monte con machete; 2) carreteros: transportan piedras y tierra en carretillas; 3) buzos: se sumergen en el río y succionan de los lechos de los ríos y las pozas con una manguera conectada a una motobomba, ellos están expuestos a enredarse con las mangueras y ahogarse o a que un derrumbe los sepulte bajo el agua; y 4) maraqueros: operan las bombas de succión y amalgaman el mercurio (CHS Alternativo, 2016: 128).

Mujica pone en evidencia que en el grupo de trabajadores del espacio de extracción de oro hay varios tipos de actores: un grupo que está en condiciones severas de explotación laboral y que encaja en la categoría de “trabajo peligroso”, un grupo que, estando en condiciones de explotación, es sometido a mecanismos de trata de personas (engaño o coacción para ser llevado al espacio de trabajo, retención de documentos, control de su desplazamiento, etc.) y otros que son sometidos a condiciones de semiesclavitud.

Todos estos fenómenos aparecen en forma conjunta: trata, semiesclavitud, explotación, trabajo forzoso. Las condiciones en las que trabajan los obreros de la minería ilegal implican tener la mitad del cuerpo sumergida en el agua, manipular mangueras de alta

presión y mezclar agua con mercurio. Situación que trae consecuencias para su salud. Además, los trabajadores mineros trabajan 24 horas al día, de manera rotativa, alternando un día sí y otro no, en diferentes turnos, extrayendo oro con dragas hidráulicas y mercurio. Se estima que hay aproximadamente 14,000 mineros no formales trabajando en esas condiciones (Mujica, 2014: 100-101).

Barrantes y Escalante (2015) nos presentan más elementos para conocer el perfil de los clientes de trata en los campamentos mineros de la zona de La Pampa. Al respecto, dentro de las actividades que se realizan se encuentran obreros que manejan volquetes, cargadores frontales y los obreros que son mineros propiamente. Respecto a su remuneración, hay dos tipos de remuneración para los trabajadores: un sueldo mensual o un porcentaje (75% para el dueño y 25% para los obreros). Tienen como lugar de origen los departamentos del Cusco, Madre de Dios o Puno, que son las zonas de donde proceden las víctimas y las tratantes. Así como ellas, los mineros también provienen de contextos de pobreza o pobreza extrema, y comparten con ellas su lengua, raíces culturales y sociales.

Los mineros ilegales que trabajan en la zona realizan sus actividades en un contexto muy adverso, puesto que no solo exponen sus vidas diariamente para lograr extraer el oro, contaminándose diariamente con el mercurio, sino que también trabajan en una situación total de desprotección de derechos. No se respetan sus derechos laborales mínimos como la remuneración justa, derecho al descanso, seguridad social, estabilidad o

despido justo (CHS Alternativo, 2012: 24).

Por los estudios previos podemos encontrar que en la zona de La Pampa existen mayormente, mas no exclusivamente, cuatro tipos de clientes: 1) dueños del campamento minero; 2) obreros que trabajan en actividades vinculadas a la mina, tales como macheteros, carreteros, volqueteros, cargadores frontales; 3) obreros que trabajan directamente extrayendo el oro; 4) hombres que cuentan con negocios o que trabajan en La Pampa como dueños de hoteles, dueños de refrigerios (lugares donde se venden menú), vendedores de abarrotos, mototaxistas.

Es evidente que los mencionados son parte del grupo de hombres de la zona que consume la oferta de servicios sexuales con mujeres jóvenes y adolescentes en los prostibares, que migran solos, sin familia, sin pareja y ven en la compra de sexo de mujeres, principalmente jóvenes y adolescentes, una forma de reafirmar el ejercicio de su sexualidad activa como un mandato de la masculinidad hegemónica para demostrar su virilidad sexual.

La preferencia de los hombres por mujeres jóvenes y adolescentes para mantener relaciones sexuales responde a diversas motivaciones, entre ellas, al dominio que desean ejercer sobre dichas mujeres. El tener sexo con adolescentes responde al discurso de poder: "Tener dominio sobre ellas, reafirmar su capacidad de tener un desempeño sexual eficiente, la necesidad de satisfacer instintos sexuales consideradas o construidas socialmente como irreprimibles" (Save the Children, 2004).

Una de las conclusiones más importantes del estudio⁹ es que el hombre, al tener sexo con niños, niñas y adolescentes o mujeres jóvenes, busca reafirmar su hombría o masculinidad, mantener su vigencia sexual ante sí mismo y ante los demás, y elevar su autoestima. Otro aspecto asociado con la preferencia de mujeres jóvenes es la percepción de los hombres de que la juventud les da a las mujeres la apariencia de ser inocentes, ingenuas, cándidas, dóciles y, por lo tanto, novatas en el ejercicio de su sexualidad, todo lo cual se encuentra vinculado a la “virginidad” o a la poca experiencia sexual.

Al respecto, es importante resaltar que la sexualidad ha estado teñida de mitos, por ejemplo, el mito de mantener relaciones sexuales con mujeres jóvenes bajo la justificación de que es “necesaria” para el “desfogue” de las necesidades fisiológicas de los hombres, entendiéndolas como un derecho de los mismos, lo cual incluso ha justificado la violencia y la explotación (Vargas y Fernández 2011).

La juventud es un aspecto clave en la subjetividad de los hombres, puesto que en su imaginario consideran que estas mujeres jóvenes no van a juzgar su desempeño sexual, que tienen menos enfermedades de transmisión sexual que puedan contagiarles, y en general, desde la percepción y subjetividad de la sociedad, se asocia con el ideal de belleza, salud y bienestar. La juventud

⁹ Distinción realizada por Carmen Barrantes, investigadora de Terre des Hommes Suisse.

es considerada un atributo positivo y como tal tiene un “valor económico” mayor en el comercio sexual.

El ejercicio de la sexualidad activa tiene un poder simbólico dentro de la masculinidad hegemónica, puesto que actúa como el referente frente al cual los hombres miden su masculinidad, relevante en esta investigación, puesto que es a través de este que los hombres mineros y exmineros de La Pampa necesitan demostrar su virilidad y el ejercicio del mismo acudiendo a bares y prostibares para mantener relaciones sexuales remuneradas con mujeres jóvenes y adolescentes, inclusive en situación de trata y explotación.

Sin embargo, la situación es más compleja de lo que aparenta, puesto que al hablar de hombres que consumen cuerpos de mujeres jóvenes y adolescentes, se puede pensar que son hombres inescrupulosos, malvados o explotadores hegemónicos que contribuyen a destruir la vida de mujeres y, peor aún, de mujeres en situación de vulnerabilidad extrema: adolescentes, jóvenes, migrantes, en situación de pobreza, de exclusión social y sin ningún tipo de protección.

En esta investigación consideramos que los hombres que compran servicios sexuales de mujeres jóvenes y adolescentes en La Pampa no ejercen de por sí una masculinidad lineal hegemónica exclusiva, sino que, más bien, converge en ellos, al mismo tiempo, otro tipo de masculinidad considerada como la subordinada. Así, ambas masculinidades (hegemónica y subordinada) conviven en un mismo sujeto.

De esta manera, consideramos que existen hombres explotados, principalmente los obreros que trabajan en los campamentos mineros ilegales, que no reciben beneficios sociales, que trabajan más de 18 horas al día en pésimas condiciones de salubridad, teniendo que estar en permanente contacto con el mercurio, sin ningún tipo de protección. Se trata de hombres que han salido de su lugar de origen en busca de oportunidades económicas o de desarrollo y que fueron tentados a trabajar en una zona ilegal para lograr sobrevivir. Asimismo, han sido marginados en su lugar de procedencia, donde se les exigía que cumplan los mandatos de la masculinidad hegemónica y, por ende, del capital masculino: rol de proveedor, tengan carga familiar o no, trabajar en circunstancias adversas como parte de su valentía y arriesgar sus vidas en contextos violentos, como parte de su agresividad.

Características de los entrevistados frente a las masculinidades

Se realizaron 15 entrevistas a hombres heterosexuales que trabajaron y vivieron o que radican y trabajan actualmente en La Pampa y que, además, han mantenido relaciones sexuales remuneradas con mujeres de los bares o prostibares de La Pampa periférica. Diez de los entrevistados trabajan actualmente en la minería y cinco son exmineros ilegales. Asimismo, del total de entrevistados, siete son convivientes, uno de ellos es casado, otros siete son solteros, ocho de ellos tienen hijos (el promedio de hijos oscila entre uno a cuatro).

Una característica importante de los entrevistados es que la mayoría de ellos son migrantes; es decir, cinco

proviene de Cusco, dos de Abancay, cinco de otros lugares de la Amazonía como Pucallpa, Tingo María y Amazonas, y tres de Madre de Dios, específicamente de Puerto Maldonado. Asimismo, todos los entrevistados migraron buscando oportunidades laborales por su situación de pobreza, bajos ingresos económicos y/o necesidad de generar ingresos inmediatos que no conseguían en sus lugares de origen:

“porque la minería genera más plata... se gana más dinero, porque de otro modo no hay ingreso” (minero 3, 30 años).

“en Puerto trabajaba una semana, pero allá en La Pampa lo hacía un día y claro ganaba mucho más” (exminero 4, 30 años).

Un aspecto clave es que los entrevistados no migraron con una oferta de trabajo “seguro”, sino más bien salieron de su lugar de origen en busca de trabajo en la minería, porque no exige calificación laboral y porque el pago suele ser largamente superior al que recibirían en su lugar de origen.

“todos venimos acá sin trabajo, acá conseguimos” (minero 2, 28 años).

“nada, no tenía ni idea, porque cuando vienes de allá no tienes ni idea en que trabajas..., directamente vienes y entras como una persona desconocida” (minero 3, 30 años).

Debido al nivel de informalidad e ilegalidad que

predomina en la zona y del tipo de trabajo que se requiere, los hombres no necesitan calificación laboral o contar con experiencia. Esta es otra de las razones que los motiva a migrar y trabajar en la zona minera de La Pampa, puesto que saben que encontrarán un trabajo.

“...es más fácil, acá no te preguntan si tienes grado de instrucción o no, si no que si tienes ganas de trabajar” (minero 2, 28 años).

“mayormente este tipo de trabajo se desarrolla alguna persona que no tiene algún tipo de oficio o algún estudio... no es para una persona educada” (exminero 4, 30 años).

Como afirma Connell (1997), reconocer más de un tipo de masculinidad es solo un primer paso, luego se tienen que examinar las relaciones entre ellas. Más aún, se tiene que separar el contexto de la clase y la raza, y escrutar las relaciones de género que operan dentro de ellas. En el cuerpo de los hombres que trabajan en la minería de La Pampa se entrecruzan las categorías de etnicidad, raza, género y clase, junto con pésimas condiciones laborales.

Existe una asociación entre el cuerpo, el trabajo y la masculinidad, dentro de la categoría de masculinidad subordinada. Estos tres elementos se encuentran presentes en los hombres de La Pampa. El cuerpo es donde recae la masculinidad, y esta se constituye dentro de un discurso que le otorga al cuerpo un conjunto de significados que son captados por normas y reglas de masculinidad hegemónica establecidas por la sociedad.

En este sentido, es en el cuerpo y a través de él donde se manifiesta la masculinidad hegemónica subordinada. Los mineros ilegales de La Pampa usan su cuerpo para trabajar realizando actividades que requieren de fuerza física extrema, donde demuestran su valentía al exponer sus vidas en los campamentos mineros ilegales. Estos cuerpos se encuentran subordinados, disciplinados y explotados en un contexto minero ilegal que no los protege, que vulnera sus derechos, pero ellos se encuentran dispuestos a someterlos para cumplir con los mandatos de masculinidad hegemónica. Por lo tanto, la explotación, la subordinación y la hegemonía atraviesan el cuerpo de los hombres, entregando su cuerpo abnegado a una situación de dominación.

Así, los hombres se encuentran inmersos en el sistema de dominación patriarcal, puesto que viven situaciones de exclusión económica, discriminación y desventajas por sus características étnicas y raciales y, por lo tanto, predominan en sus vidas condiciones de subordinación y dominación:

“... aquellos hombres que continúan siendo víctimas de la dominación racial, de la colonialidad del poder, inferiorizados por el capitalismo global... hombres que también han sido víctimas de la dominación y explotación violentas” (Lugones, 2008: 75-76).

Otra característica es que los hombres de La Pampa tienen a la familia como motivación para migrar. Ella es una razón poderosa para buscar oportunidad laboral en esa zona. Al no contar con ingresos o con ingresos muy bajos en su lugar de origen, buscan oportunidades para

cumplir con el deber de ser proveedores. Por eso, no es casual que la totalidad de los entrevistados (estudiantes, no estudiantes, solteros o convivientes) envía dinero a su familia. Así, el rol de hombre proveedor se encuentra presente en la vida y en las responsabilidades que asumen los hombres entrevistados. En este sentido, se observa que la hegemonía subordinada se manifiesta a través del rol de proveedor, mandato que el hombre debe cumplir en la mayoría de las sociedades, tanto rurales como urbanas, para garantizar la subsistencia, principalmente económica, de su familia. Este es un mandato hegemónico ineludible, que requiere de un cuerpo subordinado para darle cumplimiento.

“mi mamá está sola en Puerto, a mi madrecita nomás le envío, mi papá todavía puede mantenerse, mi papá está trabajando ahora en Cusco de chofer” (minero 2, 28 años).

“bueno, la necesidad, la economía... ahora a seguir trabajando, haciendo algo por la vida, por mis hijos, tengo dos hijos que están estudiando... sacarle profesional siquiera a mis hijos... no quiero que mis hijos lleven la misma vida que he llevado” (minero 9, 39 años).

“más que nada buscar la economía para sustentar la familia, más que todo comprar lo que se necesita para la educación de los niños, de mis hijos, para la familia” (exminero 10, 36 años).

Estos testimonios reafirman lo que menciona Bard (2016) sobre la construcción de la masculinidad y el

trabajo. De hecho, parte de la masculinidad dominante implica interiorizar que para ser hombre es necesario cumplir con ser proveedor de la familia y esto se alcanza a partir del trabajo. En caso contrario, se ha fracasado en la vida. De esta manera, el trabajo es una fuente de identidad fundamental, es un mandato que impone un modelo de comportamiento y de relacionarse con los demás. La hegemonía subordinada también está presente en el mandato de convertirse en proveedor. Al respecto no cabe mayores cuestionamientos: si el hombre no mantiene a su familia, será considerado como un fracaso tanto por él mismo como por sus pares y familiares.

Otra característica de los hombres entrevistados es que más de la mitad de ellos se dedicaban a diversas actividades antes de trabajar en La Pampa: dos realizaban actividades agrícolas, eran mototaxistas y los otros trabajaban en construcción y en una tienda de ventas de mayólicas. Asimismo, seis de ellos se dedicaban a estudiar antes de trabajar en La Pampa. Al respecto, solo uno se dedicaba a la minería en Cusco. Además, diez de los entrevistados cuentan con estudios de secundaria, pero solo tres de ellos lograron culminarla y cuatro de ellos cuentan con estudios superiores incompletos, de los cuales, tres corresponden a estudios universitarios y uno de ellos sirvió en la Marina de Guerra.

De acuerdo con los relatos de los entrevistados, una de las razones que motivaron la salida de su lugar de origen para ir a trabajar como minero en La Pampa era generar ingresos para culminar sus estudios. En sus lugares de

origen no lo podían lograr, puesto que el nivel de ingreso era muy bajo comparado con el ingreso que alcanzan con su trabajo en la minería.

“más que todo el factor económico, la necesidad de querer ganar más y ahorrar también” (minero 6, 30 años).

“...lo necesitaba para terminar de estudiar ya que no he podido antes” (minero 2, 28 años).

Los cuerpos de los hombres han sido disciplinados para trabajar, es un deber hacerlo, es un mandato. Por lo tanto, los hombres mineros ilegales deben cumplir con expectativas sociales para obtener la hegemonía del capital masculino, inclusive presentan ansiedad por generar ingresos. Su relación con la imagen de proveedor que el mandato social y cultural le asigna lo calificará como fracaso si no logra cumplir la función estipulada. Así, podemos mencionar que nos encontramos nuevamente ante una masculinidad hegemónica subordinada, ya que los hombres buscan cumplir tanto con la necesidad de la subsistencia como por cumplir con la pauta social. De esta manera, se encuentran subordinados a una exigencia masculina y a la necesidad de subsistencia.

Respecto al tiempo de permanencia en Madre de Dios, los que provienen de otras provincias registran tiempo variable de estadía que va entre tres a treinta años. Sin embargo, en La Pampa su tiempo de permanencia oscila entre los dos y ocho años como máximo. Asimismo, un elemento recurrente es que la mayoría de ellos llegaron a trabajar como mineros ilegales en La Pampa

por referencias de amistades varones, y solo tres de ellos llegaron por orientación de familiares: cuñado y hermanos. La referencia siempre es un varón. Los pares son un referente importante para asumir una conducta específica y para la afirmación de la masculinidad.

*“mi cuñado me animó para venir acá a trabajar”
(minero 1, 25 años).*

*“Mis hermanos... ahorita somos tres hermanos...
todos trabajando en minería” (minero, 3, 30 años).*

*“tenía amigos y conocidos que me dijeron para ir a trabajar
con sus conocidos de ellos” (exminero 5, 24 años).*

Un elemento clave que forma parte del perfil de los hombres son sus preferencias para mantener relaciones sexuales con mujeres de los bares y prostibares. Barrantes y Escalante (2014) mencionan que las preferencias de los hombres clientes en La Pampa están marcadas por una estratificación social que se expresa en el tipo de mujeres que buscan en los campamentos mineros ilegales. Las mujeres que brindan servicios sexuales han sido diferenciadas en dos grupos: las “A1” y las “ojotitas”. Las primeras tienen un origen y apariencia física más urbana, y las segundas presentan características físicas más andinas. Esta estratificación se relaciona, también, con los clientes que atenderán, incluso tendrán una tarifa diferenciada. Los dueños de los negocios y los encargados, que tienen mayor poder adquisitivo, buscan a las “A1”, mientras que los obreros, con menor poder adquisitivo, demandan a las “ojotitas”.

“hay serranitas que llegan de afuera, les compran ropa para querer estar con ellas, son de Cusco, Juliaca, mayormente de ahí vienen” (minero 2, 28 años).

“...normalmente las chicas bonitas son de Pucallpa, de Tingo María, porque las chicas cusqueñas, su piel son diferentes (pieles más oscuras con rasgos andinos), las puneñas peor ya pues” (minero 3, 30 años).

Así, los hombres que buscan a las “A1” presentan una posición social más elevada, ya que son jóvenes con mejores ingresos, mayor nivel educativo, provienen de zonas urbanas. Si bien tienen rasgos mestizos o indígenas, su lengua o forma de hablar, vestimenta y cosmovisión son predominantemente occidentales. Los clientes que solicitan a las “A1” ocupan los mejores cargos, son concesionarios, choferes, personas con mayor poder y cuyos ingresos duplican o triplican el salario de los obreros. Los clientes de las “ojotitas” tienen rasgos andinos y proceden de zonas rurales.

El nivel social de los hombres consumidores estaría en correspondencia con el nivel social de las mujeres explotadas (Barrantes y Escalante, 2015). Las características de los hombres mineros clientes son semejantes a las víctimas de trata y explotación sexual. El 75% de las víctimas que son llevadas a Madre de Dios proviene de la sierra –principalmente de las zonas de Cusco y Puno (CHS Alternativo, 2012; Barrantes y Escalante, 2015), mientras que el 20% de la selva y solo 5% de la costa (Barrantes y Escalante, 2015: 18). De la misma forma, la mayoría de los hombres mineros ilegales en Madre de Dios son migrantes, principalmente de las zonas de Cusco y Puno.

Existen otras características que evidencian las similitudes entre ambas poblaciones, ya que las víctimas de trata y explotación sexual han realizado estudios de secundaria o primaria incompleta y provienen de distritos con altos índices de pobreza, al igual que los hombres mineros ilegales, que salen de su lugar de origen en búsqueda de oportunidades laborales. Por lo tanto, la pobreza y la falta de oportunidades laborales es un factor condicionante para la explotación (Barrantes, 2015; Defensoría del Pueblo, 2013; CHS, 2012; Mujica, 2014; OIM, 2005). Esta es una situación que se presenta tanto para las mujeres como para los hombres de La Pampa.

Los entrevistados fueron escuetos al responder sobre sus historias familiares, lo que no ha permitido el análisis de este ámbito de sus vidas. En general, los entrevistados evadían o rechazaban esas preguntas, y solo respondieron si vivieron con ambos padres o no, lo que reafirma que se encuentran presentes los mandatos de la masculinidad hegemónica como la negación de mostrar sus afectos o hablar sobre sus recuerdos familiares.

En la investigación realizamos las siguientes preguntas: ¿quién te crio?, ¿cómo trataban tus padres o responsable de tu cuidado?, ¿cómo trataban tus padres o responsable a los hijos y cómo a las hijas?, ¿estás de acuerdo con el tipo de crianza que te dieron? Así, podemos observar que las preguntas estaban dirigidas a conocer sobre la crianza familiar y sus vínculos o relaciones familiares. Sin embargo, las respuestas fueron monosilábicas o había mucha resistencia y renuencia a responderlas.

La noción de ser hombre desde la subjetividad de los propios entrevistados

Un aspecto relevante que nos permite explorar las subjetividades de los entrevistados es conocer lo que significa ser hombre para los mineros y exmineros entrevistados. Para ello se analizaron las variables 'hombre exitoso' y 'hombre fracasado'. El propósito fue analizar su forma de pensar, sentir y actuar respecto a cómo debe ser un hombre o a cómo se debe de comportar. Además, se analizó cuáles eran sus miedos y sus metas en la vida, su noción de valentía, el valor del alcohol y del dinero en sus vidas y su visión de familia y paternidad. Así, en los imaginarios de los entrevistados, la noción de ser hombre atraviesa una hegemonía subordinada al tener que cumplir roles hegemónicos que los obligan a asumir determinados comportamientos, por lo que existe un disciplinamiento de sus cuerpos para alcanzar estas exigencias del capital masculino.

a) El éxito versus el fracaso

En los relatos se puede observar que, para los entrevistados, un hombre exitoso presenta las siguientes características: es profesional, cuenta con un negocio, tiene una casa, es un hombre que cumple sus metas y objetivos y es emprendedor; es decir, para los hombres el éxito se expresa en tres niveles. En el primer nivel se encuentra el económico: tener un negocio, ser emprendedor, contar con una casa. En el segundo nivel está la familia: tener pareja e hijos, asegurar su bienestar. Finalmente, en el tercer nivel se encuentra el estudio. Al respecto, más de la mitad de los entrevistados señalan el culminar la educación como una variable de éxito deseable.

Primer nivel del éxito: económico

“Es un profesional que tiene todo... puede poner un negocio, una tienda y él recibe y ahí nomás gana” (minero 1, 25 años).

“Hombre exitoso es aquella persona que ya tiene su casa, algo que lo mantenga, ya sería exitoso tener de qué vivir” (minero 2, 28 años).

“Un hombre exitoso que sepa trabajar, que sepa invertir, que piense lo que va a hacer o cómo sobresalir, porque hay personas que salen sin tener nada y pueden llegar aquí sin tener nada y ahora tienen una buena casa, una buena tienda, un buen restaurante, son personas que por sus propios medios han sobresalido, ¿a causa de qué?, a causa de su esfuerzo y su trabajo” (minero 3, 30 años).

En las subjetividades de los hombres subyace la idea del éxito vinculado al éxito económico, que se obtiene a través del trabajo, de la productividad. Así, este es un mandato de la masculinidad instalado como un dispositivo que el hombre debe cumplir y que reafirma la hegemonía y la subordinación inclusive en situación de explotación.

Segundo nivel de éxito: la familia

“Que tenga una buena familia y que sepa llevar a su familia por el camino correcto. Porque el éxito no solamente va con el sentido económico, sino también con la familia, de qué te sirve tener plata, tienes éxito en los negocios, pero no tienes éxito en la familia... tienes tu familia que te apoya, que te valora y tienes

hijos que te aman” (minero 7, 31 años).

“Es una persona que sabe vivir la vida, sabe hacer sus cosas bien, vive feliz con su familia que es lo más importante, que eduque bien a sus hijos, eso es para mí un hombre exitoso” (minero 9, 39 años).

Cabe destacar que los entrevistados que tienen familia, principalmente hijos, mencionan que un hombre exitoso no debería estar en los bares, ni en el trabajo minero:

“...ya no está ni siquiera metiéndose a los bares, ni la minería, puede poner un negocio” (minero 1, 25 años).

“Lograr algo que se ha propuesto uno, no estar ahí para todo lado tomando...” (exminero 4, 24 años).

“Siempre estar al lado de la familia, no estar andando en bares... generas gastos y más, estás propenso a cualquier enfermedad ya que un borracho no mide las consecuencias que uno tiene en el acto, a veces con tu señora le contagias enfermedades y ahí ya es demasiado tarde” (minero 3, 30 años).

Un ámbito que los hombres consideran primordial es la familia como un factor de éxito, para ellos es importante contar con una familia protegida y segura. Al respecto, la familia constituye una responsabilidad que asumen desde su rol protector. Así, los hombres entrevistados hacen referencia a una actitud responsable con los hijos: un hombre exitoso es aquel que no consume desmedidamente alcohol y que no acude a los bares. Desde el hogar hasta la vida pública, desde su infancia hasta su adultez, los

hombres aprenden que hay imperativos hegemónicos que deben lograr: la protección, la provisión, la responsabilidad, la disciplina, el trabajo, que los varones tendrán que resolver y cumplir para la constitución de sus identidades (Vázquez, 2013: 821).

Aunque este imperativo no siempre es determinante en su conducta, si bien conocen sus responsabilidades familiares, su práctica podría ser distinta e incluso considerada como irresponsable. Así, es posible que los hombres no se hagan cargo del cuidado de sus hijos y que evadan la pensión de alimentos. Sin embargo, los discursos de la familia y la paternidad responsable han calado dentro de sus imaginarios. Al respecto, ellos consideran que es primordial en su vida dar seguridad y proteger a sus hijos e hijas.

Tercer nivel: culminar los estudios

“Que tenga sus estudios, que los culmine” (minero 7, 31 años).

“voy a estudiar” (minero 11, 24 años).

“Retomar mis estudios, tener una vida normal” (exminero 5, 24 años).

A pesar de que solo un entrevistado menciona explícitamente la culminación de los estudios como un nivel de éxito, la tercera parte de los entrevistados lo desea por ser una meta importante en su vida, que les permitirá tener nuevas oportunidades laborales. Asimismo, al preguntarles por el fracaso o cómo consideran a un hombre fracasado, señalan las mismas categorías que

las mencionadas en relación con el éxito, aunque de manera negativa. Así, un hombre fracasado es aquel que no ha cumplido sus metas, que no cumple con su trabajo, que no cumple con su familia, que gasta su dinero en bares y en prostíbulos. De esta forma, un aspecto que diferencia las categorías del éxito con las del fracaso es el cometer delitos, robar y consumir drogas.

No cumplir con el trabajo:

“Que no tenga metas, que no sepa pensar, que ni trabaje, porque hay otros que trabajan y ganan, y así como ganan también se lo gastan todito, siempre van a ser así, no tienen sueños, no tienen futuro, solamente ellos viven la vida o no tener responsabilidades, no cumples con tu trabajo, estás trabajando una parte, otra parte nadie te quiere, ese es un fracasado, que nadie te quiere, porque ya te conocen cómo eres, que nunca cumples y ...se meten en otro vicio como robar” (minero 7, 31 años).

“Fracasado desde mi punto de vista sería alguien que no tiene visiones a más o alguna meta” (exminero 5, 24 años).

El trabajo aparece como un factor de fracaso siempre y cuando no se cumpla con este. Los hombres tienen una visión laboralista y productiva del éxito en su vida. Nuevamente, se reafirman los dispositivos hegemónicos del capital masculino sobre el hombre subordinado trabajador, puesto que el hombre debe cumplir un rol productivo para reafirmar su identidad masculina.

No cumplir con la familia:

“Un fracasado, que ha llegado acá, tienen su familia, ha venido con familia de otro sitio, llega con familia, sus hijos. Ese tipo llega acá, ve plata, como en su chacra, en su zona, ganaba 25 soles, 30 y acá que gane a 100 y semanal que se bote unos 1000 soles nada más, digamos, y esta pata se va a dar cuenta, pucha no, gano mucha plata acá y va a ver chicas bonitas y se va a enamorar de las chicas” (minero, 30 años).

“Algunos hombres tienen su familia y no les dan a sus hijos la mejor vida como de repente ellos no lo han tenido, ese tipo de personas más se dedican a tomar, a malgastar lo poco que ganan” (exminero 13, 30 años).

Cometer delitos o perjudicar a los demás

“Son aquellas personas que se dedican a la droga, a los robos” (minero 2, 28 años).

“Nunca va a salir adelante porque no tiene metas” (minero 7, 31 años).

“Es aquella persona que se deja llevar por la vida sin una dirección y lo peor de todo es que puede ser un hombre que haga daño, que perjudique a los demás” (exminero 4, 30 años).

El asociar el delito o el consumo de sustancias ilegales al fracaso, a pesar de que La Pampa es una zona en la que se convive con la criminalidad, nos indica que los hombres asumen determinadas formas de la normatividad masculina asociadas a un ideal de

honor. En este sentido, es en virtud de la reiteración de determinadas normas y el modo en que los hombres se las apropian e interiorizan que se asumen como referentes para organizar la vida de los hombres y marca los márgenes por donde pueden moverse (Vidiella, 2010, p. 97).

Asimismo, los entrevistados que son convivientes asocian el fracaso a invertir su dinero, generado con su trabajo, en el consumo de alcohol, a la compra de sexo con mujeres de los prostibares o bares, a no ahorrar, lo que no los lleva a cumplir sus metas.

“Bueno, una persona fracasada porque se dedica mucho al alcoholismo, trabaja y toma. Esa es la mayor parte de La Pampa, se dedican a eso, a veces con el ambiente mismo. En él no te das cuenta si estás haciendo bien o no. Cuando sales de ese lugar ahí recién a veces te das cuenta que estás haciendo mal” (exminero 8, 38 años).

“Ahí no trabaja pes, toma y toma y no junta nada y para fracasado” (exminero 13, 30 años).

“Encaminado en la cerveza, en los prostíbulos, eso es un hombre fracasado” (minero 9, 39 años).

Al analizar los relatos de los entrevistados, podemos observar que parte de su noción de éxito y fracaso se construye en opuestos. El fracaso está asociado a los excesos, al caos, a la desorganización en sus vidas (consumo desmedido de alcohol, acudir a prostíbulos, llevar una vida nocturna activa). En cambio, el éxito lo

asocian al orden, a una responsabilidad con la familia, con el trabajo, a cumplir con sus roles masculinos con la familia y principalmente con sus hijos (rol protector y proveedor).

b) Los miedos en el hombre minero de La Pampa

Cuando preguntamos a los hombres si tenían temores o miedos en la vida y cuáles eran los miedos que sentían, las respuestas fueron variadas. Cinco de los entrevistados indican que no tienen ningún miedo en la vida, uno porque se autopercibe como una buena persona que no ha hecho daño y, por lo tanto, el dicho “el que no la teme no la debe” parece ser un lema en su respuesta, y el otro entrevistado menciona que no tiene miedos ya que él es un hombre valiente, por lo tanto, no siente miedo a nada.

“Miedos no tengo” (minero 11, 24 años).

“Miedos en la vida, puede ser que no tengo miedos en la vida, si la vida me quiere llevar, que me lleve” (exminero 4, 30 años).

“No, porque no he hecho nada realmente, a lo que no he hecho no tengo por qué tener miedo, porque una persona que ha hecho maldad puede sentir temor” (exminero 10, 36 años).

Sin embargo, al indagar qué es lo peor que le puede pasar a un hombre, de los quince entrevistados catorce inclinan sus respuestas, principalmente, por su experiencia de vivir en La Pampa: a tener un accidente producto de su trabajo en la minería, a los asaltos que

ocurren frecuentemente en la zona, a que puedan morir aplastados por alguna maquinaria (trabajando) o en manos de asaltantes o criminales.

“Cuando voy a trabajar a La Pampa cualquier accidente pueda pasar, porque es peligroso allá, no tienes seguro ni nada” (minero 15, 28 años).

“Te pueden robar, en La Pampa, por ejemplo, a veces da miedo, sales del trabajo, de que te roben” (minero 11, 24 años).

“Que sufra algún accidente y que no me recupere, que quede inválido o que pueda quedar sin pierna o sin mano, ya no es una persona completa, sería una carga para su familia, no va a poder comer, no va a poder trabajar” (minero 7, 31 años).

El miedo que expresan los entrevistados a los asaltos y a los accidentes laborales se explica por su temor a quedar inhabilitados físicamente para trabajar. No poder trabajar los dejaría sin cumplir con el mandato del capital masculino de convertirse en un hombre proveedor. El trabajo es asumido por este mandato, pero también tiene una razón clave, ya que sin este no se garantiza su subsistencia. En este sentido, la hegemonía subordinada se encuentra de nuevo en las vivencias de los hombres que tratan de cumplir con el mandato hegemónico del trabajo para cumplir con el rol de ser proveedor de su familia.

De la misma manera, temen contraer enfermedades, sobre todo infecciones de transmisión sexual, al tener

contacto con las mujeres de los bares y prostibares. No obstante, el ejercicio de la actividad sexual tiene mayor peso que su temor a infectarse.

“El miedo que siempre he tenido es, por ejemplo, las enfermedades... más que todo por eso es que no me voy a los bares, siempre un borracho... se sale ya de control, cualquier cosa puede hacer en su borrachera... digamos que estás borracho, te vas a un hostel, estás con la flaca toda la noche y ahora vienes con tu señora y qué tal si esa chica tenía enfermedades, cómo queda tu señora... ese es mi principal temor, otras cosas no...” (minero 3, 30 años).

c) Las metas que tienen en su vida

Sobre las metas que tienen los entrevistados para su vida, identificamos tres. La primera es retomar sus estudios superiores. Algunos de ellos ingresaron a La Pampa para juntar dinero para continuar sus estudios; la segunda es contar con un negocio o con una empresa; y la tercera es ahorrar para comprar una vivienda.

“Mi meta es terminar mi estudio que tenía en SENATI y trabajar más que todo en el trabajo” (minero 1, 25 años).

“Bueno, ahorita yo he dejado mis estudios. Retomar mis estudios, he acabado mi 5to y todavía no he empezado a estudiar en un instituto o en la universidad” (exminero 5, 24 años).

“Siempre todos queremos tener un negocio propio primero, no dependes de nadie más, porque todos

mis amigos que han estudiado y han terminado todos han trabajado un tiempo y ahora tienen su negocio propio, ferretería, taller de repuesto de motos. Puedes tener un negocio, sí” (minero 6, 30 años).

“Ahora hacer mi casa y poner un buen negocio está bien, para mí esa es mi meta, un buen negocio nada más” (minero 3, 30 años).

“Mi meta es desarrollar mi empresa y que sea la mejor del Perú. Como una persona próspera, empresaria...” (exminero 4, 30 años).

Entre los hombres que tienen hijos, sus metas están relacionadas a brindarles educación, ya que quieren un futuro profesional para ellos/as.

“... estar feliz, que mis hijos sean profesionales. En el futuro veo que mis hijos sean profesionales, nada más, ese es mi gran anhelo que siempre he tenido” (minero, 30 años).

“Mi meta es darle lo mejor, la educación a mis hijos que es lo que ellos quieren, tener su profesión, por eso nos metemos a la minería, para que tengan un futuro nuevo” (minero 9, 39 años).

En este sentido, las metas se encuentran nuevamente asociadas a generar ingresos, ya sea a través de una carrera profesional o a contar con un negocio o una empresa. El peso y la importancia que tiene el ser el hombre proveedor y sostén de la familia es muy fuerte y es un marcador de identidad, un mandato

del capital masculino que los hombres se sienten obligados a cumplir. Asimismo, los hijos/as vuelven a ser mencionados como un aspecto importante en las subjetividades de los hombres de La Pampa. La paternidad es un elemento que los motiva a realizar acciones en pro del bienestar y el futuro de otros, en este caso sus hijos/as, desvinculándose con la imagen de un padre irresponsable que no se conecta con su rol paterno. Nos atrevemos a mencionar que esto puede darse por los cambios culturales sobre el rol paterno. En palabras de Ramos (2001), muchos varones se han visto inmersos en rápidos procesos de cambio de los roles por género y se sienten presionados por las exigencias de sus parejas y por el discurso cada vez más presente que los insta a compartir “la carga” de la crianza y de las labores domésticas.

d) La valentía como una característica masculina

Una de las características del capital masculino es la valentía: el hombre debe ser valiente incluso a costa de su salud y su vida. La percepción que tienen los hombres entrevistados sobre la valentía es variable. Se observa que se reconocen como tales de manera enfática y asocian su valentía al trabajo realizado en la minería en La Pampa. Mientras más se exponga al peligro en el trabajo o mientras se expongan a trabajos extremos, se consideran más valientes y serán más valorados por sus compañeros de trabajo, por sus jefes en la mina, por su familia y por ellos mismos, pues la valentía reafirma su hombría.

“Si se hablara de valiente, valiente serían todos, porque van a trabajar sabiendo los riesgos que se corren ahí” (minero 7, 31 años).

“Valiente... claro, hasta la muerte” (exminero 10, 36 años).

Otro grupo de hombres asocian su valentía a sacar adelante su familia. Esta es una característica, también, del capital masculino: ser un hombre responsable con su familia.

“Valiente... exacto siempre... porque tengo esa moral de estar con mis hijos y darle ese calor a mi familia” (minero 9, 39 años).

e) El alcohol en el mundo masculino

El consumo de alcohol es otro elemento importante en la masculinidad de los hombres de La Pampa: es un referente de aceptación y aprobación con sus pares en el marco de la homosociabilidad. Los hombres se clasifican, se aceptan o rechazan en el reino de la virilidad, puesto que demuestran hombría para la aprobación por otros hombres (Kimmel, 1997: 7).

Los hombres entrevistados consideran el consumo de alcohol como un referente importante en su vida, inclusive como si fuera inherente a su masculinidad. Así, para demostrar su hombría, asumen que son inmunes a altas cantidades de alcohol. No obstante, esta actitud cambia una vez que tienen hijos, puesto que el consumo de alcohol deja de tener relevancia por el peso que dan a la responsabilidad, la manutención y el ejemplo que quieren darle a sus hijos.

“bueno, como todo hombre, siempre es borracho, yo también he pasado por eso de tomar, tomaba demasiado, pero he cambiado, los hijos me han

cambiado” (minero 3, 30 años).

El consumo de alcohol es considerado una forma de relajarse frente a los problemas laborales y lo asocian con la “conquista” a las mujeres. Al parecer, los efectos del alcohol les permiten desinhibirse y logran sentirse más seguros para “conquistar” a las mujeres en los bares.

“A veces sales renegando de trabajar, para estar más tranquilos sales a tirar un par de chelitas, como se dice, ahí comienzas con un par, una cajita, de ahí te gusta una flaquita y ahí vas, mayormente van porque les gusta la flaca creo.... yo voy para relajarme, no renegar, a veces por flaca también” (minero 2, 28 años).

f) El valor del dinero en los hombres entrevistados

La frase “billetera mata galán”¹⁰ cobra importancia en el mundo de los hombres de La Pampa, ya que el valor del dinero, como parte del capital masculino, es percibido por la mayoría de los entrevistados como una fuente importante de su valía como ser masculino. Además, el poder adquisitivo es visto como un medio para “conquistar” mujeres. De esta forma, la “conquista” de mujeres se convierte un dispositivo importante en

¹⁰ Es una cuestión de género, donde se estigmatiza a la mujer como una ‘cazarrecompensas’ a la hora de seducir y no así a los hombres, quienes serían las ‘víctimas’. Asimismo, reproduce la idea de ‘mujer-objeto de consumo’, donde quien tiene el dinero suficiente podría tener a la mujer que quisiera. Así, la seducción, más que un acto humano social y voluntario, pasa a ser vista como un acto económico y la mujer como un objeto de cambio, un bien de consumo (Rieznik, “Billetera no mata galán”, 2013).

el capital masculino, puesto que alardear de ello les hace tener prestigio y estatus con sus pares: el hombre “conquistador” será aceptado y reconocido por otros hombres, como parte de la homosociabilidad.

“si no tienes plata... no vales nada, por gusto estas. Cuando tienes plata la chica ve que sacas tu billetera dice ‘ah, este tiene plata’ y ahí se pega como el caramelo... Hay más facilidad porque vas con tu plata, tú no hablas con las chicas, tu plata es que la que habla... puedes ir a tomar con 500 soles, más su agua que le invites a la flaca... Si quieres llevártela, te la puedes llevar” (minero 3, 30 años).

“La gente siempre va los bares, a los bares van con su plata, y tu plata dice todo, la gente que viene de la sierra no tiene amigos, es más tímida, va allá, porque ahí no hablas tú, habla tu plata, si no tienes plata no vales nada” (minero 3, 30 años).

g) Visión de familia y paternidad

Al analizar los imaginarios de los entrevistados sobre cómo debería comportarse un hombre, mencionan que debe ser respetuoso. Principalmente asocian el respeto a si tienen una pareja e hijos. Al parecer, los hombres solteros consideran que pueden vivir sin responsabilidades, ya que no tienen hijos o esposa que cuidar y mantener.

“Ser trabajador, ser honesto, cumplir con su trabajo, ser responsable con su familia, si tienen mujer, respetarla, hijos educados bien, hablar con manera, no maltratarlos, no estar gritándole porque los hijos

no entienden de eso” (minero 7, 31 años).

“Un hombre normal, normal, debe comportarse como un hombre, debe ser, debe ser respetuoso, si tiene su mujer, su pareja, debe respetar a su pareja; en cambio yo, ese tiempo estaba solo, ya me llegaba, yo me iba nomás normal” (minero 1, 25 años).

Los hombres vinculan el respeto y la responsabilidad a la familia: pareja formal e hijos. La paternidad y la relación formal de pareja se vincula a la madurez y los sensibiliza a no continuar consumiendo alcohol de manera excesiva y a no continuar la compra de sexo con mujeres. Inclusive ven a la familia como factor para controlarse a ellos mismos.

“Claro, más que todo por mi familia, mis hijitos. Pero también dependía de uno, porque, en sí, era cuando a veces mi familia estaba lejos, bueno, yo también, no había nadie quien me controle, entonces, bueno, hacía caso a los amigos... bueno, debería de comportarse... más que todo respetar a la familia, sacrificarse por la familia. Pero con el ambiente que hay a veces no se puede, a veces corrompen a uno” (se refiere al ambiente de La Pampa) (exminero 8, 38 años).

“Un hombre debe comportarse, ir a su trabajo, regresar, estar con la familia, con su mujer, con sus hijos, llega a su casa, conversa con sus hijos, conversa con su mujer, estar atento a los hijos, estar atento a la mujer... a veces hay hombres que no saben comportarse, se van se toman mujeres pa

aquí, mujeres pa allá, ese no es el comportamiento de un hombre pe. Todos tenemos un error pe, pero hay que saber a veces sobrellevar los errores” (minero 3, 30 años).

En este sentido, las percepciones de ser un hombre casado o con familia y la de ser soltero difieren. Las subjetividades varían. Los hombres solteros son considerados irresponsables, sin obligaciones, mientras que el casado es asumido como una persona dominada por su mujer o por su familia y lo llaman “sacolargo”. Estos aspectos también forman parte de la socialización de los hombres. De esta forma, la sujeción a la hegemonía se expresa, en este caso, a través de establecer cómo debe ser su comportamiento si es soltero, diferenciando del que pueda tener si tienen pareja o están casados.

“Los hombres casados, mayormente son sacolargos... Ya tienen familia, tienen responsabilidades, en cambio los solteros no tienen la responsabilidad, si un día lo gastas, mañana lo puedes estar recuperando, en cambio un hombre con familia ya no puede hacer eso” (minero 2, 28 años).

“Es normal, es para nosotros, ya me conocen a mí como soy pe, ya la gente me dice ya... esa es una palabra común para nosotros con mis amigos, saco, sacolargo” (minero 6, 30 años).

“Jóvenes son los que más paran ahí, parece que no han tenido el visto bueno de la solvencia o no tiene familia, falta de madurez. La mayoría es joven. Los mayores no... la experiencia, cuando hay experiencia

ya la madurez les ayuda” (minero 9, 39 años).

A través de los testimonios, observamos que la familia y la paternidad aparecen nuevamente como un mecanismo de control hacia los hombres entrevistados, o de responsabilidad, puesto que inclusive mencionan que han fomentado un cambio en ellos; principalmente cuando tienen hijos/as. Así, la paternidad es un disparador de cambio, de orden y de responsabilidad en sus vidas.

“Sí, los hijos te hacen cambiar... si me dicen sacolargo me rio... para mí lo tomo por alto, ya ni importancia les tomo, alguien encuentra estás tomando, sacolargo, que me importan que me digan, prefiero irme a mi casa y tomarme una gaseosa con mis hijos y estoy más tranquilo ahí” (minero 3, 30 años).

“Ahorita, ahorita, antes sí tomaba, pero ahora ya no ya pes, ahora en mis tiempos libres más me dedico a mi familia, mis hijos; antes tomaba, pero ahora ya no ya, más bien salgo a dormir, como estoy en mi casa tengo que dedicarme a hacer algo... Si he dejado de ir más que nada por la necesidad de los niños que están acá, como tengo mis hijos en primaria, secundaria, inicial, entonces los gastos son fuertes...” (minero 6, 30 años).

En torno a ello, Guttman (1997) explica, sobre el hombre mexicano, que existen diferencias de actitud y conducta ante la paternidad entre la clase alta y la clase baja. Así, no existe, como en otros aspectos relacionados con la identidad masculina, un patrón único de la masculinidad

mexicana. Si bien Guttman habla de un hombre específico, su análisis puede aplicarse a los hombres de América Latina y a las paternidades en general. Además, este autor sostiene que, en cualquier contexto cultural, las conjeturas básicas sobre la paternidad se mezclan con un modelo imaginario de la paternidad. De esta forma, en algunas sociedades el modelo clásico de la paternidad está relacionado a un padre que no se involucra en el cuidado de los hijos e hijas y en otras con una paternidad activa.

“...si bien la identidad masculina, en especial en lo tocante a los hombres mexicanos, se considera equivalente a irresponsabilidad y violencia, para la mayoría de los hombres y mujeres entrevistados, al menos, ser un padre confiable y comprometido es tan importante para ser hombre, como cualquier otro componente, incluida la potencia sexual” (Guttman, 1997: 151).

Añade que en México existen diferencias significativas en el ejercicio de la paternidad entre la clase trabajadora y la élite. Para Guttman, los padres de la clase trabajadora son los que presentan una paternidad más activa y se encuentran más involucrados en el cuidado de los hijos/as.

“No sostengo que nacer en las clases populares vuelve a un padre mejor o más cuidadoso en un sentido abstracto. Pero la pertenencia a las clases sociales más bajas puede resultar, entre otras cosas, en una paternidad más activa...en la que los miembros de los estratos más altos todavía pueden darse el lujo de contratar a otros para cuidar a sus

hijos. Es decir, debemos reconocer una relación entre la paternidad y la clase social ...que, a su vez, involucra a numerosos hombres (y mujeres) en la transformación práctica de sus vidas sociales y, por tanto, también en su concientización" (Guttman, 1997: 154-155).

Asumimos el análisis de Guttman sobre las paternidades de la clase trabajadora en los hombres mineros o exmineros. Al respecto, la clase establece diferencias en los hábitos relacionados con las responsabilidades paternas, ya que, si bien los hombres mineros ilegales no indican explícitamente que asumen un rol más activo en el cuidado de los hijos/as, sí aluden a su paternidad como una constante, como una forma de organizar su vida de manera más responsable.

Respecto a la paternidad y a los afectos, Laqueur (1992: 119) menciona que carecemos de una historia de la paternidad y sostiene que la historia ha sido escrita casi exclusivamente como la historia de los hombres. Por lo tanto, la historia de un hombre padre ha sido subsumida bajo una historia de un patriarcado penetrante; es decir, con una figura de un hombre hegemónico desvinculado de la paternidad. El patriarcado ubica a los hombres en la esfera pública y a las mujeres en la esfera privada y, por ende, son ellas las que tienen la responsabilidad del cuidado de la familia y de los hijos/as.

Este autor sostiene que la maternidad y la paternidad son construidas social y culturalmente. Para Laqueur la manera de ser padre es un hecho histórico, construido por la cultura, y es la historia la que ha excluido a los padres

de su función paterna. Así, los hombres de La Pampa, al hablar de su paternidad, no hablan directamente de sus afectos o emociones hacia sus hijos/as. Sin embargo, en sus testimonios se puede observar que quieren cumplir una paternidad como ejemplo de vida para sus hijos/as, puesto que les quieren enseñar una vida responsable, sin excesos, sin alcohol y también quieren compartir tiempo con ellos/as.

No obstante, los entrevistados mencionan que La Pampa no es un lugar que sus hijos/as deban conocer, crecer, ni vivir precisamente; por el contrario, desean que ellos/as tengan otro sistema de vida, que estudien y trabajen sin tener que verse en la necesidad de trabajar ahí. El rechazo hacia La Pampa se debe a que los hombres reconocen que es un espacio de explotación, desde sus propias vivencias de descontrol y desorden por el consumo de alcohol y la presencia de prostibares. También identifican un nivel de riesgo muy alto por la existencia de grupos delictivos y de asesinatos frecuentes en la zona.

“...para eso le estoy educando yo, para que él no lleve el mismo trabajo que yo tengo, por eso yo he llegado a la minería, para ganar un poquito más, para darles una educación firme” (minero 9, 39 años).

A partir de estos elementos, podemos afirmar que los entrevistados que son padres, asumen una paternidad sacrificada donde ellos sí pueden arriesgar sus vidas, sí pueden o pudieron trabajar en un contexto tan arriesgado y violento, pero no desean que sus hijos/as atraviesen la misma situación. Su sacrificio radica en esforzarse en el

trabajo para brindar a sus hijos/as mejores condiciones de vida que ellos no pudieron obtener. Este nivel de sacrificio con sus hijos/as se podría comparar con los mitos de la maternidad, que siempre es vista como abnegada, sacrificada y protectora, mientras que los hombres son percibidos más como irresponsables, no asumen sacrificios y más bien dejan la responsabilidad de la crianza y el cuidado al rol materno.

“No, yo no quisiera que mi hijo nunca pise esos lugares porque puede salir muerto, por eso prefiero yo trabajar duro, esforzarme, darle una mejor vida y educación a mi hijo y que no le falte lo que me faltó cuando era pequeño” (exminero 4, 30 años).

En el caso de los hombres de La Pampa, este se distancia del modelo de padre que no se vincula con los hijos/as; por el contrario, ellos quieren convertirse en un modelo a seguir sin que necesariamente realicen el trabajo de cuidado directo. Así, estos hombres, en sus relatos evidencian su gran preocupación por la formación de sus hijos/as. Su vida vira hacia ser más responsables cuando los/as tienen. Aquí la masculinidad se altera a partir de la paternidad.

Condiciones sociales, culturales y económicas en La Pampa

La Pampa se convierte en un espacio estructurado para satisfacer demandas de los hombres. Como tal, existen condiciones que hacen posible esta demanda, ¿cuáles son las condiciones que favorecen la compra de relaciones sexuales con las mujeres en la zona de La Pampa, y no de todas las mujeres,

sino de las jóvenes y adolescentes?, ¿qué factores hacen que los cuerpos/sexualidad de estas mujeres sean considerados una mercancía? y ¿de qué manera la masculinidad se encuentra vinculada a estas condiciones? En este sentido, el presente capítulo tiene como objetivo analizar las condiciones sociales, culturales y económicas que sostienen esta demanda y como se vinculan con la masculinidad.

1. Las masculinidades y las condiciones sociales

Las condiciones sociales están referidas a los elementos que la sociedad ha colocado para determinar cómo debe ser un hombre o qué comportamiento socialmente aceptado debe tener desde los mandatos del capital masculino, incluyendo pagar para mantener relaciones sexuales con mujeres, principalmente con apariencia joven. Estos elementos tienen como base al patriarcado. El patriarcado y el sistema mercantilizado son violentos en tanto enajenan a las personas de sus metas de bienestar, solidaridad y amor. Así entendida, esa violencia tiene diversas formas de manifestarse y, muchas de ellas, ejercidas por un grupo particular: los hombres. Por lo tanto, la socialización masculina y las relaciones de poder se expresan a través de la hegemonía subordinada, donde los cuerpos de los hombres entrevistados son subordinados por la explotación y la precarización que reciben en La Pampa y a la vez sus cuerpos han sido disciplinados para ejercer la hegemonía con dispositivos de poder contra otros: mujeres, niños, niñas, adolescentes, otros hombres, la naturaleza y contra sí mismos (Salas, 2003; Kauffman, 1989; Corsi, 1995).

El patriarcado instalado se observa a través de condiciones sociales, expresadas como problemáticas en la zona, como la criminalidad (delincuencia, asaltos, asesinatos), la corrupción y la escasa o nula presencia del Estado. La inseguridad ciudadana está presente diariamente. Asimismo, en la problemática de la explotación sexual comercial de mujeres en Madre de Dios, específicamente en la zona de La Pampa, confluyen otro tipo de problemáticas como son la minería ilegal e informal que ocasiona daños irreparables contra el medioambiente –tanto de los terrenos en los que se produce la extracción como en comunidades cercanas, ríos– además de la corrupción, delincuencia, consumo de sustancia ilegales, la informalidad y la violencia en general, escasa o nula presencia del Estado (Mujica, 2014: 27).

Es claro que las instituciones del Estado no tienen aún la capacidad práctica para controlar y garantizar la seguridad de estos territorios (Defensoría del Pueblo, 2013). Por la tanto, la situación de inseguridad y escasa presencia del Estado se convierten en factores sociales que facilitan la compra de cuerpos de adolescentes y mujeres jóvenes. Asimismo, al no tener un control legal ni policial, la corrupción se multiplica. Además, se ha tomado conocimiento de amenazas y asesinatos de todo aquel que se oponga a desmontar el negocio de explotación y trata de mujeres, puesto que los operativos policiales no tienen los resultados anunciados para desmontar la red delictiva existente. En su totalidad, los entrevistados mencionan la inseguridad ciudadana como parte de su vida.

“aquí hay miedo, porque a veces los mismos dueños tienen su peón y te pueden mandar a matar” (minero 1, 25 años).

“te pueden asaltar y dejar muerto, nadie hace nada” (minero 11, 24 años).

Un factor social que facilita a los hombres el consumo de cuerpos de mujeres es el tipo de relaciones sociales de género que sostienen. Los entrevistados refieren que la mayoría son machistas, puesto que las mujeres son colocadas en el ámbito doméstico; principalmente trabajan como cocineras, vendedoras en las tiendas, mozas y damas de compañía para atender a los hombres en los bares y en los prostibares. Mencionan que La Pampa es un lugar donde se “contagian” entre hombres; es decir, legitiman sus comportamientos entre ellos ya sea porque copian las mismas actividades o porque tienen los mismos comportamientos. Además, refieren que el ambiente de por sí los corrompe, como si una fuerza incontrolable los llevará a realizar acciones machistas o desiguales hacia las mujeres. Son conscientes o tienen alguna conciencia de que existen relaciones desiguales entre hombres y mujeres, puesto que se dan cuenta de que son machistas, inclusive reflexionan y se cuestionan sobre ello. Sin embargo, a la vez mencionan que el “mundo” en que está estructurado La Pampa hace que asuman comportamientos que reafirman su masculinidad como una herramienta que les permite conservar su poder frente a los demás y frente a las mujeres.

“Allá en La Pampa la mayoría son un poco machistas...”

las mujeres están solo para cocineras, atender en los bares y en el hotel, ahí están las mujeres, y en un mundo de varones qué se puede hablar, de hecho, qué van a hablar de mujeres... no todos son así, es por el entorno, uno puede ser tranquilo, pero ahí adentro la gente te habla, te habla, y te contagia, o tú, por no ser el diferente, le sigues la corriente” (minero 7, 31 años).

“Los hombres, las personas que trabajan en La Pampa son personas normales, pero a veces el motivo del trabajo, cansado el esfuerzo que hacen, el esfuerzo que hacen diario físico, hace que se vayan a tomar un poco de agua, un poco de cerveza, ahí al bar y estando picado y mareado las personas tienden a entrar y tener relaciones con esas chicas ¿no? Debido a que no están en sus casas uno o dos meses y son solteros, y por eso es que esas personas entran al bar con esas chicas” (exminero 4, 30 años).

2. Condiciones culturales

La sexualidad y el cuerpo de las personas han sido percibidos, interpretados, representados y vividos de diferentes maneras en distintas épocas. La sexualidad y el cuerpo, a lo largo de la historia de la humanidad, han estado ligados a valores y normas sociales y culturales, por lo tanto, han estado sometidos a restricciones, prohibiciones y mandatos hegemónicos (Salas, 2004: 53). Dentro de esta historia, nos interesa conocer los discursos, creencias e ideas que subsisten en el imaginario de los hombres en materia de sexualidad y ello incluye la explotación sexual de mujeres. En ese

imaginario subyacen los mandatos hegemónicos del capital masculino que tienen sus bases en el patriarcado y que sujeta a los hombres a producir y reproducirlos, lo que lo hace hegemónico en su accionar.

El contexto simbólico y cultural crea significaciones y coloca en lugares reales e imaginarios a las personas como actores de un orden social que define las relaciones de poder desiguales. Y, precisamente, la explotación sexual comercial se mantiene, entre otras razones, debido a la existencia y reproducción de un orden simbólico que crea una racionalidad y una lógica muy particulares: la racionalidad de la cultura patriarcal que requiere de instituciones ideológicas que la sustenten y de relaciones de poder que la recreen y reproduzcan (Salas, 2004: 53). Así, las representaciones se han configurado en referencia a un orden estructurado y simbólico donde el hombre ha sido ubicado como sujeto superior y la mujer como un objeto inferior sin valor.

En el campo del ejercicio activo de la sexualidad, subyace la lógica androcéntrica que coloca a los hombres en un nivel superior y de hegemonía frente al cuerpo de las mujeres, donde el control y el ejercicio de poder se hace presente en forma constante. De esta manera, el cuerpo de la mujer es propiedad del hombre en el patriarcado, tanto en el plano real como en el imaginario, este no solo es un dato de lo estructural y social, sino que es un componente de la subjetividad masculina en cuanto imaginario; en cuanto a deseos, expectativas, a temores, frustraciones e identificaciones. Por lo tanto, existen condiciones culturales que predisponen formas de pensar y actuar, dentro de ellas se encuentran

las creencias y los mitos respecto al ejercicio de la sexualidad de los hombres.

El hombre, al cumplir los mandatos del capital masculino, asume creencias y mitos para cumplir con el ejercicio de su sexualidad activa que representa la hegemonía del capital masculino. Esto se evidencia, con claridad, en los hombres mineros entrevistados, respecto al ejercicio activo de la sexualidad, quienes, en sus narrativas, mencionan creencias y mitos que sustentan su conducta. Así, existe la creencia del hombre “ganador”, puesto que debe demostrar seguridad a través de un efectivo autocontrol de los sentimientos, lo que le permitirá ocultar cualquier tipo de debilidad identificada como rasgo femenino.

Acerca de la sexualidad, debe probar un ejercicio activo como símbolo de virilidad y poder masculino (Montesinos, 2002). Asimismo, existe el culto por lo joven, ya que se trata de un valor que el mismo sistema social ha venido creando e imponiendo como ideal de belleza, de salud y bienestar. De este modo, para los hombres la juventud es un imán. Entre algunas creencias resaltan el deseo de absorber la juventud de la persona joven, con todas las implicaciones que ello conlleva, el acceder al elixir de la juventud con el solo hecho de tener contacto con una persona menor de edad. Asimismo, las niñas o muchachas jóvenes son también atractivas porque son inocentes, es decir, la ingenuidad y la candidez de la persona novata se convierten en otro imán de peso (Salas, 2004: 123).

Las fantasías sexuales son parte del imaginario

de los hombres, ya que ellos desean satisfacerlas compulsivamente basados en la creencia que sus necesidades sexuales son incontrolables. Una de sus fantasías sexuales es mantener relaciones sexuales con mujeres muy jóvenes, incluidas menores de edad. Las mismas tienen relación con una fantasía machista que divide a las mujeres entre madonas (madre/virgen) y prostitutas. La joven sería un “personaje” intermedio entre ambas y el hombre tendría el poder de manejarla, aun cuando en la realidad, las jóvenes explotadas sexualmente tienen más experiencia que otras mujeres (Save the Children, 2004: 41). De este modo, la dominación del cuerpo de las mujeres es un aspecto fundamental en la construcción del ejercicio de la sexualidad de los hombres, puesto que la asociación del deseo sexual al control y a la posesión del cuerpo de las mujeres depende de una visión hegemónica del sexo.

“Como dicen los viejos, quieren jóvenes, siempre las quieren más chibolas, tal vez porque no han recorrido mucho, porque son inocentes, porque no saben” (minero 6, 30 años).

Otra creencia es que tienen la “necesidad” de tener relaciones sexuales con otras mujeres, adicionalmente al sexo que tienen con sus parejas o esposas. Para satisfacerse, utilizan a las mujeres que ejercen la prostitución y, especialmente, son las niñas y adolescentes en explotación sexual comercial que reúnen, con mayor atractivo para ellos, este requisito (Salas, 2004: 64).

“Yo creo que las chicas de bares son personas más

experimentadas en este tipo de cosas y creo que dan más placer a los varones en el momento del sexo” (exminero 4, 30 años).

“Sí, la mayor gente acá prefiere acudir a los prostíbulos... porque me gustaba y porque tenía esa necesidad” (minero 1, 25 años).

Estas concepciones ideológicas de muchos hombres se presentan constantemente, ya que conciben a las mujeres como aquellas que los “tientan” y “provocan” convirtiéndolas en las responsables de las acciones sexuales de ellos (Salas, 2004: 58). La creencia de que las mujeres son quienes tientan a los hombres se sostiene en principios cristianos. En el capítulo de Génesis, Eva “tienta” a Adán, por lo tanto, ella es la culpable de su expulsión del paraíso. En esta parte de la historia, Adán es víctima de Eva. Además, la historia del cristianismo cuenta con personajes como Tertuliano, sacerdote cristiano, que en el siglo III después de Cristo, sostenía que la naturaleza de la mujer era ser tentadora, ya que ella, aunque no quisiera hacerlo, lo haría porque era portadora de la lujuria visual. Así, Tertuliano consideraba a las mujeres como la puerta para hacer pactos con el diablo. Por tal razón, debían vestir siempre de negro. Tertuliano exigía que el rostro de las mujeres permaneciese oculto porque era una tentación irresistible. Era considerado tan peligroso que por su culpa “fueron lanzadas piedras que llegaron al mismo cielo” y por ello “debe permanecer en la penumbra”.

Asimismo, las mujeres debían cumplir una penitencia por el solo hecho de ser mujeres, ya que, al ser portadoras

de lujuria, eran responsables de la caída del hombre. Por eso la mujer tenía el poder de seducir y despertar la sexualidad a los hombres (Salas, 2004: 60).

Al respecto, en las narrativas de los hombres entrevistados existe la idea de que las mujeres los “tientan”, es decir, acudir a los prostibares está fuera de su responsabilidad.

“Pero siempre, hasta yo cuando trabajaba, tenía esa mentalidad; me ponía a tomar y decía ya si mañana voy a chambear lo gasto.... Al día siguiente trabajas, y dices voy a ahorrar, voy a ahorrar... y nunca llegas a ahorrar, siempre gastas y gastas. Allá hay cantidad de chicas, te tientan pe” (minero 3, 30 años).

“...a veces te tientan pes, se te mandan, te jalan, te quieren llevar a su cuarto” (minero 6, 30 años).

“siempre venían, te coqueteaban... y una vez que te veían con platita te hacían quedar, cantidad de chicas de toda clase, quién no, somos varones...” (minero 6, 30 años).

Es importante mencionar que un mito que se presenta, específicamente en el contexto minero, mencionado por Barrantes y Escalante (2014), es que mientras más joven sea la mujer con la que el hombre mantenga relaciones sexuales, este encontrará más oro. En esta situación, la juventud de la mujer se convierte en un atributo que le da un mayor “valor económico” como mercancía. La edad influye en la demanda de los clientes y el precio que están dispuestos a pagar. Se paga más por el cuerpo

de las jóvenes. De esta forma, el uso de los cuerpos de las mujeres se aprende a través de la socialización y se transfiere de generación en generación adoptando la forma de un cuerpo mercantilizado y cosificado (Salas, 2004). Al respecto, estos procesos son parte de las subjetividades masculinas que son analizadas en la presente investigación. El hombre sufre un “atravesamiento” de su cuerpo y de su psiquis para cumplir con estos procesos y mandatos, conforme lo establece la sociedad, en el tiempo y en el lugar en el cual le toca vivir; en este caso, La Pampa en Madre de Dios.

“Dicen otros que si tengo sexo con una chica menor voy a sacar más oro” (minero 1, 25 años).

“si voy al prostibar al día siguiente puedo sacar más oro, eso es mi suerte” (minero 6, 30 años).

3. Condiciones económicas

Para explicar la situación económica de los hombres inmersos en la minería ilegal en La Pampa, es necesario conocer sobre la situación de la venta del oro en Madre de Dios, ya que su economía y, particularmente la de La Pampa, se mantiene por la venta del oro que se extrae de la minería ilegal que se realiza en esta zona.

Al respecto, se calcula que se extrae de Madre de Dios aproximadamente 20 toneladas de oro al año, representando el 12% de la producción nacional de oro. Un dato importante es que solo un 3% proviene de la minería formal (CHS Alternativo, 2016: 16). Por lo tanto, es evidente que la extracción no formal de oro representa una actividad importante en la región.

Tanto así que el Valor Bruto Agregado (VBA) regional de 2011, muestra que el valor total de lo producido por la minería alcanza los S/. 357 millones y es la actividad de mayor valor relativo (43%) en toda la región (Mujica, 2014: 21).

Asimismo, hay que considerar el alza del precio del oro¹¹ con la expansión de la economía informal de este metal y con el intenso proceso de migración interna generado en Madre de Dios. Para comprender la magnitud del problema de la producción ilegal del oro, debe señalarse que sin considerar lo que produce Madre de Dios, “el volumen de exportación de oro de procedencia ilegal llega por lo menos a 1,800 millones de dólares, más que el narcotráfico que alcanza los 1,208 millones de dólares: el oro ilegal le gana a la cocaína”, según lo señala el director de Macroconsult, Elmer Cuba¹². Además, el oro ilegal peruano, que deforesta nuestros bosques, se comercializaría por Bolivia y Brasil y, también, llegaría a Suiza, tal como lo reveló el portal web Ojo Público.¹³ Con el propósito de interconectar países y regiones para dinamizar la economía se construyó la carretera interoceánica, que redujo el tiempo de conexión entre la zona de explotación de oro y las regiones aledañas de días a horas.

¹¹ En 2001 alcanzó los 271.23 dólares por onza, mientras que en 2013 llegó a 1441 dólares por onza, casi cinco veces más.

¹² En entrevista al diario Gestión el 16 de mayo de 2012.

¹³ Castilla, Óscar. “Minería ilegal: el millonario rastro de las refinerías suizas”. Publicado en <http://ojo-publico.com/mineria-ilegal-el-millonario-rastro-de-las-refinerias-suizas/>, consultado el 9 de diciembre de 2017.

Esto puede terminar teniendo un impacto social negativo por falta de una reacción rápida de las autoridades y decisores ante los fenómenos económicos y sociales que se presenten en torno a ella. En el caso de Perú, un tramo de esta carretera ha facilitado la extracción ilegal del oro en Madre de Dios, estimulando procesos de migración, principalmente, de habitantes extremo pobres y pobres de Cusco y Puno, ante la limitada oferta de trabajo en su zona de origen (Barrantes, 2015: 60).

En el caso de las mujeres y adolescentes, conduce principalmente hacia su explotación laboral o sexual incentivada. La proliferación de pequeños negocios de comida y bebidas alcohólicas, bares, prostibares, hoteles, pequeñas farmacias, venta de combustible y repuestos para la maquinaria minera. Como se ha señalado anteriormente, a La Pampa y a otras zonas de explotación de oro se accede por el eje carretero.

Precisamente, las provincias altas y distritos de Cusco interconectados a Madre de Dios por medio de la carretera Interoceánica figuran entre los principales lugares de procedencia y captación de las víctimas adolescentes de trata con fines de explotación sexual (Barrantes, 2015: 22).

En torno a ello, Salas (2014: 48) sostiene que la explotación sexual comercial no solo nos lleva a las bases mismas del patriarcado. Junto con este, actúa un sistema socioeconómico y político que basa su accionar en la mercantilización de todo, ya que cualquier cosa, persona, situación, institución o hecho de la vida cotidiana se puede comprar o vender. De esta manera, tal compra-

venta puede estar al servicio tanto de fines comerciales como de la satisfacción de privilegios patriarcales.

Asimismo, la compra-venta de cuerpos humanos y subjetividades para fines sexuales es una forma de violencia y, dentro de ella, se incluye la llevada a cabo con personas menores de edad (menores de 18 años). La compra de cuerpos de mujeres es la muestra extrema de cómo la “adquisición o compra” hasta de las personas tiene validez en el patriarcado mercantilista (2014: 49).

La estructura económica desigual trajo consigo la migración de hombres hacia la zona de La Pampa en busca de una oportunidad laboral, puesto que en su lugar de origen no conseguían trabajo o tenían remuneraciones muy bajas. Así, la proliferación de prostibares es la respuesta comercial a la presencia de miles de hombres que migraron solos a la zona de explotación minera y constituyen espacios de reunión social donde se consume licor y se brinda servicios sexuales.

En este contexto, la zona de La Pampa se encuentra estructurada económicamente para producir oro. Los negocios que derivan de esta producción liderada por hombres representan a la hegemonía masculina que reproduce estereotipos de género. Los hombres desarrollan actividades vinculadas directa o indirectamente a la minería y generan la actividad económica, ya que la mayoría de ellos se desempeña como obreros en los campamentos de mineros y son los clientes de los bares y prostibares por excelencia. En cambio, las mujeres realizan actividades laborales al

servicio de los mineros. Sus actividades son tradicionales y perpetúan los estereotipos de género, puesto que ellas son las que brindan atención en los restaurantes (llamados refrigerios), son las cocineras, las mozas, las lavanderas, las que atienden los negocios y las que atienden en los bares y los prostibares.

Asimismo, los espacios de trabajo y de entretenimiento están pensados hacia el servicio del hombre minero y preservan y mantienen el capital masculino. Los hombres que migran a trabajar en la minería obtienen una diferencia notoria de sus ingresos económicos en comparación de su ciudad de procedencia donde muchos de ellos se encontraban en pobreza o pobreza extrema y otros con sueldos precarios o sueldo mínimo. Respecto a esto último, puede inclusive incrementar sus ingresos de cinco a diez veces más trabajando en la minería. Sin duda, esta estructura económica es la que sostiene una masculinidad que convive con lo hegemónico y lo subordinado. Se trata de una economía que resulta demasiado seductora debido a los altos niveles de ingreso que les ofrecen a los hombres, lo cual se evidencia en los testimonios de los entrevistados:

“porque es la parte más rápida que te puede dar la economía, se sabe que la agricultura no es rentable...” (exminero 10, 36 años).

“había escuchado que había una fiebre del oro... La Pampa atrae la minería, como toda persona necesita para su hogar” (exminero 9, 39 años).

Además, los entrevistados refieren que en su lugar de procedencia –zonas pobres, rurales o urbanas–

no existen ni la migración ni la diversidad de chicas que se encuentra en los prostibares de La Pampa. Particularmente, en la Pampa periférica se observa un alto movimiento económico y un constante flujo de dinero gracias al alto margen de utilidad que deja la extracción y venta del oro. Como se sabe, la inversión en el equipo de extracción es mínima y no asumen costos laborales de ningún tipo. Asimismo, los hombres que trabajan en La Pampa tienen mayor poder adquisitivo que el que nunca tuvieron en toda su vida. Además, subordinando su cuerpo es como obtienen ese dinero –con gran esfuerzo físico y riesgo de vida y salud–; con lo cual, compran los servicios sexuales que les da prestigio y los hace sentir ganadores cumpliendo, así, el mandato del capital masculino.

“No hay este mismo nivel de chicas... los dueños aquí traen más chicas... es que no hay el mismo nivel de ganancia... allá son muy pocos los que van (refiriéndose a su lugar de origen)... acá si vas... porque en la minería ganas plata” (exminero 13, 30 años).

CAPÍTULO IV:

El ejercicio de la sexualidad: hipersexualizados y heterosexuales

Una subjetividad hipersexualizada

El hombre debe cumplir con expectativas sociales constantemente para obtener el capital masculino. Uno de los procesos para obtenerlos es alardear sobre el desempeño sexual heterosexual. Al respecto, la heterosexualidad se logra a través del ejercicio activo de la sexualidad (Vázquez del Águila, 2013).

“La hipersexualidad, que es el ejercicio de la sexualidad activa, cobra especial relevancia en la subjetividad de los hombres. Si bien la identidad masculina no incluye solo la sexualidad, sí juega un papel de mucho peso, mucho más que otros componentes que la conforman” (Salas y Campos: 2004: 89).

La vigencia sexual debe ser demostrada hacia los demás y, principalmente, hacia otros hombres. Caso contrario, su hombría se podría ver mellada o disminuida. De acuerdo con el capital masculino, los hombres se encuentran en constante lucha por afirmar su identidad masculina. El ejercicio de una sexualidad activa es primordial en la construcción de esta identidad. La compra de servicios sexuales es una forma de construir la identidad sometándose para el cumplimiento del mandato hegemónico de la virilidad.

Los resultados de las entrevistas con este grupo de hombres no pretenden generalizar las identidades masculinas y el ejercicio de su sexualidad, lo que busca es analizar sus percepciones y vivencias específicas en relación con su ejercicio sexual activo en un contexto determinado, es decir, en La Pampa. Abordaremos la información sobre sus primeras experiencias sexuales, su hipersexualidad, sus percepciones sobre las mujeres que se encuentran en los bares y prostibares, así como su percepción sobre la prostitución y violación de mujeres.

1. Primeras experiencias sexuales

Al preguntarles a los entrevistados quién les habló de sexo por primera vez, ellos se refieren a diversas instituciones y personas. Al respecto, es importante indicar que existen instancias socializadoras que “enseñan” a los hombres a relacionarse con su sexualidad de determinadas formas. Así, el sistema “proporciona” de manera abrumadora diferentes instancias de socialización: la calle, los amigos, las prostitutas, el cine, la pornografía, las revistas, los adultos mayores – familiares o no–. Estas instancias enseñan y muestran qué y cómo se hace un hombre y, dentro de ello, qué papel juega la sexualidad. Así, ellos aprendieron que las disposiciones existen para cumplirlas y que hay pocas formas de esquivarlas. Los hombres se instruyeron en un esquema en el cual la sexualidad tiene una presencia mayor y es más determinante que otros componentes del ser hombre (Salas, 2004: 93).

Entre las instancias que mencionan los entrevistados tenemos a la escuela, los amigos y la familia. Del total

de testimonios recogidos, 11 de ellos mencionan que le hablaron por primera vez sobre sexo en la escuela, lo que puede suponer que es parte de un proceso educativo adecuado. Sin embargo, la manera de tratar la sexualidad en la escuela, de acuerdo con los testimonios, era a través de la abstinencia y la prohibición de prácticas sexuales, es decir, no partía de la realidad de los estudiantes que ya mantenían relaciones sexuales.

Ellos mencionan que la sexualidad era abordada por la escuela solo desde la función biológica y que el ejercicio activo de la misma era considerado como un pecado. Al respecto, Ramos (2016) sostiene que desde la niñez a los hombres se les va construyendo el sentido de culpabilidad y de represión por expresar o hacer lo que se considera prohibido. Esta acción represora constituye un acto de violencia perpetua contra el hombre desde su infancia.

“Cuando estaba en el colegio, me decían que el sexo no es el pan de cada día. El sexo es ya, llega su momento, porque yo tenía mi compañera. Profesor, cómo es el sexo, y hay distintas formas de sexo, tanto el sexo de hombre y mujer, y sexo que te puede pasar con una mujer” (minero 1, 25 años).

“En el colegio creo.... ya son años ya, ya estoy viejo (risa)” (minero 2, 28 años).

“En la escuela, hace años. Antiguamente no te hablaban de eso, era como un pecado hablar. Los profesores están hablando de esto ahora, en la primaria te hablan

de sexo, cómo es tu parte o cómo es la reproducción, antiguamente no” (minero 3, 30 años).

“... en el colegio en educación familiar” (exminero 10, 36 años).

De esta forma, la escuela es un referente relevante en la construcción de la sexualidad de los hombres. Sobre este punto, Fuller (2002) se refiere a la escuela como una institución clave en la socialización infantil. No obstante, menciona que los profesores no tocaban este tema, puesto que lo calificaban como un peligro o un pecado o la incluían dentro de sus enseñanzas presentando la sexualidad solo como una función biológica. La escuela, sostiene Fuller, cumple un rol importante en la redefinición de la sexualidad. Ella ha tenido un fuerte impacto entre los niños, ya que se trata de una institución que pertenece al orden público, asociado al mundo ordenado, que asume la tarea de traer a la luz un tema hasta entonces exorcizado como tabú y asociado al pecado o a la enfermedad.

Los entrevistados mencionan a los amigos como las personas que les hablaron de sexualidad por primera vez. Así, el grupo de pares se convierte en un referente importante y es uno de los primeros espacios de identificación que tienen los hombres.

“Asu, hablar de sexo, eso es un poco complicado porque no me acuerdo muy bien, mi padrastro nunca me habló de sexo, pero lo que te puedo explicar que he hablado de sexo son los amigos, los amigos son los que te hablan de sexo casi siempre... con mis amigos

de mi edad, amigos del colegio, amigos del barrio, amigos de trabajo” (exminero 4, 30 años).

Los padres o el espacio familiar no son mencionados por los entrevistados como referentes para hablar sobre la sexualidad, por lo tanto, la familia y, específicamente, los padres no hablan de sexualidad ni de relaciones con sus hijos/as. Las razones pueden ser diversas, desde no saber cómo hacerlo (a los padres los suyos no les hablaron de sexualidad) hasta tener como barrera la vergüenza o sus propios tabúes, como considerar que no es oportuno hablar del tema, ya que incentiva a los adolescentes a mantener relaciones sexuales tempranas. Este aspecto es interesante, puesto que es en la etapa de la adolescencia donde existe una “búsqueda de sí mismo y de la propia identidad” (Flores y Tamayo, 2002). Esta etapa es muy importante para el sujeto en cuestión y, en consecuencia, para aceptar, vivir y ejercer su sexualidad, puesto que esta, a su vez, le otorga una identidad de género que, en el caso de los varones, se define, en general, por dos aspectos fundamentales: la competencia por las mujeres y la demostración de su virilidad –es decir, de su capacidad sexual– como condición para “reconocerse y ser reconocido como hombre” (Olavarría, 2001; Fuller, 2003; Viveros, 2003). Al no tener como referente su espacio familiar y además el ámbito familiar no estar preparado, los hombres van a buscar en sus pares o en medios de comunicación masiva la información sobre el ejercicio o prácticas sexuales, reproduciendo así una masculinidad tradicional hegemónica en la que el cuerpo de la mujer es cosificado, al servicio del placer sexual de los hombres, incluyendo formas que dañan la dignidad de

las mujeres como son la trata y la explotación sexual.

Se indagó en los entrevistados con quién mantuvieron relaciones sexuales por primera vez y a qué edad. Respecto a ello es importante resaltar que hace algunos años atrás la primera relación sexual de los hombres solía realizarse en un prostíbulo y siendo el padre responsable de llevarlo, ya que este era un mandato ineludible y era considerado un rito de la iniciación sexual de los hombres. No obstante, esto ha ido cambiando con los años y se puede evidenciar en las narrativas de los hombres mineros ilegales de La Pampa que mencionan que su iniciación sexual lo llevaron a cabo con una conocida o con una amiga cuando eran adolescentes. Al respecto, la edad de inicio de relaciones sexuales oscila entre los 14 y los 17 años. Asimismo, la mayoría de los hombres menciona los 17 años como su edad de iniciación sexual. En ambos casos, tanto en la iniciación sexual con una prostituta como con una conocida, el vínculo afectivo fue escaso o nulo. En ese sentido, podemos mencionar que la primera experiencia sexual de los hombres de La Pampa estuvo limitada a lo sexual no alcanzando niveles de afectividad. Esta idea refuerza el mandato del capital masculino que subordina al cuerpo de los hombres a demostrar que tiene experiencia en las relaciones sexuales a lo largo de su vida. Por lo tanto, la primera relación sexual no podría ser con una pareja afectiva, puesto que ella es una de las personas a quien le debe demostrar experiencia y el ejercicio activo de su sexualidad.

“...a los 17 años... era mi vecina y en su casa... sí la conocía... era choque y fuga nada más” (minero 1, 25 años).

“A los 17, ha sido en mi despedida de colegio, todos

estábamos tomando en la despedida y algunas se pusieron a llorar y decían ‘ah, no nos vamos a ver’. Tenía una amiga que me gustaba y yo también le gustaba a ella, y seguro por eso se habrá dejado estar conmigo, muchos de mis compañeros también lo hicieron ese día, después de estar tomaditos todos, a despedirse, después ya no se vuelven a encontrar, muchas de mis compañeros no nos vemos, mi amiga con la que tuve relación varios años y nunca nos hemos visto” (minero 7, 31 años).

2. Hipersexualidad en los hombres mineros de La Pampa

La sexualidad ocupa un lugar primordial en la conformación de la subjetividad masculina y en la vivencia concreta de la vida en los hombres; es decir, si bien la identidad masculina no incluye solo la sexualidad, en los hombres sí juega un papel de mucho peso, mucho más que otros componentes que la conforman (Salas, 2004: 89).

En la sexualidad también se expresa esta estructura sobre los géneros, ya que la mujer es concebida como receptora pasiva y el hombre haciéndose cargo de todo y además irreprimible sexualmente (Vargas, 2011: 15). Es así que la sexualidad masculina se construye en el ámbito social, ya que, en este, se juegan y reproducen la mayoría de los mandatos de la masculinidad hegemónica: desde y para ejercer el poder (Campos y Salas, 2002; Kimmel, 1997). La sexualidad despliega los más sutiles y poderosos mandatos que el patriarcado hace a la masculinidad y a los hombres de manera particular. La forma cómo se aprenden, se desarrollan y se viven las demandas de la masculinidad y la

sexualidad masculina son un fiel reflejo de cómo actúa el patriarcado (Salas, 2004: 84).

Se trata de una sexualidad –a lo que denominamos hipersexualidad o sexualidad activa– que arrastra ancestrales mandatos patriarcales, asociada con el poder, la virilidad, disociada del afecto y con la penetración como meta imprescindible (Salas, 2004: 84). A partir de estos elementos y de los testimonios de los entrevistados, podemos decir que la construcción de la sexualidad en los hombres está directamente vinculada a su identidad, construida a través de dispositivos de poder sostenidos bajo el argumento de que es su instinto lo que le hace estar en búsqueda de sexo constante.

“Más que todo, todos buscan eso, qué hombre no busca eso, todo hombre busca satisfacer sus necesidades sexuales y eso lo que van a buscar pe. Yo digo por eso no mide las consecuencias que uno puede tener en ese aspecto, pero la borrachera ya te saca de control pe, a la persona la saca de control...” (minero 3, 30 años).

Estos testimonios reafirman que para los hombres entrevistados la sexualidad masculina es inmanejable y la satisfacción sexual es una manera de liberarse e inclusive de preservar la salud (Save the Children Suecia, 2004: 40-43). Al respecto, podemos decir que en las subjetividades de los hombres se encuentra inmersa la búsqueda constante de tener sexo con mujeres diferentes, al punto de descartarlas cuando hayan agotado su interés por el uso del cuerpo de una

mujer tal y como se prescindir de un objeto cuando este ya no se necesita. En este contexto, es interesante recordar que el mandato del capital masculino sobre el desempeño heterosexual frente al ejercicio de su sexualidad activa se encuentra latente.

“Claro, todo hombre siempre que trabaja aquí en La Pampa va a conseguir lo que ellos quieren nada más, sexo, si hay alguna chica, si se cansan la descartan, otra chica busca, se cansa otra chica, eso es nada más” (minero 3, 30 años).

Frente a esta sexualidad activa que deben de demostrar los hombres en un contexto como La Pampa –lugar por excelencia androcéntrico donde predominan los prostibales– los hombres entrevistados mencionan preferencias sobre el tipo de mujeres con las que mantienen relaciones sexuales en los prostibales. Muchas de las mujeres se encuentran en situación de trata y explotación y los hombres en sus preferencias no hacen distinción de esta condición en las que las mujeres han sido obligadas a prostituirse. Frente a ello, predominan sus preferencias por mujeres extranjeras de Colombia, de Brasil, así como de otras regiones del país como de Cusco, Puno, Piura, Trujillo, Pucallpa. Asimismo, tienen preferencias por determinados atributos físicos de las mujeres, como que tengan cuerpos voluptuosos o prefieren algunas partes de sus cuerpos. El rostro se encuentra, también, entre sus prioridades. Al respecto, si bien pueden darse ciertas particularidades por país o zona geográfica, los hombres expresan preferencias específicas sobre determinadas partes del cuerpo. Ellos coinciden en sus preferencias.

Se visualiza una clara objetivación de la mujer en materia sexual, ya que produce una calificación de un objeto o de un producto que se compra y se vende a partir de si posee ciertos atributos (Salas, 2004: 96). De esta forma, la sexualidad es una mercancía que se corporiza en sujetos concretos: en el cuerpo de las mujeres (Salas, 2004: 97). Mujeres que están siendo explotadas, cuya captación y ejercicio de la prostitución se realiza a partir de la manipulación de las necesidades económicas de las víctimas.

“Más que todo si tienen buen cuerpo, se fijan si tiene buen seno, el *traseo*, todo eso se fijan, la cara como está” (minero 1, 25 años).

Respecto a la preferencia de los hombres de acuerdo con la edad de las mujeres, esta es por las jóvenes y adolescentes; lo cual se confirma con las estadísticas del Observatorio de la Criminalidad del Ministerio Público donde, a nivel nacional, en 2014 reportaron 501 casos de trata de personas con 782 víctimas, del 80% (623) de víctimas mujeres, y de ellas el 72.2% corresponde al rango etario de 13 a 24 años (CHS Alternativo, 2015: 26).

Para el caso específico de Madre de Dios, el estudio “La trata de personas en Madre de Dios” (CHS Alternativo, 2012) analizó 15 expedientes de casos judicializados con 27 víctimas teniendo como resultados que el 100% de las víctimas eran mujeres, 21 de ellas eran menores de edad y el 90% se encontraba en el rango de 16-17 años.

Para esta investigación hemos considerado adolescentes al rango de edad entre 13 a 17 años y mujeres jóvenes entre los 18 a 24 años, por ser el rango etario mayoritario en las que se encuentran las víctimas de trata y explotación sexual. Por lo tanto, es evidente que las víctimas de explotación sexual y trata con fines de explotación sexual son, principalmente, mujeres, y entre ellas jóvenes y menores de edad, esto debido a la demanda de hombres que buscan mantener relaciones sexuales remuneradas con mujeres muy jóvenes.

En La Pampa existe un mercado perverso donde crece la demanda de mujeres menores. La juventud es un atributo que le da un mayor “valor económico” a la mujer, lo que evidencia que el pueblo se encuentra constituido a través de una estructura androcéntrica al servicio de los deseos sexuales del hombre como cliente.

“Si he tenido sexo con una chica antiguamente... de 16, 17 años (la chica) ... Siempre, casi a veces, cuando eres joven, todo te da por igual, el hombre es como el carroñero... lo que vengan, no te importa si es chibola... no te *importa* con qué chicas te metas, lo que te importa es que tú te crees y con tus patas les dices: ‘mira, me he chapado a esa chica, he estado con esa chica’” (minero 2, 28 años).

La presencia de mujeres jóvenes satisface una demanda de los clientes –hombres, que ven en la juventud una forma de cumplir sus fantasías sexuales– haciendo presente la hipersexualidad activa a través del consumo de cuerpos de estas mujeres, lo que forma parte de

los mandatos del capital masculino que valora en los hombres que puedan tener relaciones sexuales con personas de apariencia joven e inclusive menores de 18 años.

“Todos buscan pe, todo hombre busca eso, una chica joven, una chica chibola, todo hombre siempre piensa, el varón dice, esa chica más ajustadita, más apretadita, ahí vamos ... de todo hombre su mentalidad es eso... Uno que ya tiene edad, siempre ves a la chibola, todo hombre mayor, preguntas a quien sea, siempre le vas a las chibolas, porque es apretadita” (minero 3, 30 años).

El gusto por mujeres jóvenes menores de edad no es solo una cuestión de estética, sino, también, es una cuestión de poder dominar a la mujer. Además, las relaciones sexuales con mujeres jóvenes y menores de edad son una manera para que los hombres reafirmen su masculinidad a través de demostrar que todavía tienen un desempeño sexual adecuado (Save the Children, 2004: 40-43).

Segato señala que la dominación sexual del cuerpo de la mujer expresa el acto domesticador, apropiador, que no solo es un control físico, sino, también, un control moral de la víctima (2006: 35). Así, la víctima es despojada de su dignidad y de su derecho a un ejercicio libre de su sexualidad al ser obligada a ejercerla frente a una situación clara de dominación, en este caso, mediante la trata y explotación sexual. Al ser mujeres jóvenes y adolescentes, migrantes y pobres las que se encuentran en esta situación de trata y explotación sexual, están

siendo doblemente dominadas y subordinadas. En palabras de Segato (2006: 43-44):

“¿Y qué más emblemático del lugar de sometimiento que el cuerpo de la mujer mestiza, de la mujer pobre, de la hija y de la hermana de los otros que son pobres y mestizos? ¿Dónde podría significarse la otredad producida justamente para ser vencida? Es en esa mujer que recae la producción y la significación de la última forma de control totalitario de sus cuerpos como parte de su humillación y supresión”.

“...puede haber chicas de 18, puedes encontrar de 17...menores de edad puedes encontrar raras veces... más que todo en época de vacaciones, ahí si hay menores de edad, meten al monte, hablamos de diciembre, enero, febrero hasta marzo... menores de edad vienen bastante, he comprobado el año pasado, menores de edad vienen bastante, mis patas me decían chibolitas en ese bar, y de verdad he comprobado, he visto” (minero 3, 30 años).

Estos testimonios reafirman los hallazgos de otras investigaciones sobre la demanda de mujeres adolescentes y jóvenes en el comercio sexual, donde los hombres consideran las relaciones con adolescentes algo natural, ya que el tener sexo con adolescentes responde al discurso de poder tener dominio sobre ellas.

Asimismo, permite reafirmar su capacidad de tener un desempeño sexual eficiente a la vez que satisface sus instintos sexuales irreprimibles y ello conlleva a la posibilidad de que la mujer sea un objeto de

intercambio (ECPAT, 2005: 10). Al respecto, un estudio de Mujica (2011: 104) sobre la explotación sexual comercial de niñas y adolescentes evidencia, con testimonios de los entrevistados, la idea de que las niñas y adolescentes tienen mayores atributos sexuales, el valor simbólico de la virginidad o de la poca experiencia sexual, y de la limpieza. Estos elementos son importantes en la consideración del intercambio sexual con una niña o adolescente, inclusive es considerado un símbolo de placer.

De la misma forma, Salas y Campos (2004: 119) relacionan las preferencias de los hombres por cuerpos jóvenes a una serie de mitos y fantasías que llenan y afirman la masculinidad hegemónica respecto al ejercicio activo de su sexualidad. Este culto por lo joven fue explicitado por testimonios de algunos hombres entrevistados, en el sentido de que se trata de un valor que el mismo sistema social ha venido creando e imponiendo como ideal de belleza, salud y bienestar.

Esta valoración por parte de los clientes se sustenta en la asociación de la juventud con la “virginidad” y con la “inocencia”, el placer asociado a la transgresión de las normas sociales y a la situación previa de subordinación que tienen mujeres menores frente al adulto, lo que facilita la reafirmación de la masculinidad del cliente (Barrantes, 2015: 30).

Los entrevistados afirman que hay menores de entre 15 y 17 años, que conocen casos de adolescentes y jóvenes que fueron engañadas con el falso empleo, e inclusive son conscientes de que las chicas pueden mentir respecto a su edad para seguir “trabajando”.

En sus relatos, los hombres mencionan que a las mujeres les retienen el DNI al llegar al prostibar o bar. Al preguntarles cómo saben si la joven es mayor o menor de edad, algunos indican que les preguntan, pero reconocen que ellas pueden mentir al respecto y decir que son mayores de edad sin serlo.

“yo cuando me ponía a tomar siempre le preguntaba primero su edad a la chica, mientras no me daba su DNI no aceptaba... y justamente encontraba menores de edad que tenían 16, 17 años y venían de Juliaca, Pucallpa, Piura, Trujillo... una chica me contó que vino con el fin de trabajar en una tienda en Puerto Maldonado, llegó a Puerto Maldonado y de frente la trajeron acá a La Pampa” (minero 1, 25 años).

Un entrevistado menciona que definitivamente hay menores de edad, pero responsabiliza a las chicas sobre esta situación mencionando que ellas cometen un delito, puesto que en su imaginario son las víctimas de trata, las adolescentes, las responsables y no el tratante adulto o adulta.

“Si están afuera (se refiere a mujeres menores de edad) hasta que no haya operativo, cuando hay operativo se desaparecen también. Ellas se esconden sabiendo que están cometiendo delito también... lo hacen, puede ser por falta de economía, más que todo por economía” (exminero 10, 36 años).

Los relatos de los hombres entrevistados no son uniformes, ya que sus narrativas son variadas, pero todas tiene un denominador común: reproducen de manera

consciente o inconsciente los pactos patriarcales sobre las mujeres, responsabilizándolas sobre su explotación o trata. Así, justifican el uso del cuerpo de las mujeres, inclusive de las menores de edad, con ideas derivadas de una masculinidad tradicional. Sin embargo, se debe precisar que algunos de los entrevistados dicen tener el compromiso de no tener relaciones sexuales con menores de edad. Esto podría explicarse porque saben que es un delito y no quieren verse involucrados ni directa ni indirectamente con actos que transgredan las leyes o porque tienen límites morales en sus deseos sexuales.

Sin embargo, para problematizar más el asunto, consideramos que cuando los hombres admiten que las mujeres mienten al decir sus edades, también están reconociendo que saben que existe la posibilidad de tener relaciones sexuales con una menor de edad. Al respecto, los hombres justifican la situación señalando que no hay manera de comprobar las edades. Es de notar que esta incertidumbre no los hace retroceder ni frena el consumo del cuerpo de mujeres.

Así, como parte de la hipersexualidad activa masculina, consideramos importante analizar por qué los hombres acuden a un prostibar. Para ello debemos valorar el peso que le otorgan al ejercicio activo de su sexualidad como parte de su hegemonía subordinada. Esta práctica no es una característica por sí sola, sino que, más bien, es una construcción social de una identidad impuesta social y culturalmente por el mandato masculino hegemónico.

Sobre la última pregunta, entre las principales razones

que manifiestan los entrevistados son las siguientes: porque no tienen pareja, porque es una obligación ir, porque tienen una necesidad inaguantable o naturalmente innata a su ser, porque no saben qué hacer en su tiempo libre y porque los prostibares son lugares de distracción y están a su disposición. Así, para ellos es natural priorizar el ejercicio activo de su sexualidad, ya que han sido formados para cumplir esos mandatos del capital masculino.

En el imaginario de los hombres es muy importante demostrar su virilidad y que esta sea reconocida por los demás, sobre todo por otros hombres para que se perfilen nítidamente su imagen de macho o de sujeto sexual activo. De esta forma, incorporan estas conductas y actitudes como parte esencial de su personalidad. Asimismo, en el imaginario de los hombres subyace la idea que requieren del servicio sexual en un prostibar, puesto que esto responde a una necesidad biológica. Ellos perciben su apetencia sexual como una necesidad biológica que responde a un instinto "natural". De esta forma, la sexualidad masculina es concebida como una fuerza poderosa irrefrenable que debe ser satisfecha.

Para algunos de los hombres se está a merced de los instintos, que deben ser satisfechos en forma perentoria y en los cuales, por ejemplo, la acción de las hormonas es inevitable e implacable. De esta forma, la naturaleza de lo humano está sobredeterminada por la base biológica de la especie. De manera directa, algunas manifestaciones apuntan a que lo cultural cede ante el empuje del llamado de las necesidades biológicas (Salas, 2004: 87).

“Todo hombre busca satisfacer su necesidad sexual, todo hombre busca eso en un bar, la borrachera te saca de control... si pagas por la chica puedes salir con 200 soles, eso es un día, la llevas a Mazuko, a Puerto, si te la llevas dos o tres días, es como un alquiler de la chica, se conversa con la chica y con el dueño, los tres y el hombre que paga, la chica le dice voy a salir y el dueño dice y paga 200 soles por día” (minero 3, 30 años).

Estas creencias están directamente relacionadas con el poder disciplinario transmitido, enseñado y apropiado en el cuerpo de los hombres. En palabras de Foucault (1973), el poder disciplinario puede caracterizarse como una captura exhaustiva del cuerpo. Al respecto, este disciplinamiento legitima una forma de ser hombre mediante una masculinidad patriarcal y si intentan transgredirla pueden ser sujetos de rechazo o ser identificados como femeninos.

Es así que esta hegemonía masculina se ha tomado como verdadera y se ha implementado como una norma en la sociedad. El poder de la hegemonía masculina domina el cuerpo de los hombres a través de dispositivos disciplinarios que han legitimado sus ideas, comportamientos y actitudes. Además, los entrevistados coinciden en declarar que pagan por sexo debido a que ellos se encuentran solos sin sus parejas, sin sus familiares que están lejos. La soledad sería un factor que los hombres consideran importante en sus relaciones personales. Satisfacer un vacío de afecto sería una de las razones por las que los hombres de La Pampa mantienen relaciones sexuales remuneradas. En

estos espacios, tal vez, encuentren una forma de retozo y/o de desahogo sentimental. Un cuidado, una forma de sentirse atendidos y procurados, por supuesto, por parte de una mujer (Vargas, 2012: 72).

Ramos (2001) menciona que la represión de las emociones es una característica importante en la construcción social de la masculinidad. Desde niños los hombres aprenden a soportar el dolor bajo el lema permanentemente repetido por los adultos de que “los hombres no lloran”, y de adolescentes y jóvenes evitan mayor intimidad con otros muchachos.

Es importante tomar nota que la gama de emociones no desaparece, simplemente se frena. Así, el intento por suprimir las emociones es lo que nos conduce a una mayor dependencia, puesto que, al perder el hilo de una amplia gama de necesidades y capacidades humanas, al reprimir la necesidad de cuidar y nutrir, los hombres pierden el sentido común emotivo y la capacidad de cuidarse (Kauffman, 1997). El poder que ostentan los hombres está viciado y muchos de sus privilegios suponen aislamiento, lo que causa dolor, angustia, soledad a ellos mismos (Ramos, 1997).

“Los hombres pagan por sexo debido a que ellos, por el trabajo, sus familiares, sus amigos, sus mujeres, sus chicas, sus enamoradas así están lejos de la ciudad, están a 100, 200 kilómetros posiblemente o estén en otro departamento y para ir un rato y desfogarse del sentimiento que tienen van y se meten con una prostituta... estaba triste porque lejos de tu familia, de tus hermanos, que no conoces

a nadie, que te enfermes, te pase algo y nadie vele por ti, es un poco triste y peligroso porque siempre allí hay lo que es secuestro, asalto, matanza a diario” (exminero 4, 30 años).

“Porque no tienen pareja o tienen a pareja y están esas ganas, o algunos tienen pareja con ganas de conocer otras mujeres, la miran y dicen cómo será experimentar con ella, quieren conocer su cuerpo, quiero ver cómo lo tiene, cosas que a uno se le pasa por la cabeza” (exminero 4, 30 años).

Los hombres en sus relatos indican que las chicas de los bares¹⁴ son sus “amigas”. Las denominan amigas porque les cuentan su vida. Algunos inclusive mencionan que las mujeres de los prostibares los escuchan cuando se sienten solos. Al ser hombres que han migrado solos, buscan establecer un vínculo, aunque no sea profundo ni real para tener quien los escuche.

“conversas, se vuelven tus amigas, te ayudan emocionalmente, a veces o te escuchan cuando estás con problemas; en cambio en el prostíbulo nada... en los bares las chicas te escuchan, te dan consejos algunos... te ayudan como consejeras (risas)” (minero 2, 28 años).

Los hombres, al no poder hablar sobre sus debilidades, sus sentimientos de soledad con sus pares, porque esto

¹⁴ Las mujeres que trabajan en los bares también pueden ser explotadas sexualmente o ejercer la prostitución.

iría en contra de los mandatos del capital masculino, buscan mujeres para que los escuchen. Otra de las razones por las que acuden a los prostibares es para distraerse y a la vez porque tienen dinero suficiente para pagar por el cuerpo de la mujer de su preferencia. Los cuerpos de las mujeres son objetos que se pueden comprar, que están a merced de los hombres a cambio de una transacción económica para su goce, satisfacción sexual y diversión.

“Mayormente los hombres cuando tengan oportunidad de ir, mayormente casi siempre porque después del trabajo... tienen toda la noche libre y se van ahí, un rato a pasar el tiempo; como es monte, selva y no hay nada adentro, van un rato a los bares a lo que es ver a las chicas, escuchar música, a tomar un rato, por distracción” (exminero 4, 30 años).

Resulta importante conocer si los hombres prefieren mantener relaciones sexuales con las chicas de los prostibares más que con sus parejas. Sobre esto, las respuestas han sido afirmativas en la mayoría de los casos. De acuerdo con los testimonios, ellos acuden a los prostibares porque tienen una necesidad, un instinto natural y además necesitan mujeres con experiencia en la actividad sexual. Así, se evidencia nuevamente en la narrativa de los varones el discurso del instinto natural e incontrolable. En el imaginario de los hombres, las mujeres no sienten esa necesidad con la misma intensidad que ellos. Estas creencias responden a ideales hegemónicos de la feminidad.

“Sí, la mayor gente acá prefiere acudir a los

prostibulos... porque me gustaba y porque tenía esa necesidad” (minero 1, 25 años).

La forma de legitimar el sentido de acudir a sitios como los bares y prostibares es atribuir al deseo sexual la condición de un instinto irrefrenable basado en una supuesta necesidad biológica. Así también, las chicas de los prostibares son estigmatizadas por el tipo de trabajo que realizan, ya que los entrevistados consideran que no son mujeres con las que mantendrían una relación sentimental.

“...antes me gustaban chicas así, chicas de bares me gustan como amigas, pero tener una relación para ser mi esposa, no. Prefiero a chicas que son humildes, que son de casa, hogareñas, tú ves una relación; porque si ves a una mujer del bar ya no es igual como una chica que viva junto con su mamá” (minero 1, 25 años).

Las preferencias por las mujeres de los bares y prostibares están vinculadas al erotismo que estas les generan. Al respecto, Motta menciona que la mujer mestiza, frecuentemente y por lo menos antes de agotarse en repetidos embarazos, es concebida como impetuosa y llena de “libido” (2011: 35). La población indígena, sin embargo, no habría sido marcada de la misma manera por la hipersexualización. Aunque el acceso sexual a mujeres indígenas por parte de hombres de grupos dominantes también ha sido frecuente, este hecho parece haberse basado menos en su denominación como seres sensuales y atractivos que en su disponibilidad. Motta cita a Canessa, en un

estudio desarrollado en Bolivia, “donde constata este hecho al afirmar que: ‘Aquí el deseo sexual parece estar construido no de una estética sensual, sino de una erótica del poder’ (2008, p. 74). El trato estaría marcado por el abuso y la violación, sin mención a la sensualidad y sí a la “indianidad”, entendida como condición de animalidad e inferioridad y, en esa medida, como justificación para el acceso sexual irrestricto, y afirmación de poder y dominación” (Motta, 2011: 58).

En el caso de la erotización de las mujeres de origen quechua, también consideramos que existe esta condición de inferioridad y de afirmación de poder de parte de los mineros hacia las mujeres que se encuentran en los bares y prostibares, quienes provienen de su misma condición económica y procedencia. Ellas son subalternizadas con la finalidad de plasmar sus fantasías sexuales mediante un acceso sexual irrestricto de sus cuerpos. De esta forma, existe una erotización de estos cuerpos con afán de dominación.

3. Percepciones de los hombres sobre las mujeres que se encuentran en prostibares y bares

Las mujeres que se encuentran en condiciones de prostitución o negocios vinculados a la prostitución son consideradas cuerpos disponibles. Al respecto, Segato (2006) refiere que el cuerpo de las mujeres en contextos de violencia son cuerpos desechables, cuerpos prescindibles, cuerpos borrables y si, además, es una mujer pobre, es considerada como un territorio de conquista. En sus palabras, el poder del más fuerte se escribe sobre los cuerpos de lo más vulnerables de la sociedad; es decir, sobre las mujeres y las niñas. ¿Qué

es una mujer?, ¿qué es una mujer si además es pobre?, ¿qué es sino un territorio para que el poder disponga de él a su antojo?

Segato explica que, a lo largo de la historia del género, la producción de la masculinidad obedece a procesos diferentes a los de la producción de la femineidad. La masculinidad es un estatus condicionado a su obtención que debe ser reconfirmado por una cierta regularidad a lo largo de la vida, supeditado a la exacción de tributos de otro que, por su posición naturalizada en este orden de estatus, es percibido como el proveedor del repertorio de gestos que alimentan la virilidad. En otras palabras, para que un sujeto obtenga un estatus masculino es necesario que otro sujeto no lo tenga. Así, la estructura que relaciona lo femenino y lo masculino establece un orden simbólico marcado por la desigualdad que se encuentra presente y organiza todas las otras escenas de la vida social regidas por la asimetría (2006: 20-21). Precisamente este estatus masculino es el que se puede observar en las narrativas de los entrevistados al calificar a las mujeres que se encuentran en los prostibares como cuerpos que se exhiben para fichar y para hacer pases (prostituirse y vender licor)¹⁵. Sin embargo, también, identifican que hay un grupo de mujeres que son explotadas o trabajan porque necesitan subsistir, pero a pesar de ello continúa su concurrencia a los prostibares.

¹⁵ Fichar se denomina a la venta de bebidas alcohólicas y pase a mantener relaciones sexuales con el cliente. Sin embargo, de acuerdo a los propios entrevistados en los bares, también, se puede contactar a una mujer y ofrecerle tener relaciones sexuales a cambio de dinero.

a) Mujeres de los prostibares “trabajan” por necesidad económica versus les gusta el dinero fácil

Los entrevistados coinciden en mencionar que las mujeres se encuentran en la prostitución porque tienen necesidades económicas, porque necesitan dinero para estudiar, para lograr tener un negocio propio o para mantener a sus hijos/as. Al igual que ellos, trabajan en La Pampa por la necesidad de mejorar sus ingresos económicos.

“Vienen a hacer su plata, así como nosotros, agarran plata y se van a terminar sus estudios o a poner un negocio por otro lado...” (minero 2, 28 años).

“Las chicas que fichan son las que están exhibiendo su cuerpo, que se prostituyen... ellas mismas se ofrecen a veces por la necesidad que tienen... mujeres de la calle... están que exhiben su cuerpo” (minero 1, 25 años).

De acuerdo con los testimonios, existe una suerte de empatía diferenciada con las mujeres que brindan servicios sexuales, puesto que los hombres, inclusive, se identifican con ellas, porque se encuentran en La Pampa por la misma razón que ellos: la de generar más ingresos. Sin embargo, existe una diferencia en las subjetividades de los hombres mineros ilegales entrevistados, ya que al referirse a ellas lo hacen de manera despectiva, se filtran en sus frases concepciones discriminatorias y objetivizantes sobre las mujeres: “esas”, “les gusta”, “tienen sexo por plata”.

Los hombres perciben a las mujeres como objetos

sexuales, como productos que se encuentran en venta y las responsabilizan de su situación. Además, mencionan que ellas ofrecen sus servicios sexuales porque les gusta el dinero “fácil”, porque están acostumbradas a ganarse la vida ofreciendo sus cuerpos, porque no saben controlarse y prefieren llevar una vida de perdición, aluden a los valores y a la crianza de los padres responsabilizándolos a ellos o a las chicas por decidir este “tipo de vida”.

“Bueno, por su profesión creo que es bueno, y algunos que no a veces... hay chicas también que trabajan y que de repente no vienen por la necesidad. Bueno, normal para ellos, porque en sí pierden tiempo, se malogran... Llegan a la perdición, no se controlan...” (exminero 8, 38 años).

“Con lo que he visto y comentan... ellas mismas vinieron a trabajar, algo por ahí, porque no lo veo presionada nada... Bueno, muchas chicas que se corrompen, yo diría que tendrían un poquito más de control en ese campo. Más que todo hablar con los padres, inculcar que tengan un poco más de cuidado con sus hijos, que sepan educarlos como uno legalmente quiere. No me parece nada bueno que chicas estén divirtiéndose con alcohol en los bares, prostibares” (minero 9, 39 años).

Además, existe una carga moral acerca de los servicios sexuales que brindan las mujeres, una sanción social vinculada a su comportamiento, sin reconocer que ellos son los clientes y consumidores de mujeres. Al respecto, la narrativa de los hombres es compleja, ya

que, por un lado, se muestran empáticos con ellas y, por otro, emerge en ellos el ejercicio de poder sobre sus cuerpos; es decir, como hombre hegemónico compra los servicios sexuales para complacerse, pero también quiere creer que lo hace para ayudar a la mujer frente a su necesidad económica, sin asumir que la mujer a cambio de la retribución económica debe brindarle un servicio sexual. De acuerdo con Segato, la cosificación del cuerpo de las mujeres por parte de los hombres es una forma de exhibir su capacidad de dominio, la que debe ser reeditada con cierta regularidad y puede ser asociada a los rituales de renovación de los votos de virilidad (2013: 29).

Por lo tanto, existe una masculinidad hegemónica subordinada al cosificar el cuerpo de las mujeres al servicio de los hombres. Así, esta cosificación se explica porque lo ha naturalizado en sus diversas experiencias de vida. Los diversos socializadores como la familia, los amigos, la escuela y los medios de comunicación, entre otros, han disciplinado su cuerpo y su pensamiento para que perciban a las mujeres como objetos sexuales.

Nueve de los entrevistados reconocen que las mujeres llegan a La Pampa con la finalidad de culminar sus estudios o de poner un negocio o que las han llevado con engaños. Las mismas mujeres les relatan sus historias o parte de ellas. Algunos les creen, otros no, algunos dudan de su versión, pero, finalmente, en la subjetividad de la mayoría de los entrevistados, las mujeres ya sean adolescentes o jóvenes ofrecen sus servicios sexuales porque les gusta tener una vida fácil. Ellos sostienen un discurso estigmatizante que es reforzado por la

sociedad. Este es el pensamiento que se ha identificado en el imaginario de los varones entrevistados como una expresión de la cosificación del cuerpo de las mujeres como objeto del disfrute del placer sexual.

“...otros lo hacen, porque ya realmente están acostumbradas a ese deseo de acostarse, porque ya lo ven como cualquier cosa ahora, como dicen, cuántas personas pueden pasar por acá, ya es normal” (minero 1, 25 años).

“Ellas mismas vienen, poco a poco entran a ese ambiente las chicas, al final les gusta o encuentran amigos, les pagan más y de ahí es que empiezan poco a poco, porque de golpe no; claro hay otras que sí trabajan en eso, hasta vienen menos cambiadas y ya muchas salen en minifaldas, pucha, saben, todo aprenden...” (minero 6, 30 años).

En las narrativas de los hombres se puede identificar el gusto de las mujeres por el dinero “fácil”, la percepción que las mujeres tienen como objetivo el poder beneficiarse, principalmente, de su dinero y también que usan a los hombres como fuente para sus ganancias. Tres de los entrevistados mencionan que las chicas que se encuentran en los bares, con la cuales también pueden mantener relaciones sexuales remuneradas, se “aprovechan” de los hombres, ya que ellas están con ellos por un tiempo (días o semanas completas) a cambio de un pago por los días que prestan el servicio. Los hombres opinan que las chicas de los bares solo mantienen una “amistad” por interés y que los hombres no se dan cuenta de eso. Los hombres se construyen

como víctimas de las mujeres.

“Hay algunas serranitas que llaman para que compren ropa, les compran ropa solo por querer estar con ella, y hay algunas limeñitas que los agarran de serranitos” (minero 2, 28 años).

Los hombres pueden llegar a gastar en un bar o prostibar entre 800 y 1000 soles en una noche, además entre 200 a 300 soles para mantener relaciones sexuales. Estos gastos los consideran inclusive como un aprovechamiento de las mujeres hacia ellos. En sus relatos tienen un discurso contra las mujeres que trabajan en los prostibares, puesto que las culpan de ser materialistas, las califican como interesadas y señalan que ellas tienen el objetivo de “arrebatarles” su dinero.

“A los que están llegando principalmente, se aprovechan las chicas de los que llegan, mayormente son de afuera... de Cusco, Juliaca, mayormente de ahí están viniendo. Les sacan dinero por interés... Tarde se dan cuenta, y recién se enteran de que la vida es así... que hay buenas y malas” (minero 2, 28 años).

No solo en los prostibares se paga por sexo, también en los bares se negocia sexo remunerado, ya que ambos espacios son considerados como puntos de contacto para mantener relaciones sexuales con mujeres. El pago en los bares oscila entre 40 y 70 soles aproximadamente. El capital masculino que es netamente hegemónico se pone en marcha con las relaciones sexuales, y también con los pagos y con la capacidad de gastar. Los hombres necesitan demostrar que pueden gastar

cantidades extremas de dinero, pagando por sexo, por consumir alcohol sin tener un límite. Esto los hace sentirse valiosos y con poder en el marco del mito del “hombre exitoso”.

“Será 800 o tal vez 1000 soles por fichar una chica, no se puede tener una cifra exacta” (minero 2, 28 años).

“Una noche he gastado como 1000 soles, pero nunca he sido buen fichador” (minero, 30 años).

b) Mujeres que se encuentran en situación de trata y explotación sexual

Ocho de los quince entrevistados mencionaron que sí existe trata de personas, mientras que los otros lo mencionan indirectamente, pero sí perciben que existen una situación de explotación.

“Pero siempre la trata de personas, de repente quizá te traen con engaños, sí he escuchado a veces que te traen con engaños; primero que nunca te van a decir vas a hacer esto, vas a trabajar en refrigerio te dicen, te voy a pagar tanto...” (minero, 30 años).

“Claro, otros así lo traen con engaños y la hacen trabajar así en el bar, a veces las chibolas de los bares vienen sin plata, no tienen cómo regresar y no conocen a nadie, tienen que trabajar para su pago” (minero 11, 24 años).

Es importante indicar que seis de los 15 entrevistados mencionan que no existe explotación y que las mujeres se encuentran ofreciendo sus cuerpos por voluntad propia.

En los entrevistados surgieron relatos y frases comunes.

“No creo ah (al referirse a la explotación), si paran alegres... no cuando una está explotada se va, agarra sus cosas y se pelea, aquí vienen porque quieren ganar su plata...” (minero 8, 38 años).

“...hay muchas que son independientes, en cada hostel encuentras en la puerta ahí ofreciéndose como cualquier cosa... solamente pagas a la encargada y tú solamente pasas a la habitación y ahí tienes relaciones. A mí, en verdad, no me gusta, como decir su vida, no se quieren, lo ven el trabajo fácil para ellas y así ganar dinero. Creo que si yo fuera mujer estás haciendo que pasen hombres que no tienen autoestima para estar haciendo ese tipo de trabajo; no quieren esforzarse en nada, como dicen abren su pierna y ya...” (minero 7, 31 años).

Incluso, un entrevistado se muestra indignado porque considera que la trata o explotación de mujeres es una mentira creada por la prensa:

“Todo eso es mentira, hace años arrastran a la prensa y dicen hay trata de personas, hay personas que cuando ya están ya con la mano en la masa dicen: ‘sabes que me han traído a la fuerza’, es mentira, nadie te trae a la fuerza... me indigna cuando dicen eso... porque saben que trabajan mayormente puro bares, entonces si me dicen vamos a trabajar a Puerto Maldonado, a La Pampa, entonces... sabes muy bien... acaso lo tienen amarrado... por ahí están andando, por frente de la

policía todavía, acaso son capaces de decir, ‘señor, me están explotando, explotación de menores, me están haciendo trabajar a la fuerza’, cuando llega recién la intervención, recién dicen ‘me han traído a la fuerza’...” (minero 3, 30 años).

En esta narrativa consideramos que existe una suerte de negación sobre la explotación sexual y la trata de mujeres que existe en los prostibares de la zona de La Pampa. Es una forma para no comprometerse con las vivencias de las mujeres, para evadir su responsabilidad y culpa como clientes que fomentan la compra del cuerpo de mujeres que viven en esta situación de extrema subordinación y vulnerabilidad. Al respecto, los hombres entrevistados no son ajenos a conocer que la trata y explotación son delitos. Por lo tanto, el participar directa o indirectamente los hace cómplices, ya que esto sería una de las explicaciones de esta negación a la que nos referimos. Además de la negación para no sentir culpabilidad, consideramos que interviene aquí una serie de relaciones asimétricas de género, puesto que los mineros, a pesar de encontrarse en una situación de dominación, son los que en su condición de clientes controlan el cuerpo de las mujeres que se encuentran en los prostibares y bares, muchas de ellas en situación de trata y explotación.

En este sentido coincidimos con Segato, quien menciona que los actos de violencia contra las mujeres (la trata y explotación sexual son considerados tipos de violencia hacia las mujeres) son estructurales y se comportan como una lengua capaz de funcionar eficazmente para los entendidos, los avisados, los que

hablan, incluso cuando no participen directamente en la acción enunciativa (como los mineros-clientes). Es por eso que, cuando un sistema de comunicación con un alfabeto violento se instala, en este caso, tal como se ha instalado en La Pampa, es muy difícil desinstalarlo, eliminarlo. Así, la violencia constituida y cristalizada en forma de un sistema de comunicación se transforma en un lenguaje estable y pasa a comportarse con el casi automatismo de cualquier idioma (Segato, 2006: 31). Por lo tanto, al existir relaciones desiguales de poder y de dominio instaladas, son los cuerpos de las mujeres las que se encuentran en mayor situación de vulnerabilidad.

De la misma manera, los hombres entrevistados consideran que el trabajo en un bar, tal como lo mencionan con el “trabajo” que realizan las mujeres en el prostibar, es una labor fácil, que no requiere esfuerzo. Al respecto, esto respondería a un discurso hegemónico de objetivización del cuerpo de las mujeres, así como a un discurso misógino y discriminatorio sobre las mujeres que trabajan en los bares sin analizar que la cantidad de alcohol que deben de beber le hace daño a la salud y sin tomar en cuenta que trabajan un promedio de doce horas diarias sin seguridad social sometidas a presiones como ser multadas si salen y no regresan a la hora, entre otros.

La masculinidad hegemónica subordinada implica el disciplinamiento del cuerpo y del pensamiento del hombre para cosificar el cuerpo de las mujeres y, de esta manera, ejercen su hegemonía, invisibilizando y negando inclusive las condiciones de subordinación, dominación y explotación que atraviesan las mujeres

con las que se relacionan.

“...creo que ellas mismas vienen a buscar su trabajo. No creo que le han traído a la fuerza o enmarrocada, ellas vienen a buscar la economía, a trabajar y por ahí encontrarán la parte más suave que es trabajar en el bar sentada bajo la sombra nomás... No creo, no son presionados siempre, salen a la calle a comprar, a comer” (minero 10, 36 años).

La sujeción a la hegemonía es evidente en las subjetividades de los hombres entrevistados cuando de sexualidad remunerada se trata. Los hombres toman a las mujeres como objetos de posesión. Esto prevalece como un “derecho” masculino y a la vez este comportamiento es naturalizado, porque, en realidad, los hombres han sido disciplinados y socializados para que objetivicen el cuerpo de las mujeres.

“Allá las chicas que hacen eso todas son libres, todas son libres para el dinero, por el dinero son libres, ese es su trabajo de ellas, tú vas, le pagas y puede estar contigo. El dinero manda allá” (minero 7, 31 años).

Tres de los entrevistados consideran que las mujeres con las que se relacionan podrían estar siendo explotadas sexualmente o podrían ser víctimas de trata de personas. También consideran que las mujeres venden sus cuerpos por una necesidad económica y que debería erradicarse este tipo de violencia. Sin embargo, creen que las propias mujeres permanecen en esta situación porque se acostumbran, ya que asumen que ellas tienen

la libertad de salir de las condiciones en las que viven, porque no las ven encadenadas. Por lo tanto, para ellos su permanencia es voluntaria. De la misma manera, añaden que ellas mismas deben de recapacitar y no realizar ese tipo de trabajo, es decir, solo depende de ellas salir de esa situación. En torno a los testimonios, se puede plantear que los hombres entrevistados colocan la responsabilidad de la explotación sexual en las mujeres, puesto que con ello se liberan de su responsabilidad en la compra y explotación de sus cuerpos. Asimismo, sus propias narrativas refuerzan discursos misóginos sobre las mujeres que ejercen la prostitución, ya que ellas son concebidas como malas, pecaminosas, fáciles y sin honra.

A partir de esta situación, es importante mencionar a Segato (2006:34), quien argumenta que el cuerpo de la mujer es considerado como la posición de quien rinde tributo, de víctima, cuyo sacrificio y consumición podrán ser fácilmente más absorbidos y naturalizados por la comunidad. Es, precisamente, la comunidad quien se suma más y más a una espiral de misoginia que le permite depositar en la propia víctima la culpa por la crueldad con la que fue tratada.

Segato, al investigar sobre las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez, indica que estas se transforman rápidamente en prostitutas, mentirosas, fiesteras, drogadictas y en todo aquello que pueda liberar de la responsabilidad y de la amargura de su suerte injusta. De esta forma, si realizamos un símil con el feminicidio en Ciudad Juárez y la trata y explotación de mujeres que existe en La Pampa, consideramos que es la

misma situación por la que los mineros-clientes las responsabilizan de su propia explotación y las califican con términos machistas y misóginos. En este escenario, los hombres perciben a dos tipos de mujeres: la mujer honorable con la cual se comprometen en una relación amorosa a largo plazo y aquella mujer-objeto-prostituta (Vargas, 2012: 77).

“Yo creo que las personas que están en los bares y prostibares deben ser explotadas de una y otra manera, porque ese trabajo tan arduo de noche de ofrecer su cuerpo no es normal para una persona... ese trabajo de esas chicas en los prostibares no se debería desarrollar porque estamos maltratando sexualmente a las mujeres y dañando lo que es una futura promesa profesional; las chicas creo que deberían pensar y reflexionar sobre sus vidas...” (exminero 4, 30 años).

“Lo que yo he conversado con las chicas, mayormente creo que la traen engañándolas, dándole un trabajo que no es verdad... cuando llegan acá les quitan su DNI... son chicas que tal vez ni siquiera conocen este lugar, esta zona, son de afuera que por primera vez están viniendo, los traen con engaños creo... Ya creo que depende de cada uno, a menos que sea alguien que lo han engañado, una menor de edad que lo traigan de Cusco, ya ahí creo que es explotación porque está contra su voluntad, lo han engañado. Pero más no creo” (exminero 5, 24 años).

CAPÍTULO V: Políticas públicas y masculinidades

Alcances sobre políticas públicas en masculinidades

Un factor central para analizar la violencia de género es el estudio de las masculinidades, partiendo de la presente investigación con varones en un contexto particular y de acuerdo con los hallazgos encontrados, resulta importante generar alcances que apunten a llevar a una escala mayor, más allá de la investigación, es decir, a generar intervenciones para desarrollar programas y generar políticas públicas.

La investigación ha demostrado que los hombres entrevistados se encuentran sujetos a la hegemonía, representada por la demostración constante de su hombría, asociadas al prestigio y al poder, a la demostración de su virilidad, mediante el ejercicio de la hipersexualidad. La hipersexualidad funciona como dispositivo de poder al cosificar el cuerpo de las mujeres jóvenes al servicio de los hombres, como objeto de su placer sexual. En la investigación, los hombres toman a las mujeres como objetos de posesión, asimismo, esto prevalece como un “derecho” masculino y a la vez este comportamiento es naturalizado.

Un número creciente de experiencias de programas con hombres y niños a través del mundo, ha confirmado que la educación grupal, la orientación y las actividades promocionales de la salud preventiva implementadas por ONG comunitarias, en clínicas sanitarias, en el

ámbito escolar y a través de los medios de comunicación masivos pueden influenciar los comportamientos y las actitudes de hombres en aspectos de la equidad de género (Barker, Ricardo & Nascimento, 2007). Estos cambios han sido documentados en una gran variedad de áreas incluyendo las de salud sexual y reproductiva, prevención del VIH y tratamiento y cuidado del SIDA, reducción de la violencia de género, salud infantil y materna, participación de hombres como padres y comportamientos de hombres en el cuidado de su propia salud (Barker y Greene, 2011:24).

Por lo tanto, si se desea prevenir, atender y eliminar la violencia de género contra las mujeres, es indispensable aludir al propio sistema social, es decir, a los factores estructurales, sociales, culturales y subjetivos del modelo de género; de tal forma que quien cosifica y subordina el cuerpo de las mujeres para demostrar “hombría” sea parte de las respuestas, es decir, que las alternativas de cambio no se enfoquen únicamente en empoderar a las mujeres, los hombres son parte de la solución porque se encuentran inmersos en la problemática.

En este sentido, al diseñar políticas públicas de igualdad se deben involucrar a los hombres, porque se trata de cambiar las relaciones de género jerarquizadas y sexistas basadas en estereotipos y roles de género que propician las desigualdades y que son punto clave para generar violencia de género.

Consideramos clave que las políticas de equidad de género deban centrar las acciones en atender las

desventajas relacionadas con el género y la violencia de género hacia las mujeres, en ese proceso es que deben involucrar a los hombres. Aún son desafíos y urgencias que atender.

Es también esencial entender la subalternización y subordinación que atraviesan los hombres en un sistema de relaciones sociales, culturales y económicas sostenidas por el patriarcado que disciplina el cuerpo de los hombres para ejercer la hegemonía y el dominio del cuerpo de las mujeres y la importancia de las políticas públicas para abordar estas complejidades.

De hecho, la equidad de género debe ser tomada como una causa que no es solo para las mujeres, sino que es igualmente dirigida a encontrar los caminos para “reducir la presión en hombres y niños de ajustarse a rígidas y peligrosas formas de masculinidad” (Ruxton, 2009).

Recordemos que los organismos internacionales, a partir de 2004, llegan a conclusiones sobre el papel de los hombres y los niños en el logro de la igualdad de género (48° período de sesiones de la Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer de Naciones Unidas).

Asimismo, tenemos el marco normativo internacional: la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible de la Naciones Unidas (2015): “Se eliminarán todas las formas de discriminación y violencia contra las mujeres y las niñas, incluso mediante la participación de los hombres y los niños”; el Compromiso Estratégico para la Igualdad entre Mujeres y Hombres 2016-2019 de la Unión Europea: establece que en todas sus

áreas prioritarias “se prestará atención al papel de los hombres”; el Convenio de Estambul (2014) sobre violencia de género señala que “las partes tomarán las medidas necesarias para animar a todos los miembros de la sociedad, en particular los hombres y los niños, a contribuir activamente a la prevención de todas las formas de violencia incluidas en el ámbito de aplicación del presente Convenio”.

En ese sentido, la política pública nacional debería actuar en estrecha vinculación con el marco normativo internacional, debemos avanzar en el reconocimiento de las diversas masculinidades que existen en el sistema patriarcal y hegemónico, así como en los costos que implican desmontar estos mandatos del capital masculino que causarían sin duda la mejora en la equidad e igualdad.

Se hace inevitable incorporar una mirada desde las masculinidades al hablar de perspectiva de género en las políticas públicas, para poder desarticular las prácticas que refuerzan la desigualdad. Uno de los objetivos de la política pública es su integralidad y el propósito de la igualdad requiere incorporar a las masculinidades, porque no es suficiente empoderar a las mujeres, también se hace necesario trabajar con los hombres para desmontar los mandatos masculinos hegemónicos.

Desde el modelo ecológico debería implementarse una política estratégica que involucre los diferentes niveles que la componen: macrosistema, exosistema, mesosistema y microsistema. Es decir, las acciones

de igualdad no solo estarían dirigidas a las conciencias de las personas, hombres y mujeres, sino también a la comunidad, a la ley, a las instituciones y a la sociedad.

En este caso, se requiere de una estrategia política dirigida a la educación, a la familia, a la sociedad y a los medios de comunicación, es decir, al nivel micro y macrosocial que incida en las diferentes etapas de vida de los hombres y en su entorno. El diseño de políticas debe contar con un acercamiento a la ciudadanía, al contexto, a la legislación y a las creencias e imaginarios.

En ese sentido, brindamos estos alcances que consideramos importante que puedan implementarse como políticas públicas en el ámbito de las masculinidades:

- **Generar evidencias.** Incorporar en los estudios de género el enfoque de interseccionalidad para comprender qué significa ser hombre, considerando que no es lo mismo ser hombre en un contexto urbano que en uno rural, migrante, en condiciones de subordinación y hegemonía, por su procedencia, origen étnico-racial, condiciones de trabajo, educativos, en situación de pobreza, exclusión, entre otros. Asimismo, estudios de género que analicen la masculinidad o masculinidades no como un terreno plano u homogéneo, sino en donde la hegemonía y subordinación conviven en un mismo sujeto, en un mismo hombre, y ambas se yuxtaponen en sus prácticas, vivencias, actitudes y formas de actuar.

- **Educar para formar masculinidades igualitarias, respetuosas y equitativas.** Desde la primera infancia

hasta la educación superior, incluir en el currículo educativo la sensibilización, análisis y pensamiento crítico en la reproducción de los estereotipos y representaciones, imaginarios, mandatos masculinos que propician y legitiman la desigualdad, los privilegios masculinos y la violencia. Empoderar a la generación de adolescentes y jóvenes para ser parte del debate acerca de políticas y del activismo de justicia de género es crucial para lograr el cambio.

- **Desarrollar capacidades en los operadores de servicios, funcionarios y operadores de justicia**

para fomentar la autorreflexión y análisis crítico de las prácticas machistas propias de los mandatos masculinos hegemónicos, así como para que, en sus funciones, realicen acciones de manera responsable y comprometida con la prevención de la violencia de género, la reproducción de estereotipos y la lucha por la igualdad. En el caso de operadores de justicia, de manera esencial es imperativo desarrollar capacidades y habilidades para que puedan impartir justicia desde una perspectiva de género, analizando y cuestionando los mandatos masculinos, desmontando los imaginarios sociales y culturales que terminan revictimizando a las sobrevivientes de violencia.

- **Implementar la Educación Sexual Integral (ESI)**, que resulta imperativo en el sistema educativo para erradicar los estereotipos de género y que desde la infancia los hombres puedan construir masculinidades respetuosas e igualitarias.

Un abordaje temprano de manera crítica respecto de los

estereotipos de la masculinidad permite vínculos más saludables donde se pueda aprender de consentimiento y reciprocidad, donde puedan comenzar a reconocer a lo femenino en tanto pares y semejantes, sin construir relaciones de jerarquía y al mismo tiempo, donde puedan ellos mismos expresarse de una manera más libre, más autónoma y saludable, sin verse presionados a acatar los mandatos normativos de la masculinidad que se consolidan en esas construcciones identitarias (Fabbri, 2020).

• **Presupuesto público para aplicar el enfoque de género con perspectiva de masculinidades.** El mayor desafío es el presupuesto público, porque si el que se tiene para las mujeres de por sí es escaso, el dirigido para los hombres es menor y por lo tanto una limitante. En este sentido, tendría que haber estrategias que incluyeran a los hombres como factor clave del cambio en las relaciones de género y en la incidencia que tienen en la prevención y eliminación de violencia contra las mujeres. La importancia de ello radica en realizar intervenciones más integrales que pueden incidir de forma efectiva para el avance hacia la igualdad y si además se considera como tema prioritario mostrar a la sociedad que existen otras formas de ser hombre, que no exigen mantener subordinación y poder hacia lo femenino, se facilitaría la prevención y posterior cambio más igualitario. Es importante que las políticas públicas se enfoquen no solo en las consecuencias de la desigualdad, sino en su prevención para evitar la producción hegemónica de prácticas sexistas que generan violencia contra las mujeres.

- **Trabajar desde el sector salud**, desde un enfoque que incluya al modelo hegemónico de masculinidad como un factor de riesgo para la salud del hombre y de quienes le rodean, puede ser el principio del cambio. A través de dicha perspectiva se pueden identificar y modificar comportamientos que provocan daños para el hombre y otras personas, generar procesos reeducativos que lleven a los hombres a conocer otros modelos de masculinidad, promover y fortalecer la importancia de la prevención, del valor de su salud, de la protección de su vida y la de quienes le rodean, y visibilizar, desde un ejercicio de responsabilidad, la violencia que ejercen. Los espacios de salud brindan una excelente oportunidad para el abordaje preventivo del problema (Vargas, 2012: 42).

- **Medios de comunicación con perspectivas de masculinidades**, porque juegan un papel preponderante en la formación de criterios, opiniones, percepciones e incluso en la manera de comprender el mundo. Lamentablemente, los medios de comunicación reproducen conocimientos, creencias y actitudes que legitiman la tolerancia social de la violencia de género, por lo tanto, es importante sensibilizarlos para que sus contenidos comunicacionales no legitimen los mandatos masculinos hegemónicos, así como para que sus discursos sean vigilados y sancionados las veces que sean necesarias para evitar la reproducción y naturalización de prácticas machistas, androcéntricas, violentas y sexistas.

Estos alcances y propuestas, por supuesto, son más fáciles de escribir que de implementar; sin embargo,

consideramos que pueden ser alternativas a trabajar en materia de políticas públicas, para ello es indispensable voluntad política y presupuesto.

Conclusiones

Nuestro trabajo en La Pampa, zona de explotación ilegal de oro en Madre de Dios, evidencia que es un espacio androcéntrico cuyas actividades se encuentran focalizadas para dar servicio a los miles de hombres que trabajan en la zona productiva.

La Pampa tiene dos zonas diferenciadas, una que asemeja a un centro productivo y otra a un centro comercial. En ambas, se producen y reproducen los estereotipos de la masculinidad del sistema patriarcal. El análisis de las condiciones de vida en La Pampa en estas dos zonas y de las percepciones de los trabajadores mineros ilegales sobre su trabajo, sus roles, sus relaciones amicales afectivas y particularmente sobre las relaciones sexuales remuneradas que mantienen con mujeres adolescentes o jóvenes en situación de explotación o trata, nos ha permitido identificar que los hombres no solo ejercen una masculinidad hegemónica, sino también, son protagonistas de una masculinidad hegemónica subordinada.

Como se ha explicado, La Pampa representa un espacio económico de minería ilegal en la zona de amortiguamiento de la Reserva de Tambopata. Creció de manera exponencial de manera paralela al crecimiento del precio del oro en el mercado mundial en 2012. A este espacio llegaron miles de hombres pobres y desocupados buscando el trabajo que le era

negado en sus zonas de origen. La Pampa productiva se crea y organiza por y para hombres que decidieron vivir de la minería ilegal asumiendo el desafío vivir y trabajar en una zona rural no urbanizada y al margen de la ley. Asimismo, los hombres de La Pampa comparten características semejantes que las mujeres adolescentes y jóvenes explotadas en los bares y prostibares, ya que son migrantes en su mayoría, con estudios de primaria o secundaria incompleta, sus condiciones de pobreza y pobreza extrema los expulsa de sus lugares de origen en búsqueda de oportunidades laborales. Se puede observar, también, que existe una marcada ansiedad en los hombres por generar ingresos, lo cual se puede justificar por la búsqueda de sobrevivencia. Sin embargo, no solo es parte de esta situación económica, sino que en los hombres existe una fuerte carga y mandato del capital masculino que es cumplir con su rol de proveedor. Todos los hombres entrevistados mantienen a algún familiar cercano: esposa, hijos(as), madre, hermanos, entre otros y mediante su trabajo en la minería envían transferencias de dinero a algún familiar.

Es en este espacio generizado y androcéntrico donde los hombres se encuentran sujetos a cumplir con valores y prácticas del sistema patriarcal machista, ya que ellos ejercen los mandatos del capital masculino como parte de su estrategia de sobrevivencia: ser un hombre fuerte que asume riesgos, valiente ante la adversidad, independiente, seguro, agresivo, que muestra un alto desempeño heterosexual; lo cual incluye la compra del cuerpo de mujeres jóvenes y adolescentes para mantener relaciones sexuales. En este sentido, los testimonios de los hombres dan cuenta

de sus imaginarios al mencionar, por ejemplo, que si no existieran las relaciones sexuales remuneradas con mujeres existirían violaciones. Al respecto, aunque el pensamiento higienista es de larga data, es necesario identificar su vigencia en el imaginario de la población masculina (adulta), ya que, precisamente, esta corriente higienista asume que, para salvar a todas las mujeres, un grupo de ellas debe ser sacrificada para contener el deseo sexual innato e irrefrenable de los hombres. Esta convicción de la naturaleza descontrolada de los hombres justifica incluso que se ignore o no se considere importante la situación de trata o explotación sexual de mujeres jóvenes y adolescentes.

Un hallazgo importante está vinculado a la convivencia de la masculinidad hegemónica y subordinada en un solo cuerpo, que se observa al analizar las actividades y roles que cumple el hombre en los dos espacios de La Pampa. Al respecto, el espacio productivo es aquel en el que se visualiza con mayor nitidez la subordinación hegemónica, ya que en este los hombres doblegan su cuerpo para resistir las condiciones precarias de trabajo en jornadas de 12 a 24 horas diarias, enfrentando calor, frío, sol y tareas que saben que pueden terminar con su vida, con la finalidad de cumplir con su rol de proveedor y para satisfacer a su familia. Al mismo tiempo, genera el dinero suficiente para cumplir con otro de los mandatos del capital masculino: ejercer una sexualidad activa.

Así, este hombre valiente y sacrificado obtiene el ingreso monetario suficiente que le permitirá exhibir su virilidad ante sus pares; en este caso, compañeros de trabajo en la minería. Esta demostración la realiza en la zona que

hemos denominamos La Pampa periférica. En esta zona que se encuentra al borde de la carretera interoceánica se concentran los servicios que demandan los hombres que trabajan kilómetros adentro en los campamentos. En ella, existen tiendas de abasto de ropa, espacios de esparcimiento como bares, prostibares y cancha de futbol, así como restaurantes, hoteles, lavanderías, peluquerías, talleres de reparación de motos, farmacias, entre otros. La estructura de La Pampa legitima el sistema de creencias y mandatos del capital masculino a través de una cultura patriarcal y machista que ha moldeado, subordinado y disciplinado el cuerpo de los hombres para que cumplan con los roles hegemónicos.

Es importante resaltar que el trabajo minero en la zona de La Pampa centro productivo se realiza en una situación de ilegalidad, donde las condiciones laborales son extremadamente precarias. Los hombres mineros ilegales trabajan totalmente desprotegidos sin ningún elemento de seguridad, expuestos a la radiación solar, a la lluvia, al contacto directo con el mercurio, metal altamente contaminante. Asimismo, no cuentan con ningún tipo de contrato de trabajo y, por ende, con ningún tipo de seguro. Los hombres podrían morir durante sus actividades laborales y sus cuerpos pueden ser enterrados en la zona sin posibilidad de que puedan encontrarlos por la distancia de los campamentos mineros ilegales a la ciudad y por el nulo control y presencia del Estado. A partir de lo encontrado podemos decir que los hombres exponen sus vidas en La Pampa. Asimismo, se encuentran subordinados a la situación de explotación en un espacio hegemónico donde deben cumplir con los mandatos del capital

masculino, vinculados al trabajo, al riesgo, a enfrentar la adversidad a costa de su propia vida y cumplir con su rol de proveedor.

Sin embargo, irónicamente este trabajo en el que el hombre doblaga o subordina su cuerpo es el que le permite desarrollar y mostrar algunos de los atributos de la masculinidad hegemónica. Esta subordinación, en la dimensión laboral, le permite tener los ingresos suficientes para financiar el ejercicio de su sexualidad activa o hipersexualidad, manteniendo relaciones sexuales con diversas mujeres que, además, cumplan con el requisito de ser jóvenes o adolescentes. Se trata, entonces, del ejercicio de una sexualidad pauteada por los mandatos del capital masculino, la cual se produce cuando ejerce su actividad sexual; no solo para satisfacer un deseo, sino también para lograr un reconocimiento de sus pares y para lograr un sentido de pertenencia solo si logra probar su virilidad, su hombría.

Respecto a las preferencias de los hombres por los cuerpos jóvenes, se ha comprobado que en La Pampa existe, también, un sistema de creencias en el que se mezclan los mitos y fantasías sexuales que afirman la masculinidad hegemónica. En ese sentido, en sus narrativas los hombres mineros de La Pampa mencionan claramente que el cuerpo de mujeres jóvenes es lo que más valoran al momento de comprar servicios sexuales en los bares y prostibares. Muchos de estos cuerpos son inclusive de mujeres adolescentes. Creencias como que si tienen relaciones con más jóvenes tendrán más opciones para encontrar oro, evidencian que el colectivo de hombres genera, por todos los medios

posibles, razonamientos que justifiquen su accionar. En realidad, estas creencias les permiten tranquilizar sus conciencias y les confirman que pueden continuar con el ejercicio de su sexualidad mediante un intercambio económico y sin preocuparse si la víctima está en situación de trata o explotación sexual. En este sentido, estas creencias nacen para justificar que son clientes consumidores de los cuerpos de las mujeres, aunque, en realidad, son parte de la cadena de explotación. Sin embargo, no solo interviene aquí la justificación de sus creencias para evadir responsabilidades, puesto que consideramos que hay aquí una serie de relaciones asimétricas de género, ya que son los hombres mineros que en su condición de clientes controlan el cuerpo de las mujeres que se encuentran en los prostibares y bares. Por lo tanto, esta situación de desigualdad es reforzada por la hegemonía masculina encarnada en los hombres mineros, quienes buscan controlar y subordinar el cuerpo de las mujeres incluidas las que se encuentran en situación de trata y explotación.

En este contexto se explica por qué un grupo de hombres entrevistados niega la existencia de explotación sexual y trata de mujeres, puesto que evaden su responsabilidad o culpa sin comprometerse con la situación que atraviesan las mujeres.

La narrativa de los entrevistados permite señalar que su prioridad está en cumplir los mandatos de capital masculino, ya que necesitan ser reconocidos por sus pares y por sus jefes. Entre ellos se controlan, se evalúan, se aceptan y ponen a prueba su virilidad en forma constante.

Analizar la experiencia de los hombres nos permite identificar la importancia del poder adquisitivo en sus vidas, como parte del capital masculino. Hemos observado cómo este poder adquisitivo les permite tener relaciones sexuales remuneradas y comprar el cuerpo de las mujeres que son deseadas por él y sus pares. Este dinero les sirve para seducirlas y jugar a conquistarlas. Sin embargo, ese no es el único mandato que cumplen con el dinero que obtienen, ya que también está el de cumplir con el rol de proveedor y con el mandato de ser una persona de éxito, el cual se mide a través de las ganancias económicas que pueda mostrar. A través de las narrativas de los entrevistados, se puede comprender que los hombres se sienten valorados, respetados y con prestigio al contar con ingresos que le permitan no solo mantener a su familia, sino también alardear y demostrar que cuenta con ingresos –muchas veces suficientes o no– para gastarlo en los bares consumiendo altas cantidades de alcohol o acudiendo a los prostibares para mantener relaciones sexuales. Esta capacidad de gasto les da prestigio, estatus y poder.

Asimismo, las narrativas de los entrevistados nos han permitido identificar una suerte de empatía diferenciada con las mujeres que brindan servicios sexuales, ya que, por un lado, se identifican con ellas porque como ellos son migrantes que salieron de su pueblo en busca de oportunidades laborales o porque fueron llevadas a estos espacios con engaños. Sin embargo, por otro lado, subyacen en sus discursos comentarios descalificativos y estigmatización por el “trabajo” que realizan las mujeres al brindar servicios sexuales, calificándolas como mujeres a las que solo les gusta el “dinero fácil”.

La gran mayoría de los hombres entrevistados presentan testimonios que evidencia la naturalización de la mujer como objeto, ya que compran los servicios sexuales de las mujeres como parte de la objetivación que existe de sus cuerpos como una mercancía que se compra y vende, aludiendo los hombres que esto las ayuda económicamente. Sin embargo, ese carácter solidario desaparece cuando reclama el cumplimiento con el servicio sexual ofrecido y donde prima el “deber” de cumplir con el intercambio que propone la transacción económica. El cuerpo de las mujeres se convierte en un objeto que se puede comprar y que está a merced de los hombres a cambio de una transacción económica para su goce, satisfacción sexual y diversión, producto del disciplinamiento de los cuerpos de los hombres, quienes aprendieron a socializar de acuerdo a como la sociedad ha formado su comportamiento, por ejemplo, a través de la compra del cuerpo de mujeres para su placer sexual. La hipersexualidad funciona como dispositivo de la hegemonía y se encuentra representada al cosificar el cuerpo de las mujeres jóvenes al servicio de los hombres como objeto de su placer sexual.

Desde las percepciones e imaginarios los entrevistados, la mayoría coincide en declarar que pagan por mantener relaciones sexuales debido a que ellos se encuentran solos y sus parejas y familiares se encuentran lejos; es decir, la soledad es un factor importante en sus relaciones personales, ya que es una de las razones por la que acuden a mantener relaciones sexuales remuneradas como un intento de satisfacer este vacío de “afecto” en sus vidas.

Es importante resaltar que la paternidad o la conformación de una familia generan en los hombres mineros ilegales de La Pampa un cambio de opinión respecto a cómo deben ejercer su sexualidad y a cómo recrearse. Al respecto, los hombres han construido una masculinidad diferenciada entre lo que significa ser hombre soltero y ser un hombre con familia. En sus narrativas mencionan que el deber de un padre es proteger a sus hijos/as, mantenerlos/as económicamente, inclusive asocian el ser un hombre exitoso con el éxito en su paternidad. Cabe mencionar que vinculan su rol paterno al rol protector. Para ellos, es vital dar un buen ejemplo a sus hijos/as y eso implica, dejar de acudir a los bares, los prostibares, a lo que ellos denominan una vida de excesos. En el discurso de los hombres de la Pampa, el ser padre es un rol que cumplen con honor y abnegación, puesto que ellos están dispuestos a realizar sacrificios por sus hijos/as, trabajando en la minería para alimentarlos y educarlos. Frente a lo anteriormente expuesto, podemos afirmar que en los hombres que son padres en La Pampa ha calado el discurso del capital masculino del hombre responsable.

Al ser La Pampa un espacio androcéntrico, confluye en esta elementos sociales, culturales y económicos que refuerzan el ejercicio activo de la sexualidad o de la hipersexualidad de los hombres que mantienen relaciones sexuales con mujeres jóvenes y adolescentes inclusive en aquellas que se encuentran en situación de explotación y trata. Uno los elementos sociales prioritarios que sostienen la compra de mujeres en La Pampa es el patriarcado y sus dispositivos de poder que forman

un modelo de socialización masculina, principalmente, violento, machista, misógino, de cosificación del cuerpo de las mujeres. Tal es así que su cuerpo puede ser vendido como una mercancía dentro de un sistema de compra-venta de servicios sexuales que colinda con la explotación y la trata de personas.

Otro elemento primordial son los problemas sociales que se presentan en La Pampa: crimen organizado, asaltos, sicariato, contaminación ambiental, entre otros. Esto coloca a la población de la zona en total desprotección de derechos, indefensión e inseguridad por la escasa o nula presencia del Estado. Al no existir control y ser considerada una zona liberada, la compra del cuerpo de mujeres jóvenes y adolescentes y la trata y explotación es parte de este mundo violento y perverso en el que se encuentran posicionados los hombres mineros ilegales migrantes que llegan a la zona en búsqueda de oportunidades laborales y encuentran este sistema establecido, naturalizando así estas condiciones de vulnerabilidad.

Entre los elementos culturales que refuerzan la compra del cuerpo de las mujeres, principalmente subyace una lógica androcéntrica en la que priman los deseos, las supuestas necesidades sexuales incontrolables y las fantasías sexuales de los hombres. Dentro de estos imaginarios, se encuentran las creencias y los mitos respecto al ejercicio de su sexualidad. De esta forma, tenemos el mito del hombre ganador, cuántas con más mujeres haya mantenido relaciones sexuales más prestigio tendrá en el mundo masculino. Por otro lado, se observa el culto por el cuerpo joven, vinculado a

la virginidad, al dominio sobre el cuerpo de una mujer joven, con la creencia que con la poca experiencia de las mujeres tienen menos probabilidades de ser contagiados con enfermedades de transmisión sexual.

Además, en el imaginario de los hombres mineros existe la creencia de que si los hombres mantienen relaciones sexuales con mujeres jóvenes, incluidas adolescentes, es muy factible y casi con toda seguridad que encuentren oro en la mina. En ese sentido, se crea un círculo vicioso donde los hombres están colocados como un sujeto que hay que satisfacer y la mujer como el objeto que satisface.

Entre los elementos económicos se encuentran que La Pampa actúa como un sistema económico perverso, puesto que basa su accionar en la mercantilización de todo. Cualquier cosa, persona o situación está sujeto a compra-venta. Como ya hemos mencionado, La Pampa se sostiene económicamente a través de la minería ilegal y es por la búsqueda de empleo que los hombres migrantes llegan a trabajar. Frente a la gran cantidad de hombres que llegan, se establece un gran movimiento económico.

Por lo tanto, los negocios se crean y recrean bajo la lógica de satisfacer a estos hombres, principalmente, desde uno de los principales mandatos del capital masculino: el ejercicio activo de su sexualidad, que responde a la existencia de una hegemonía subordinada donde el hombre es subordinado a la estructura social, cultural y económica en la que está constituida La Pampa. En ese sentido, a través del comercio sexual han surgido bares y

prostibares como lugares casi únicos de entretenimiento para los varones, a costa de los cuerpos de las mujeres, incluidas las que son violentadas por la explotación y la trata con fines de explotación sexual. Esta es la muestra cruda y extrema a las que ha llegado el patriarcado mercantilista, donde confluye un sistema económico que se sostiene a través del androcentrismo y la hegemonía y subordinación del cuerpo de las mujeres y de la hegemonía y subordinación de los cuerpos masculinos para cumplir con los mandatos hegemónicos impuestos social, económica y culturalmente.

La cancha de fútbol se convierte en otro espacio de entretenimiento, además de los bares y prostibares, puesto que su práctica también es parte de la aplicación del mandato de la masculinidad hegemónica. Asimismo, es a través de este deporte que los hombres prueban su sagacidad y fortaleza.

Al analizar las narrativas de los entrevistados, consideramos que a pesar de que la masculinidad hegemónica es considerada la masculinidad predominante e impuesta por la sociedad y la cultura, se evidencia que no existe una masculinidad hegemónica per se en las representaciones de los hombres de La Pampa, ya que en ellos también se expresa una masculinidad subordinada, es decir, ambas masculinidades conviven en un mismo cuerpo. La masculinidad hegemónica se expresa a través de la demostración constante de ser un hombre fuerte, valiente, rudo, sin temores, que debe sostener económicamente a su familia, que ejerce activamente su sexualidad mediante la compra del cuerpo de mujeres

adolescentes y jóvenes de los bares y prostibares; y a la vez en el contexto donde trabaja, es decir, en la minería en la zona de La Pampa, es un hombre subordinado, explotado, en condiciones laborales inhumanas que atentan contra su salud y su vida, en general, viviendo en una situación de extrema vulnerabilidad.

La masculinidad hegemónica subordinada en los hombres entrevistados se yuxtapone en sus prácticas, vivencias, actitudes y formas de actuar. Los hombres entrevistados se encuentran sujetos a la hegemonía, la cual está representada a través de la demostración constante de su hombría, asociadas al prestigio y al poder, y a la demostración de su virilidad mediante el ejercicio de la hipersexualidad. El cuerpo de los hombres se encuentra sujeto y disciplinado a esa hegemonía y debe de cumplirla para alcanzar el estatus de hombre. Esta sujeción a lo hegemónico, cuando se cruza con lo étnico racial y con lo laboral (donde se evidencia claramente la subordinación), hace que los dispositivos no lleguen a concretarse en una masculinidad puramente hegemónica.

BIBLIOGRAFÍA

Amorós, Cecilia (1985). *Hacia una crítica de la razón patriarcal*, Barcelona, Anthropos,

Badinter, Elisabeth ,1993. *XY la identidad masculina*. Madrid: Alianza Editorial.

Barker y Greene, 2011. ¿Qué tienen que ver los hombres con esto?. Reflexiones sobre la inclusión de los hombres y las masculinidades en las políticas públicas para promover la equidad de género. En Aguayo, F. y Olavarría, J. y Sadler, M. (ed.). *Masculinidades y Políticas públicas. Involucrando a hombres en la Equidad de Género*. Chile: Universidad de Chile.

Barker, Ricardo & Nascimento, 2007. *Cómo hacer participar a los hombres y los niños en la lucha contra la inequidad de género en el ámbito de la salud: algunos datos probatorios obtenidos de los programas de intervención*. OMS

Bard, Gabriela (2016). *Aferrarse o soltar privilegios de género: sobre masculinidades hegemónicas y disidentes*. España: Centro de Investigaciones en Estudios Culturales y Sociales.

Barrantes, Carmen y Escalante, Gonzalo (2015). *Madre de Dios, la ruta del oro: Entre el cielo y el infierno. Estudio sobre la trata de adolescentes con fines de explotación sexual*. Lima: Terre des Hommes Suisse.

Bordieu, Pierre (2000). La dominación masculina. Barcelona: Anagrama.

Capital Humano Social y Alternativo (2012). La trata de personas en la Región de Madre de Dios. Lima.

Capital Humano Social y Alternativo (2015). Tercer Informe Alternativo de Trata de personas en el Perú. Lima.

Capital Humano Social y Alternativo (2016). Ruta de la trata de adolescentes en la Amazonía Peruana. Lima.

Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán (2005). Diagnóstico sobre trata de mujeres, niños y niñas en ocho ciudades del Perú. Lima.

Connell, Robert (1997). “La organización social de la masculinidad”. En Valdés, Teresa y Olavarría, José (ed.). Masculinidad/es: poder y crisis. Santiago: Isis Internacional.

Connell, Robert (2003). Masculinidades. Programa Universitario de Estudios de Género. Universidad Autónoma de México.

Cordón-Colchón, Juana (2008). Mitos y creencias sexuales de una población adolescente de Almendralejo. Unidad de paritorio del Hospital del SES de Mérida.

Defensoría del Pueblo (2013). Informe Defensorial N° 158. Trata en agravio de niños, niñas y adolescentes. Perú. Editorial Cátedra.

Donoso, C. y Matus, C. (2000). Trayectorias y simultaneidades: una mirada desde la subjetividad de jóvenes clientes de la prostitución a la construcción de la identidad masculina. En Olavarría, J. y Parrini, R. (ed.). Masculinidad/es, Identidad, Sexualidad y Familia. Chile: Universidad Academia de Humanismo Cristiano y Red de Masculinidad Chile FLACSO.

End child prostitution, child pornography and trafficking of children for sexual purposes (ECPAT) (2005). IDEIF – Instituto de Estudios para la Infancia y la Familia (Iquitos) CODENI (Cusco) REDES (Huancayo) Movimiento El Pozo (Lima). ¿Mercancía Sexual? Cómo hemos creado la demanda de la Explotación sexual comercial de niños, niñas y adolescentes en el Perú.

Foucault, Michel (2007). El poder psiquiátrico. Curso en el College de France (1973). México: FCE, pp. 57-80.

Fuller, Norma (1997). Identidades masculinas: varones de clase media en el Perú. Universidad Pontificia Católica del Perú, Fondo Editorial.

Fuller 1998

Fuller, Norma (2001). Masculinidades. Cambios y permanencias: varones de Cuzco, Iquitos y Lima. Capítulo 2. Sexualidad. Perú: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Fuller, Norma (2017). No uno sino muchos rostros. Identidad masculina en el Perú urbano. Material editado para uso de la cátedra: Antropología social y cultural – FP Y CS.

Giffin

Gobierno Regional Madre de Dios (2012). Plan Regional de Acción contra la trata de personas Madre de Dios 2011-2016.

Gómez, Águeda y Verdugo, Rosa (2015). La prostitución femenina en España. Construyendo un perfil del cliente. España: Universidad de Vigo y Universidad de Santiago de Compostela.

Gómez Suárez, A. y Pérez Freire, S. (2010). Prostitución en Galicia: Clientes e Imaginarios Femeninos. En Revista "Estudios Feministas". Brasil: Universidad Federal de Santa Catalina.

Gonzales y Vizcueta (2011). Análisis del discurso en torno al cuerpo en el grupo de usuarias rescatadas de redes de trata. Universidad Politécnica Salesiana. Sede Quito. Tesis para optar por el título de Licenciadas en Psicología.

Guttman (2000). Ser hombre en la ciudad de México, ni macho ni mandilón. México. El Colegio de México

Jeffreys, Sheila (2011). La industria de la vagina. La economía política de la comercialización global del sexo. Editorial Paidós. Buenos Aires.

Kaufman, Michael (1995). Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias del poder entre los hombres. En Género e identidad, Tercer Mundo, Bogotá (1995), pp. 34-64

Kimmel, Michael (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. En Teresa Valdés y José Olavarría (ed.). Masculinidad/es: poder y crisis. Santiago: Isis Internacional.

Kosofsky, Eve (2008). Epistemología del armario. Barcelona: Ediciones de la Tempestad, pp. 175- 239.

Laqueur , Thomas (1994). La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud. Madrid, Gn'tica [Colección Femhismos], 413 pp

Leal Lugones, María (2008). Colonialidad y género. Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca Colombia. Revista de Humanidades Tabula Rasa N° 9, pp. 73-101.

Martin, S. (2011) Desafíos a la heterosexualidad obligatoria. Editorial Uoc. Barcelona, España

Marques Millet, Kate (1995). Política Sexual. Madrid: Cátedra, pp. 67-124.

Ministerio del Ambiente (2013). Diálogos ambientales, minería ilegal. Los efectos de la minería ilegal.

Motta, Angélica (2011). La “charapa ardiente” y la hipersexualización de las mujeres amazónicas en el Perú: perspectivas de mujeres locales Sexualidad, Salud y Sociedad. En Revista Latinoamericana, núm. 9, 2011, pp. 29-60. Brasil: Centro Latino-Americano de Sexualidad y Derechos Humanos.

Montesinos, Rafael (2002). Las rutas de la masculinidad. Ensayos sobre el cambio cultural y el mundo moderno. México: Gedisa.

Montiel, Oscar (2009). Trata de personas: padrotes, iniciación y modus operandi. Tesis en Género Sor Juana Inés de la Cruz. México: Instituto Nacional de las Mujeres INMUJERES.

Mujica, Jaris y Cavagnoud, Robin (2011). Mecanismos de explotación sexual de niñas y adolescentes en los alrededores del puerto fluvial de Pucallpa. En ANTHROPOLOGICA/AÑO XXIX. N° 29.

Mujica, Jaris (2014). Elementos comparados del impacto de la trata de personas en la salud de víctimas adolescentes en el contexto de la minería ilegal de oro en Madre de Dios. Lima: PROMSEX

Mujica, Jaris (2014). Trayectorias y ciclos de explotación sexual y trata para la explotación sexual de mujeres en la Amazonía Peruana. En ANTHROPOLOGICA/AÑO XXXII. N° 33. Lima: PUCP.

Naciones Unidas (2015). Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible.

Oficina Internacional para las migraciones (OIM) y Movimiento El Pozo (2005). Trata de Mujeres para fines sexuales comerciales en el Perú.

Quintana Sanz, Teodoro (2015). Caracterización de las condiciones de trabajo forzoso en la minería de oro en Madre de Dios y una aproximación a los factores de

riesgo. Proyecto "Consolidando y Difundiendo Esfuerzos para Combatir el Trabajo Forzoso en Brasil y Perú". Lima: Oficina de la OIT para los Países Andinos, pp. 27-46.

Pateman, Carole (1995). El contrato sexual. Barcelona: Anthropos.

Paz, Octavio (1998). El laberinto de la soledad. México: FCE.

Ramos 1997. La paternidad y el mundo de los afectos. Publicado en: FEM. Publicación Feminista Mensual. Año 25 N°219. México D.F. Junio, 2001

Ramos Padilla, Miguel Ángel (2006). Masculinidades y violencia conyugal. Experiencias de vida de hombres de sectores populares de Lima y Cusco. Perú: Fundación Ford y Universidad Cayetano Heredia.

Rubin, Gayle (1986). El tráfico de mujeres: notas sobre la "economía política" del sexo. En Nueva Antropología. Estudios sobre la mujer.

Ruxton Save the Children Suecia (2004). El cliente pasa desapercibido. El cliente, principal explotador sexual infantil. Informe Periódístico. Lima.

Salas Calvo, J. M., Campos Guadamuza (2004). Explotación sexual comercial y masculinidad: un Estudio Regional Cualitativo con Hombres de la Población General. OIT.

Schongut Segato, Rita (2003). Las estructuras

elementales de la violencia: Contrato y Status en la etiología de la violencia. Serie antropología. Instituto de Ciencias Sociales. Brasilia. Universidad de Brasilia.

Segato, Rita (2006). La escritura del cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez: Territorio, soberanía y crímenes de segundo estado. Ediciones Tinta Limón. México.

Schongut, Nicolás (2012). La construcción social de la masculinidad: poder, hegemonía y violencia. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona.

Vargas Uríaz, Mauro y Fernández Chagoya, Melissa (2011). Diagnóstico sobre la construcción y reproducción de la masculinidad en relación con la trata de mujeres y niñas en Tlaxcala. México: GENDES.

Vargas Uríaz, Mauro y Lozano Verduzco, Ignacio (2012). El involucramiento de los hombres en la trata de personas con fines de explotación sexual: Un estado de la cuestión. México: GENDES.

Vargas Uríaz, Mauro (2012). El cuarto oscuro: Hacia un análisis de la participación masculina en el fenómeno de la trata o tráfico de personas. Ponencia: Violencia y masculinidad. México: GENDES.

Vargas Uríaz, Mauro (2013). Hacia otras sexualidades masculinas: una apuesta para reducir la trata de personas con fines de explotación sexual. Guía de intervención. México: GENDES.

Vázquez del Águila, Ernesto (2014). Becoming a man and masculine capital. New York: Routledge.

Vidiella, Judith . Masculinidad hegemónica, deporte y actividad física. Universidad de Barcelona. Barcelona (España).

ISBN: 978-612-48448-1-2



9 786124 844812

Con el apoyo de:



Schweizerische Eidgenossenschaft
Confédération suisse
Confederazione Svizzera
Confederaziun svizra

Agencia Suiza para el Desarrollo
y la Cooperación COSUDE



terre des hommes
suisse



Más información: informes@terredeshommesuisse.ch



Daniel A. Carrión N° 866 1° piso, Magdalena del Mar, Lima. Teléfono: 01-463-1911



<https://terredeshommesuisse.org.pe>

<https://www.facebook.com/tdhsperu>

